CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS SUPERIORES EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

“AQUÍ NADIE TE HACE EL FEO…”

APROXIMACIONES A LA DIMENSIÓN FENOMENOLÓGICA DE LA EXCLUSIÓN SOCIAL LOS JÓVENES DE CHIMALHUACÁN, MÉXICO

T E S I S

QUE PARA OPTAR AL GRADO DE

MAESTRO EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

P R E S E N T A

RAFAEL HERNÁNDEZ ESPINOSA

DIRECTOR DE TESIS: DR. GONZALO ANDRÉS SARAVÍ GARCÍA

MEXICO, D.F. **DICIEMBRE DE 2007**

Agradecimientos

Quiero agradecer principalmente a todos mis compañeros de la maestría por haber recibido su amistad y hacer así muy grata mi estancia en el CIESAS. De igual forma agradezco cada uno de los valiosos comentarios que recibí de los miembros de la línea de investigación, compañeros y profesores, los cuales ayudaron enormemente a darle forma a esta tesis. Agradezco especialmente a mi director de tesis, Gonzalo Saraví, por haber confiado en mi trabajo y principalmente por todas sus valiosas enseñanzas.

Mis más sinceros agradecimientos para todos los jóvenes de Chimalhuacán, mis amigos, que compartieron sus experiencias conmigo y brindaron el sustento empírico de mi trabajo.

Gracias a mi familia, mis padres y hermanos, que nunca dejaron de apoyar mis esfuerzos para seguir en el mundo académico.

De igual forma agradezco a mis lectores, Sara Makowski, Georgina Rojas y Eduardo Nivón, por aceptar formar parte del comité científico de mi tesis.

Por ultimo quiero expresar mis agradecimientos al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por la beca que me permitió realizar mis estudios de maestría en el CIESAS.

ÍNDICE

Introducción 2

Capitulo. I. El problema de la exclusión social: estructura, cultura y subjetividad

1.1. Introducción 10

1.2. Pobreza y exclusión social 11

1.3. Cultura y estructura social 23

1.4. Subjetividad y exclusión social 28

1.5. Juventud e integración social 33

1.6. Juventudes y perspectivas de estudio 38

Capítulo II. El contexto estructural. Desigualdad y fragmentación en la Ciudad de México.

2.1. Introducción 44

2.2. Conformación de la estructura urbana en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México 45

2.3. Segregación, polarización y fragmentación social en la ciudad de México 52

2.4. El municipio de Chimalhuacán, Estado de México 57

2.5. Segregación espacial urbana, aislamiento y reflexividad: la juventud de los sectores populares urbanos 61

Capítulo III. Los juegos culturales. La eficacia cultural de la estructura

3.1. Introducción y modelo analítico 69

3.2. Espacios y juegos culturales locales: aspectos de la socialización básica. 78

3.2.1. El espacio familiar 79

3.2.2. El espacio escolar 88

3.2.3. El espacio laboral 95

3.2.4. El espacio barrial 99

3.3. Espacios y juegos culturales extra-locales: la sociabilidad en la ciudad 106

3.3.1. La escuela en la ciudad 107

3.3.2. El trabajo en la ciudad 113

Capítulo IV. Los sentidos de la integración social. Indicios de la eficacia estructural de la cultura

4.1. Introducción 118

4.2. Matices de género y disposiciones socio-culturales en torno al estudio y el trabajo 120

4.3. Sociabilidades diferenciadas y prácticas significantes 138

4.4. Los sentidos de la exclusión-integración social y sus efectos 151

Conclusiones 160

Bibliografía 169

Anexos 176

Introducción

La presente investigación se inserta en el marco de los estudios contemporáneos sobre exclusión social en espacios urbanos de América Latina. Desarrollado inicialmente en Europa, el concepto de exclusión social en América Latina emerge como un potencial enfoque para el estudio de las nuevas desigualdades sociales, reclamando una aproximación multidimensional así como la amplitud de horizontes metodológicos. Este enfoque supone la necesidad de observar, además de los procesos estructurales y cuantitativos, las dimensiones culturales y fenomenológicas imbricadas en las trayectorias de exclusión social, en la medida en que las dinámicas sociales están protagonizadas por sujetos que contribuyen desde múltiples posiciones y formas a su organización.

Un antecedente directo del concepto de exclusión social lo constituye el de la pobreza. Estudiada de diversas maneras, la pobreza ha sido relacionada principalmente con los procesos societales de carácter económico y recientemente, desde enfoques más amplios, con la marginalidad y la exclusión. Las producciones teóricas sobre la pobreza, básicamente economicistas en sus orígenes, evolucionaron hacia planteamientos más amplios en los que comenzó a considerarse lo que ella implicaba para las relaciones individuo-sociedad.

Es éste precisamente el aspecto en el que pondrá énfasis el enfoque de la exclusión social, el cual puede entenderse en términos generales como un proceso multidimensional y acumulativo de rupturas sucesivas en los vínculos de individuos y sectores con relación a la sociedad. En este sentido, constituye una perspectiva que abarca dimensiones extraeconómicas. Es por esta razón que este

estudio aborda el fenómeno de exclusión social como un proceso de mayor amplitud que la pobreza.

La pregunta de fondo que da origen a este estudio se refiere a la experiencia simbólica de la desigualdad social en un contexto urbano de México. Más específicamente, exploramos *cómo se construyen los significados en torno al vínculo personal con la sociedad desde una posición de desventaja en la estructura social*. Por un lado, la pregunta alude a problemáticas sociológicas macro como la reestructuración económica, la precarización laboral, los derechos de ciudadanía, entre otras, constituyentes del fenómeno de exclusión social. Por el otro, enfatiza en los aspectos simbólico-expresivos generados en torno a estas condiciones. Es precisamente este último punto sobre el que pretende contribuir esta investigación, a partir del análisis de algunos aspectos específicos de las prácticas cotidianas en un contexto delimitado.

Desde un enfoque sociológico, el empleo formal, definido por los derechos sociales asociados al mismo, representa uno de los elementos centrales de integración social de los jóvenes en las sociedades modernas. En este contexto, la instrucción escolar es un elemento que se encuentra estrechamente vinculado a las posibilidades de inserción en un empleo formal. De tal suerte, tanto la inserción al mercado de trabajo como al sistema educativo representan instancias determinantes de las condiciones de integración o exclusión social. Por otro lado, estos dos ámbitos representan actividades relativamente centrales en los mundos de vida de los sujetos, ya que ambos constituyen elementos claves en el proceso de transición a la adultez. La transición escuela-trabajo ha sido considerada por diversos autores como una de las transiciones que definen la juventud como período de transición a la adultez. Además, en la sociedad moderna, gran parte de la experiencia cotidiana de los jóvenes transcurre, o se espera que transcurra, en uno de estos dos ámbitos[1].

La delimitación sobre la juventud permite el acercamiento a una problemática, que llamativamente ha sido poco analizada dentro de los estudios sobre jóvenes. En términos generales, podemos decir que los estudios sobre

juventud se han centrado ya sea en aspectos institucionales y/o estructurales, o en las llamadas culturas juveniles. Es decir, pocos son los estudios que se han ocupado de la experiencia fenomenológica de los jóvenes de sectores populares (o pobres) urbanos en torno a su integración a la sociedad a partir de sus condiciones materiales. Por un lado, los estudios de las culturas juveniles se han centrado principalmente en expresiones grupales "alternativas", posmodernas, estético-culturales (música, vestuarios, graffiti, etc.), identitarias, entre otras, pero no en la experiencia subjetiva de los jóvenes más vulnerables -que muchas veces no están involucrados en aquellas expresiones-, sobre sus condiciones materiales, por ejemplo laborales y educativas. Por el otro lado, los estudios desde los aspectos institucionales aunque han abordado el tema de la exclusión, no se han ocupado de explorar sus dimensiones subjetivas.

Nuestro interés entonces está centrado en las realidades sociales que "objetivamente" se definen como de desigualdad social, más específicamente de exclusión social, pero puntualmente sobre lo que subjetivamente se percibe "desde" los sectores en desventaja. La relevancia de analizar los procesos subjetivos e intersubjetivos que se vinculan a la construcción de los significados sobre el vínculo con la sociedad, es la comprensión sobre cómo algunas prácticas cotidianas se construyen fenomenológicamente, inmersas en formas relativas de exclusión social, y cómo a su vez las construcciones de significado retroalimentan o sostienen algunas formas de la estructura social. La dinámica social propia de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México frecuentemente enfrenta a los jóvenes pobres con sectores sociales sumamente privilegiados. Esta dinámica evidencia la conformación de una estructura social en la que los altos niveles de desigualdad se expresan y experimentan cotidianamente. Nos preguntamos entonces sobre sus percepciones sobre ciertos aspectos clave de la vida cotidiana (como el trabajo y el estudio), sobre el proceso de construcción de esas concepciones, y al mismo tiempo nos proponemos explorar cómo esas concepciones se involucran en los procesos de integración o exclusión social. Es decir, cómo estos sectores en desventaja perciben su vínculo con la sociedad, si hay un reconocimiento

[1] Algunos autores como Julio Cesar Neffa consideran que el trabajo es el principal vector de la

explícito de exclusión, si hay una resignificación o si viven en un mundo separado, por ejemplo. Los sujetos que definimos como excluidos desde la academia, a partir de condiciones estructurales, pueden o no adscribirse a esta categoría, o resignificar la experiencia de su posición social. En este texto buscamos mostrar que lo que define "objetivamente" a la integración social, vía el término de exclusión, no se corresponde totalmente con las expectativas de los sectores populares urbanos.

Una de las inquietudes centrales de este trabajo ha sido comprender cómo es que esta estructura de suma desigualdad se sostiene. Inicialmente no dudamos en atribuirle gran peso a la dinámica macroeconómica y política, pero ¿qué hay de las actitudes o respuestas de los sujetos más segregados y marginados? Pues no se observa actualmente, como quizá pudiera pensarse, una respuesta de demanda sistemática por los derechos sociales o la emanación de conflictos significativos, movimientos sociales generalizados, etc. ¿Qué tipo de procesos permiten la tolerancia de estas desigualdades sociales por parte de los sectores en desventaja? Una respuesta interesante se encuentra al explorar la dimensión cultural, donde se puede indagar la relación entre agencia y estructura.

Por estas razones, la propuesta teórica desarrollada aquí problematiza el proceso de exclusión social, desde la experiencia de los jóvenes urbanos de zonas populares, dando un peso importante a la dimensión fenomenológica. El peso a la dimensión fenomenológica viene dado en términos teórico metodológicos, en el sentido en que el proceso analítico se enfoca en explorar las estructuras de sentido en el mundo de la vida cotidiana. Por tal motivo la reducción fenomenológica que presentamos no se inscribe en la corriente estrictamente filosófica, sino en la vertiente sociológica que privilegia el estudio de la construcción de significados del sentido común, apartándose de la "actitud natural" del mismo (Schütz, 1932) o generando una "ruptura" con sus prenociones (Bourdieu, 1995). Esto partiendo de la convicción de las posibilidades de explorar indicios de las relaciones entre la estructura social y la cultura, mediante la observación de discursos y prácticas significantes de los actores sociales.

---

construcción identitaria (2003), aunque esta idea puede ser debatible para ciertos contextos.

En esta lógica, el problema remite a una pregunta etnográfico-fenomenológica sobre *¿cómo se construyen desde la exclusión las experiencias de desventaja?* Es decir, partiendo de un contexto delimitado y sobredeterminado estructuralmente, analizamos el papel que juega en el mismo la dimensión simbólico-expresiva. Las preguntas específicas que se plantean en torno a esta problemática son por consiguiente *¿cómo se configuran las relaciones entre los significados y percepciones sobre el ámbito laboral y educativo, y las dimensiones estructurales de la desigualdad social y la pobreza?, ¿cuál es la relación entre la percepción de los empleos con las expectativas socioeconómicas, identitarias y de pertenencia social?, ¿cual es la relación entre los significados del acceso a la educación y sus expectativas socioeconómicas, identitarias y de pertenencia social?* y *¿cómo se perciben las relaciones entre el trabajo y la educación?* Estas preguntas apuntan a un problema general: las relaciones entre lo fenomenológico y lo estructural; y por añadidura a la tensión entre las *construcciones* sociales y las *constricciones* societales.

La elección teórico metodológica adoptada en este trabajo representa además un punto de partida en investigaciones donde el investigador forma parte del contexto a estudiar. Esta situación, no obstante, más que representar un obstáculo, debe representar uno más de los elementos a tratar con rigor científico. Considero, con Maria Mayan (2001), que las discusiones entre la objetividad y subjetividad en la investigación de las ciencias sociales han quedado rezagadas y que la cuestión sobre la cientificidad debe estar centrada en el rigor metodológico. Hacer etnografía de la cultura propia puede representar dificultades si no se logra el grado de ruptura necesario para comenzar a mirar teóricamente la vida cotidiana. Pero por otro lado, puede resultar beneficioso en términos de lograr una mayor profundidad en la construcción de los datos en cuanto se tiene una familiarización mayor con los códigos de sociabilidad, además de no ser etiquetado como un intruso.

El abordaje metodológico se diseñó como una exploración cualitativa que privilegia la búsqueda de significados (Taylor y Bogdan, 1990), en congruencia con los postulados de la *Grounded theory* (teoría fundamentada), que postularon

Barney Glaser y Anselm Strauss en la década de 1960. De esta forma se asume que la relación entre teoría e investigación no puede ser pensada de forma discreta o dividida en fases separadas. La elaboración teórica tiene que estar fundamentada en los datos, dando menor peso a la formulación estricta de hipótesis, que tradicionalmente se plantea para probar teorías ya elaboradas (Charmaz, 1995). Por otro lado, la investigación estuvo orientada por un enfoque de antropología *relacional* (Achilli, 2005) y *reflexiva* (Guber, 1999), reconociendo la pluralidad de los tipos de observación (Gutiérrez et al, 1995), es decir niveles de observación y posiciones, que puede implicar la autoobservación en sentido científico cuando el investigador forma parte del grupo social a investigar. Esto supuso abordar el trabajo de campo como el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente –sentido común, teoría, modelo explicativo de conexiones tendenciales– y la de los actores o sujetos/objetos de investigación (Guber, 1999: 87). O como Elena Achilli menciona, una experiencia intersubjetiva, que supone la relación entre lo teórico/conceptual; entre los sujetos de la investigación (investigador-actores) y entre las estrategias de investigación en sí (2005: 64).

Respecto a los universos bajo estudio, asumimos que el *referente empírico* es el recorte del universo geográfico, poblacional y temporal, desde el que se construye "el campo" y la base documental de la investigación (Achilli, 2005). Dicho recorte de la realidad no es por lo tanto un espacio geográfico en sí, sino lo que contiene a la materia prima, la información, que el investigador transforma en material utilizable para la investigación, es decir en datos (Guber, 1999). El escenario de investigación se conformó por tres localidades del Municipio de Chimalhuacán, en la parte oriente del Estado de México. Estas tres localidades forman parte de la reciente urbanización del Municipio. El corpus empírico se construyó principalmente de entrevistas a profundidad y observación etnográfica entre enero y mayo de 2007. Se realizaron 14 entrevistas[2] a jóvenes de entre 16 y 26 años, siete mujeres y siete hombres, todos solteros, de los cuales algunos se

[2] Todas las entrevistas fueron grabadas con el consentimiento de los informantes. La guía de entrevista sufrió una breve modificación al inicio; en el anexo se muestra la guía definitiva. Asimismo todas las entrevistas fueron transcriptas en su totalidad, para posteriormente ser analizadas con ayuda del software MaxQda2.

dedican sólo a estudiar, otros sólo trabajan y la menor parte realiza ambas actividades. Los escenarios de observación fueron principalmente lugares de trabajo como tianguis, mercados, bases de bici-taxis y talleres, así como en lugares de esparcimiento como billares, la calle, bailes y sus propios hogares. La técnica utilizada fue la de bola de nieve, que me permitió conocer varios jóvenes a partir de mis previos contactos con algunos de ellos, que conocí en los tianguis, o con mis propios familiares; mis primos por ejemplo. Esto me permitió acercarme a sus espacios de sociabilidad para realizar observación etnográfica y una vez que hubo logrado un nivel de confianza considerable procedí a solicitar las entrevistas, que generalmente se realizaron en sus casas. Aunque, debo decir que el nivel de confianza nunca fue el mismo con varones que con mujeres, en general se logró establecer muy buena comunicación, que ofreció ventajas para explorar aspectos de la vida cotidiana de mis informantes.

El texto está organizado en cuatro capítulos. El primero, de orden teórico, enmarca conceptualmente el problema de la exclusión social desde una breve discusión de categorías macro referentes a la relación entre la cultura y la estructura social. De tal suerte elaboramos la discusión a partir de díadas conceptuales que exponen las relaciones pobreza-exclusión social, cultura-estructura social, subjetividad-exclusión social y juventud-integración social. La parte final del primer capítulo especifica la perspectiva teórico-metodológica adoptada en esta investigación sobre jóvenes. En el segundo capítulo se aborda una discusión en torno a las condiciones estructurales que contribuyen a determinar la dinámica urbana de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. Al interior de este desagregamos la reflexión partiendo de aspectos macro, como el proceso de industrialización y la expansión urbana, para introducir aspectos sociales de menores dimensiones, como los fenómenos de segregación, polarización y fragmentación social, así como una caracterización socio-estructural del municipio de Chimalhuacán.

El capítulo tercero introduce la información empírica mediante el análisis de algunos elementos simbólicos y biográficos, dentro de lo que denominamos juegos culturales, en los que se desenvuelven los jóvenes de este sector. En este capítulo

exploramos específicamente las pautas culturales involucradas en los espacios familiar, educativo, laboral y barrial, tanto del territorio local como de los espacios de sociabilidad externa de los jóvenes, representados específicamente por los espacios de trabajo y estudio en la Ciudad de México. En el cuarto y último capítulo se desarrolla una suerte de tejido interpretativo, basado en las descripciones del capítulo anterior, dirigido a identificar la participación de los juegos culturales en las prácticas significantes en torno a la significación, disposiciones y expectativas sobre el trabajo, la escuela, y la pertenencia social. En este capítulo hacemos especial énfasis en el papel del ordenamiento cultural de género así como de la sociabilidad local y externa, como factores decisivos en la producción de sentidos de integración social dentro de este sector de la sociedad. En las conclusiones generales reagrupamos los elementos que nos permiten observar en conjunto y de forma integral los argumentos que desarrollamos a lo largo de todo el texto. Enfatizamos los principales aspectos que permiten comprender las relaciones entre la estructura social y la cultura en el proceso de exclusión social de los jóvenes de Chimalhuacán.

Capítulo I

El problema de la exclusión social: estructura, cultura y curso de vida

1.1. Introducción

En este primer capítulo se desarrolla una breve discusión teórica acerca de los conceptos más importantes, es decir de mayor alcance, sobre los que se sostiene esta investigación. Partimos inicialmente por retomar y delimitar los alcances de los conceptos de pobreza y exclusión social, señalando algunos aspectos en torno al desarrollo de los mismos, así como algunas de las relaciones que pueden tejerse entre ambos. Enfatizamos, a partir de algunos argumentos, la idea de que éste último, la exclusión social, constituye un fenómeno de mayor amplitud y dinamismo que la pobreza, en razón de su carácter multidimensional y procesual, así como acumulativo. Con base en esta condición de la exclusión social, en la que convergen tanto aspectos materiales como subjetivos, discutimos en un apartado posterior algunas cuestiones de la relación entre estructura social y cultura. Allí reflexionamos, desde algunos aportes de la sociología y la antropología, sobre la relación dialógica entre cultura y estructura social. Asimismo, descartamos una perspectiva de causalidad unilateral, pues nuestra postura será que ambas se influyen mutua y simultáneamente. Con todo ello,

reconocemos como necesaria una definición clara de lo que abarca y no abarca la dimensión cultural.

En un apartado posterior retomamos la discusión sobre la dimensión subjetiva de la exclusión social. Este ha sido uno de los ámbitos que ha recibido menor atención académica, no obstante se mencionan algunos trabajos afines a la presente investigación, es decir con jóvenes en situaciones de desventaja, en los que se privilegia un enfoque teórico que asume la importancia de los factores estructurales así como de los fenomenológicos. Seguido de ello, se presenta una revisión del concepto de juventud desde la perspectiva del curso de vida, rescatando su conceptualización como un proceso de transición a la adultez, y subrayando algunos de los factores que se asocian con el proceso de integración a la sociedad. En esta parte llamamos la atención sobre la condición particular de los jóvenes frente al riesgo de exclusión social, específicamente de aquellos pertenecientes a sectores en desventaja. Finalmente, delineamos la especificidad temática de esta investigación a partir de considerar algunos aportes de los estudios sobre jóvenes en Latinoamérica, específicamente en México; señalando aquellos aspectos que han sido mínimamente considerados y sobre los que deseamos contribuir.

De esta forma, pretendemos clarificar los fundamentos teóricos que nos ayudarán a comprender en los siguientes capítulos las relaciones entre las constricciones de la estructura social y las construcciones socioculturales, implicadas en el proceso de exclusión / integración social de los jóvenes de sectores populares de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México.

1.2. Pobreza y exclusión social

En este apartado retomamos el concepto de exclusión social como una de las posibilidades conceptuales más prometedoras en el análisis de las nuevas expresiones de la desigualdad y de la tradicional preocupación sobre la pobreza. Por ello consideramos necesaria una puntualización sobre la especificidad de este

concepto así como de las relaciones existentes con conceptos como el de pobreza y el de marginalidad. Una vez definida la especificidad del concepto de exclusión social planteamos la forma en que lo utilizaremos en esta investigación.

El tema de la pobreza ha representado una de las principales preocupaciones en las sociedades modernas. Aunque existe desde épocas muy remotas, en realidad la pobreza se constituyó como problema social no hace mucho tiempo. Algunos académicos asumen que las políticas de lo que ahora se conoce como el combate o la lucha contra la pobreza fueron implantadas hace no más de dos siglos (Zermeño, 2005). Fue en la primera mitad del siglo XIX cuando los asuntos sociales relacionados a la pobreza emergieron explícitamente por primera vez (Bhalla y Lapeyre, 1999). Guillermo Zermeño considera que la pobreza se convirtió en asunto público cuando se crearon las condiciones para pensar que se podía hacer frente al problema. Dos serían los factores que incidieron en este cambio de percepción: la creencia en la suficiencia de recursos para resolverla y la convicción de que los dueños o controladores de la riqueza podían inducir su uso para beneficiar al pobre (Zermeño, 2005). Como sugiere Gino Germani (1980), el proceso de extensión progresiva de los derechos del hombre a todos los sectores de la sociedad, es decir del principio de igualdad, en el Occidente europeo contribuyó a dar fuerza a este tipo de preocupaciones. Sin embargo, el tema de la pobreza y la desigualdad social fue adquiriendo paulatinamente diversas configuraciones en tanto y en cuanto la realidad mundial siguió transformándose. Los tópicos en torno a la pobreza comenzaron a tomar matices no sólo en función del contexto histórico, sino también geopolítico. Es dentro de este proceso socio-histórico que podemos ubicar la construcción misma de conceptos y enfoques alternos al de pobreza para explorar la emergencia de nuevas expresiones de la desigualdad social.

A fines del siglo XIX los principales estados europeos impusieron el *derecho a la ayuda* (Castel, 1991), el cual se fue consolidando en lo que se denominó el *Welfare State* (Estado benefactor), que permaneció en expansión hasta principios de la década de 1970. Este proceso ocurrió como consecuencia de un largo

desarrollo de la industrialización, la urbanización, la laicización y la ciudadanía[3], y respondió a la preocupación por proporcionar bienestar a las masas vulnerables (Castel, 1999). Para Sygmunt Bauman este modelo impone la idea de responsabilidad sobre el bienestar público mediante el principio de equilibrar las desigualdades existentes en cuanto a capacidad de pago; aspecto en el que toma central importancia la ética del trabajo (Bauman, 1998). El autor sugiere que el Estado benefactor surgió

> …como un punto de encuentro, por un lado, entre las presiones de una economía capitalista cargada de problemas, incapaz de recrear –sola y sin ayuda política- las condiciones para su propia supervivencia; y por el otro, el activismo de los trabajadores organizados, también incapaces de encontrar, solos y sin ayuda del Estado, un seguro contra los caprichosos 'ciclos económicos' (1998: 75).

En este contexto la apología del trabajo coincidía, continúa Bauman, con la necesidad de la industria por el aumento de la mano de obra para incrementar la producción. En este trayecto de fuerte crecimiento económico mundial los dispositivos de integración social se expandieron, principalmente en los países desarrollados, mediante el trabajo y la seguridad social. Lo que dio la pauta para la conformación de lo que Robert Castel (1999) llama la sociedad salarial -caracterizada porque la mayoría de la población es asalariada- misma que había logrado articular de este modo trabajo y protección, trabajo y seguridad relativa. El trabajo aparecía así como una instancia en la que los individuos adquirían seguridad económica y social. Sin embargo, con las transformaciones económicas mundiales en la última fase del siglo XX, el sector industrial consideró que el aumento de la mano de obra limitaba la productividad, hecho por el cual el crecimiento económico y el aumento del empleo se encontraron enfrentados (Bauman, 1998). Con el retorno del mercado, aquella regulación fue cuestionada y la tendencia fue tratar nuevamente al trabajo como una mercancía (Castel, 1999). En palabras de Castel:

[3] T. H. Marshall definió hace medio siglo a la *ciudadanía* como aquel *estatus* de pleno derecho de pertenecer a una comunidad (membership) que se concede a los individuos, en donde los derechos sociales aparecen como una parte central. Para este autor las *desigualdades* no se deben a un defecto de los derechos civiles, sino a la falta de derechos sociales (Marshall y Bottomore, 1998).

> …se impone a idea de que la liberalización del mercado y la maximización de los beneficios deben pasar por la lucha contra los *logros sociales*, es decir, de hecho, contra los derechos sociales que habían sustraído, parcialmente, al trabajo de la hegemonía del mercado. (1999: 27).

Este cambio radical trajo consigo lo que Castel llama la crisis de la sociedad salarial en Europa. La crisis de la sociedad salarial es en gran medida la crisis del Estado Benefactor. Esta nueva transformación de la economía mundial, es decir de las políticas económicas y sociales, tuvo consecuencias negativas no sólo en el trabajo, sino además en el conjunto de derechos asociados a él. Por otra parte, la disminución del Estado en cuanto al gasto público significó una limitación en el cumplimiento de ciertos derechos sociales logrados con la expansión de la ciudadanía. Este abandono de la regulación por parte del Estado tuvo como efecto nuevas dimensiones de vulnerabilidad social.

Sin embargo, es necesario apuntar que este largo proceso de transformaciones en torno a los procesos económicos, la ética del trabajo y la seguridad social, tuvo expresiones diferenciales en función de la posición geopolítica de cada país. Es decir, en los países llamados "en desarrollo", América Latina, África y algunos países asiáticos, las políticas de bienestar, así como los procesos de democratización han tenido alcances y ritmos menores a los de los países desarrollados. El ascenso del desarrollo modernizador en América Latina impulsó un amplio crecimiento económico de la mayoría de sus países, sin embargo la condición de dependencia y subdesarrollo contribuyó a que la expansión del bienestar social nunca tuviera las mismas dimensiones que en los países desarrollados. El advenimiento de la reestructuración económica mundial, la globalización, implicó situaciones de vulnerabilidad específicas para amplios sectores de nuestra región.

Es en este contexto de transformaciones económicas, políticas y sociales, señalado de manera muy escueta, que podemos entender la emergencia de enfoques y conceptos en torno a las distintas expresiones de la desigualdad social. El concepto de exclusión social se utilizó inicialmente en Europa[4]. Este

[4] Al parecer hay poco consenso sobre su primera aparición. Mientras que algunos, como Amartya Sen, ubican el origen del concepto en 1974, referido por René Lenoir, "Secrétaire d'Etat a l' Action Sociale del Gobierno Francés", (Duhart, 2006: 6; también Ziccardi, 2004), otros sostienen que fue

emergió, de manera algo paradójica, en el contexto europeo de los estados de bienestar. Como señala Castel (1991), a principios de la década de 1970 era muy fácil hablar de exclusión en la medida en que el objetivo de las políticas de bienestar parecía cercano y los excluidos, también llamados marginados, constituían una parte muy pequeña de la sociedad. En específico, podía pensarse que la sociedad francesa, por ejemplo, estaba cercana al pleno empleo. Exclusión social se utilizó por primera vez para referir aquella parte marginal de la sociedad que no tiene acceso a los frutos del crecimiento económico (Bhalla y Lapeyre, 1999). Esta categoría se refería principalmente a la gente que no encajaba en las normas de la sociedad industrial -ancianos, enfermos mentales, incapacitados, delincuentes, etc. Sin embargo el modelo de los estados de bienestar estaba por colapsar y entraría en escena la crisis de la sociedad salarial (Castel, 1999). De esta forma, la explosión del uso de este concepto ocurrió en la década de 1990 (Marco-Fabre, 2000; Ziccardi, 2004; Duhart, 2006; Saraví, 2006), cuando los efectos sociales de la reestructuración económica mundial comenzaron a sentirse con fuerza. En este contexto, los nuevos problemas sociales se relacionaron con la privación de los individuos que anteriormente estuvieron integrados formalmente a la sociedad. Como señalan A. S. Bhalla y Frédéric Lapeyre (1999), el problema de la nueva pobreza no pertenecía ya a lo marginal, sino al progresivo incremento de la población afectada por problemas multidimensionales como la precariedad del trabajo, la debilidad de las redes familiares y extra familiares y la pérdida de estatus social. Así, la noción de exclusión social se comenzó a relacionar con los cambios estructurales más que con las conductas o características individuales (Bhalla y Lapeyre, 1999). Gacitúa y Davis mencionan que los países pioneros en utilizar la frase de exclusión social como concepto fueron Francia, Italia y los países nórdicos, en los cuales se definía como:

> Los mecanismos a través de los cuales personas y grupos son despojados de la participación y titularidad de los derechos sociales, o como un proceso que excluye a una parte de la población del disfrute de las oportunidades económicas y sociales (Gacitúa y Davis, 2000: 13).

---

en el año de 1988 por la Comisión Europea (Munck, 2005), incluso en 1989 por un documento del Consejo Europeo (Marco-Fabre, 2000: 13).

Esta definición pone especial énfasis en la privación de derechos sociales como característica primordial de la exclusión. No obstante, varios autores han señalado que una de las principales características de este concepto es su potencialidad para analizar los procesos contemporáneos sobre la desigualdad social en sus distintas facetas o dimensiones (Bhalla y Lapeyre, 1999; Munck, 2005; Saraví, 2006). Este enfoque se consolidó en buena medida para dar cuenta de los efectos sobre la estructura social que tuvieron las transformaciones asociadas a la globalización. Así, la noción de exclusión social comenzó a asociarse desde diversas perspectivas a los estudios sobre la pobreza, la precarización laboral/desempleo y la limitación de los derechos de ciudadanía (Saraví, 2006).

Se debe señalar, al mismo tiempo, que uno de los principales puntos para comprender este nuevo enfoque ha sido señalar la relación del concepto de pobreza con el de exclusión social. El concepto de pobreza, básicamente definido a partir de umbrales de ingreso (líneas de pobreza) y de la satisfacción de necesidades básicas, es decir en términos fundamentalmente económicos y materiales, había mostrado fuertes problemas para su análisis, particularmente por su limitación en lo que respecta a los componentes cualitativos de orden más sociológico[5]. En fechas más recientes la pobreza comenzó a formar parte de las discusiones sobre fenómenos estructurales de mayores dimensiones. Como señala Gonzalo Saraví, los aportes al debate entre el carácter relativo y absoluto de la pobreza, principalmente entre Peter Townsend y Amartya Sen, contribuyeron a evidenciar los límites del concepto, en tanto incluyen aspectos sociales, y acercan el problema hacia el ámbito de la pertenencia o membresía de los individuos a la sociedad (2006). Sin embargo, la noción de exclusión, fue tomando distancia de los estudios sobre pobreza en un aspecto teórico central. Bhalla y Lapeyre (1999) sostienen que el concepto de exclusión social tiene una diferencia explicita con el de pobreza, aún en su noción más amplia, en la medida en que hace referencia al nivel *relacional* y no sólo al nivel distribucional de las

[5] Los debates sobre la pobreza en las últimas décadas oscilaron entre las dificultades de su medición, su carácter absoluto / relativo, la naturaleza de la llamada “cultura de la pobreza” y las políticas públicas de “combate a la pobreza”.

condiciones de privación. La exclusión social, continúan los autores, denota además de la privación material, la privación de relaciones sociales. La pobreza, por ejemplo, no siempre es un buen indicador de la exclusión de los bienes y servicios; por otro lado, la gente puede ser pobre y no estar excluida de ciertas necesidades básicas, pues es posible en algunos casos disponer aún de acceso al mercado de trabajo, a algunos recursos físicos y a los derechos y obligaciones políticas. Por otra parte, el estado de pobreza no es siempre una condición de exclusión de ciertas redes sociales, es decir, pobreza no siempre significa exclusión de las relaciones sociales. (Bhalla y Lapeyre, 1999). Castel (1991) se refirió a una situación parecida refiriéndose a una pobreza *integral*, aludiendo a los grupos sociales asistidos por instancias de beneficencia, por lo que concluye que el nivel de recursos económicos es sólo *un* elemento para caracterizar situaciones marginales.

El argumento de Bhalla y Lapeyre sobre la superioridad del concepto de exclusión social sobre el de pobreza para el análisis social está referido a su carácter multidimensional. Mientras que el concepto de pobreza está restringido a la debilidad del ingreso, el concepto de exclusión social se refiere a la ruptura o malfuncionamiento de los sistemas sociales de mayor amplitud que deben garantizar la completa ciudadanía. Lo anterior sin embargo no excluye la posibilidad de que el estatus económico pueda contribuir a situaciones de exclusión. De tal suerte, el concepto de exclusión social ofrece una nueva perspectiva sobre aspectos relacionados con la pobreza principalmente en dos aspectos: a) se enfoca en el carácter *multidimensional* de la privación y puede así proveer elementos para discernir factores *acumulativos* que mantienen las situaciones de privación; b) renueva un análisis de la privación como el resultado de factores causales *dinámicos* (Bhalla y Lapeyre, 1999: 15).

Por otra parte, como menciona Saraví (2006), los estudios europeos en torno a la precarización del trabajo / desempleo, por un lado, y la limitación de la ciudadanía, por otro, permitieron enfocar el análisis sobre el nivel *relacional* individuo-sociedad. Desde la primera vía, el trabajo asalariado se asume como el principal mecanismo de integración social, fuente de legitimidad y aceptación

social, lo cual permite abordar el problema no solo desde el mercado laboral, sino desde las fallas en los mecanismos de integración social. Así:

> […] las transformaciones estructurales en los mercados de trabajo, y en particular sus efectos de desempleo y precarización, representan los disparadores de un proceso de acumulación de desventajas que conduce a un estadio final de desafiliación respecto a la sociedad, es decir de exclusión social (2006: 25)

La segunda vía consistió en reorientar la atención desde el mercado de trabajo hacia la ciudadanía, entendida como pertenencia (membership), donde los derechos de los ciudadanos a un nivel básico de bienestar material y participación social emergieron como punto de referencia del concepto de exclusión. Lo cual, por un lado permitió un mejor acoplamiento con la tradición centrada en la desigualdad y la exclusión material y, por el otro, permitió obtener una definición empíricamente identificable, a partir de la cual construir indicadores y definir políticas sociales (Saraví, 2006).

De tal suerte, como han señalado Bhalla y Lapeyre, los asuntos distribucionales (económicos) y relacionales (sociales) se ubican en el corazón del concepto de exclusión social. Pero al mismo tiempo éste va más allá, es decir que también abarca aspectos políticos como los derechos civiles y sociales que determinan una relación entre los individuos y el estado, así como entre la sociedad y el individuo (1999: 16). Lo anterior denota con mayor claridad una naturaleza multidimensional del proceso al que hace referencia el concepto de exclusión social. En resumen, este concepto se constituye como un enfoque que privilegia el análisis de los procesos de acumulación de desventajas y de la progresiva ruptura de los lazos sociales con dimensiones económicas, políticas y sociales. El “aspecto común que constituye la esencia de la noción de exclusión social es la idea de una fractura de los lazos que tejen la relación individuo-sociedad” (Saraví, 2006: 27).

Como se ha sugerido, el concepto de exclusión social necesariamente remite a la definición de los mecanismos de integración social. Es por ello que para trasladar el concepto de exclusión social al análisis de la cuestión social de las sociedades latinoamericanas, como hacemos en esta investigación, se debe en primer lugar señalar la especificidad de los mecanismos de integración social

de dichas sociedades. A diferencia de Europa, en América Latina la exclusión social se da sobre un trasfondo de profunda pobreza y desigualdad, de extendida precariedad laboral y de limitada ciudadanización[6] (Saraví, 2006). Este dato es importante para comprender que el problema al que hace alusión el concepto de exclusión social en América Latina tiene dimensiones diferentes así como particularidades propias. En este sentido, Ronaldo Munck (2005) llama la atención sobre los riesgos de euro-centrismo y EU-centrismo al no considerar el productivo debate en América Latina en torno a la desigualdad y en particular sobre la marginalidad. Tomar en cuenta este debate, desarrollado en las décadas de 1960 y 1970, resulta necesario para responder la pregunta acerca de la especificidad de la integración social en Latinoamérica (Saraví, 2006).

En la evaluación que hace Gino Germani (1980) sobre el concepto de marginalidad y sus debates, menciona el aumento de los procesos de modernización y extensión a países fuera de occidente como uno de los puntos clave en la discusión. Según el autor, un elemento fundamental que genera la marginalidad y su percepción como problema es el carácter asincrónico o desigual del proceso de transición a la modernidad. Partiendo de esta perspectiva, continúa Germani, surge una literatura que se enfoca a la marginalidad como problema de limitación ideológica, política, psicosocial y cultural. Por un lado se relaciona con la problemática de la pobreza como cuestión ética e ideológico-política, en conexión con el proceso de expansión de los derechos plenos de ciudadanía y, por el otro, percibe el problema de la población no participante con un hecho psicosocial y de cultura, conectándose con el enfoque de los contactos culturales (Germani, 1980). Otra vertiente sobre la marginalidad estuvo representada por los enfoques marxistas en auge en aquel momento, los cuales pusieron énfasis en las dimensiones estructurales del problema asociadas a las especificidades de un desarrollo capitalista dependiente como el latinoamericano. Aquí se ubican tanto

[6] Por ejemplo, Guillermo O'Donnell argumenta que en Europa los derechos sociales -dimensión central en la definición moderna de ciudadanía- fueron logrados mediante las luchas de la sociedad civil, mientras que en América Latina fueron implantados por los propios Estados[6], partiendo además de una base limitada en comparación con el del noroeste europeo (2004). O'Donell señala que aparte de ello en la mayoría de los casos de AL ha habido una regresión constante de los derechos sociales (2004).

las propuestas de Aníbal Quijano, de que la marginalidad social en América Latina corresponde a la lógica del capitalismo dependiente y subdesarrollado (Germani, 1980), como las de Henrique Cardoso y José Nun, respecto a la funcionalidad (ejércitos de reserva) o disfuncionalidad (masa marginal) -respectivamente[7]- de la marginalidad para el sistema (Germani, 1980).

Este prolífico debate, especialmente de los últimos autores, permite, según Gonzalo Saraví (2006), entender la forma que asume la integración social en las sociedades latinoamericanas. Por un lado, permitieron observar la génesis estructural de las condiciones de privación y pobreza prevaleciente. Por otro lado a partir, también de algunos estudios etnográficos, se pueden entender las claves de un proceso de integración multiafiliatorio, en los que el Estado, la comunidad, la familia y en parte el mercado de trabajo, tendieron una red de múltiples filiaciones que garantizaban la integración (aunque débil) de los sectores en desventaja (Saraví, 2006). Podemos así observar también una distinción entre exclusión social y marginalidad, pues el enfoque del primero se distingue del segundo al centrar su mirada en los procesos de acumulación de desventajas que pueden debilitar la relación individuo-sociedad (ídem).

Se debe tener en cuenta por lo tanto que el proceso de exclusión / integración social en América Latina se da dentro de contextos de profunda desigualdad, que tiene como trasfondo una marcada historicidad de la pobreza y una concentración espacial de la misma (Saraví, 2006). En años muy recientes el concepto de exclusión social ha comenzado a aplicarse en sociedades de América Latina. Este surgimiento fue sensible a las condiciones sociales específicas de algunos países. Según Carlos Sojo (2000), el interés en el estudio de la exclusión social en nuestro continente se consolida en el marco de procesos de democratización que se inician en la década de los noventa. Este argumento retoma la idea de que en este contexto comenzaron a desarrollarse propuestas de identificación de mecanismos institucionales para regular la capacidad de cohesión social de las sociedades, y por ello la noción de exclusión (y de

[7] Esta parte del debate, iniciado por Nun, puede consultarse en el número volumen 5, número 2, de la *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1969. Más recientemente Nun publicó un libro en el que recupera parte de este debate, *Marginalidad y exclusión social*, Buenos Aires, FCE, 2001.

integración) social aparece primero en las sociedades más desarrolladas y con mayor tradición en políticas de bienestar social (Sojo, 2000). En 1998 la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) se refirió a la exclusión social como

> …un proceso que surge a partir de un debilitamiento progresivo o un quiebre duradero de los lazos que unen a los sujetos con la sociedad a la que pertenecen, de tal modo, que se establece una división entre los que están dentro y quienes están fuera de ella. Por tanto, la exclusión alude a procesos a través de los cuales algunas personas no solo poseen menos, sino que son crecientemente incapaces de acceso a los diferentes ámbitos de la vida social (citado por Duhart, 2006: 7).

Por otra parte, los planteamientos sobre exclusión social en América Latina han comenzado a aportar planteamientos interesantes. Por ejemplo, haciendo especial énfasis en el carácter multidimensional, acumulativo y procesual, se plantea la necesidad de retomar la dimensión cultural como parte central de tales fenómenos (Estivill, 2000; Gacitua y Davis, 2000, Trouillot, 2000). Así, se asume el proceso de exclusión retomando tanto las dimensiones económicas, sociales y políticas como las culturales (el tema de la dimensión cultural se retoma en otro apartado de este capítulo). De la misma manera se ha planteado la necesidad de inscribir el análisis de la exclusión en conexión directa con la perspectiva del curso de vida (Saraví, 2006). El carácter procesual y multidimensional al que hacen referencia las desigualdades dinámicas y la acumulación de desventajas, en una trayectoria biográfica, expresa una característica muy compleja. Es decir, alude a un carácter recursivo del fenómeno, no en un sentido lineal sino de múltiples procesos desencadenantes en formas particulares, donde las posibilidades parecen infinitas. De tal suerte, las experiencias biográficas aluden a desventajas transitorias, y de consecuencias a largo plazo. Es en este sentido que las desigualdades dinámicas aparecen como elementos que:

> […] incrementan la vulnerabilidad de la construcción biográfica; que fragmentan las categorías de clase o status con múltiples patrones biográficos, y que plantean el riesgo de la exclusión. El curso de vida, y en particular las trayectorias biográficas, constituyen la unidad de análisis en que accidentes o elementos aleatorios pueden constituirse o en desigualdades desencadenantes, o en nuevos engranajes, de procesos de acumulación de desventajas (Saraví, 2006: 34).

Podemos entonces comprender en términos generales a la exclusión social como el resultado final de un proceso complejo, multidimensional y dinámico, de

acumulación de desventajas que progresivamente socava la relación individuo-sociedad. En este sentido, retomando a Saraví, el concepto de exclusión social se constituye en un tipo ideal, en la medida en que nos referimos a un estado final hipotético de ruptura de lazos sociales, lo cual metodológicamente implica observar las situaciones específicas de vulnerabilidad desde sus distintas dimensiones (2006). Asumiendo la vulnerabilidad, por ejemplo, como esa zona de incertidumbres, intermedia entre la integración y la exclusión social (Castel, 1991).

El punto sobre el que deseamos llamar la atención es que por un lado, el problema de la exclusión social reúne múltiples situaciones que convergen en un proceso dinámico, cuya característica esencial es el paulatino debilitamiento de la membresía social de los individuos o sectores sociales. En esta investigación asumiremos el concepto de exclusión social, a partir de su utilidad como tipo ideal, como un proceso multidimensional y dinámico de acumulación de desventajas, que actúan como detonantes de la fractura de relaciones entre el individuo y diversas formas de la vida social. Específicamente consideraremos al trabajo formal, al que se asocian una serie de derechos sociales específicos, como una de las principales fuentes de integración a la sociedad, es decir, uno de los principales vínculos entre individuo-sociedad. No obstante, los factores circundantes en torno a la inserción en el mercado de trabajo formal pertenecen a dimensiones múltiples.

Por otro lado, en tanto que el enfoque de la exclusión social alude a una multidimensionalidad, precisamos explorar también la participación de los factores “blandos”, es decir culturales en el proceso de integración / exclusión social. En otras palabras, la integración a la sociedad mediante aspectos “objetivos” se realiza principalmente bajo el goce de derechos básicos, pero es importante reconocer que dentro de este proceso de integración o exclusión existe una dimensión subjetiva que puede contribuir de formas particulares a su desenvolvimiento. En este sentido, las costumbres, las expectativas, los estigmas, los significados del trabajo y la ciudadanía, etc., son relevantes para la constitución de la dimensión subjetiva de la exclusión social. Es en este contexto

que considero necesario avanzar en la discusión hacia la problematización de las relaciones entre la estructura social y la cultura.

1.3. Cultura y estructura social

El concepto de exclusión social, el cual subraya un proceso multidimensional en el que intervienen factores culturales, hace necesario plantear y discutir las relaciones entre la subjetividad, la intersubjetividad, la cultura y la estructura social. Un acercamiento a este problema lo encontramos en la obra de Paul Willis, para quien el problema central se condensa en la pregunta sobre cómo se relaciona la creatividad con las constricciones estructurales, las condiciones estructurales y la reproducción estructural (entrevista en Martínez, 2004). En su libro *Aprendiendo a trabajar*, publicado en 1976, Willis explora las relaciones entre las condiciones estructurales y las construcciones culturales de un grupo de estudiantes de clase obrera. En este estudio, Willis parte de la pregunta de cómo éstos jóvenes consiguen trabajos de clase obrera. El argumento de este texto sugiere que las constricciones estructurales no determinan tajantemente las conciencias de clase o las subjetividades. El sujeto conserva cierta libertad para la creatividad, aunque finalmente se conforman estructuras culturales específicas, que pueden estar en contradicción con la estructura social, pero a la vez facilitan su reproducción. En este sentido, se sugiere la importancia de analizar el arte cotidiano y la práctica cotidiana, consideradas también dentro de un contexto estructural, es decir donde la clase y la explotación, por ejemplo, sigan siendo importantes. Así, muchas cuestiones “en casos específicos, y con ejemplos en profundidad, se relacionan con las prácticas, se relacionan con la subjetividad y se relacionan con la cuestión de la reproducción” (entrevista en Martínez, 2004: 129). Tomando como referencia este enfoque para el propósito de esta investigación, se trata de explorar cómo los procesos intersubjetivos se involucran en el fenómeno de la exclusión social.

Dado que las discusiones en el ámbito de las relaciones entre la subjetividad y la estructura social dentro de la teoría antropológica son interminables, partimos de un punto explorado en la perspectiva de Marshall Sahlins. Este autor se refiere particularmente al conflicto entre el utilitarismo y el culturalismo como una expresión de las tensiones entre estructura y acción. Para Sahlins se trata de saber:

> […] si el orden cultural está entendido como codificación de la acción real del hombre, intencional y pragmática, o bien si, inversamente, debe entenderse que la acción humana en el mundo es mediada por el proyecto cultural, que imparte orden a la vez a la experiencia práctica, a la práctica consuetudinaria y a la relación entre ambas" (Sahlins, 1976: 61).

En opinión de Sahlins, la diferencia no puede ser resuelta por la "feliz conclusión académica de que la respuesta está en un punto intermedio y hasta en ambos extremos a la vez" (1976: 61). A lo largo de su libro *Cultura y Razón Práctica*, Sahlins ejemplifica cómo la lucha entre estos dos paradigmas de teoría antropológica persiste. Es importante reiterar que el objetivo de esta investigación no es resolver esta disputa académica. Más bien, partimos de la importancia de ambos paradigmas, asumiendo ciertas condiciones estructurales que podrían definirse como de exclusión, donde el papel de la cultura no es ajeno. En esos términos podemos identificar ciertos sectores sociales en condiciones de desventaja, en torno a los cuales queremos explorar los procesos de significación y percepción de su propia condición.

Un primer paso de relevancia teórica es la definición de "cultura", para lo cual nos apoyamos en la obra de Clifford Geertz. Bajo el supuesto de que el quehacer del etnógrafo remite a la "descripción densa" y tomando una postura crítica frente al debate en torno al carácter objetivo o subjetivo de la cultura Clifford Geertz elabora una definición semiótica de la misma (Geertz, 1973). Esta perspectiva supone que la cultura es un documento activo, es pública; aunque contiene ideas, no existe en la cabeza de alguien y aunque no es física, no es una entidad oculta. Geertz es cuidadoso al plantear una empresa interpretativa sobre la cultura en la medida en que se distancia del enfoque de la antropología

cognitiva por su énfasis en las teorías personales de la significación. Para Geertz es importante advertir lo siguiente:

> […] decir que la cultura consiste en estructuras de significación socialmente establecidas en virtud de las cuales la gente hace cosas tales como señales de conspiración y se adhiere a éstas, o percibe insultos y contesta a ellos no es lo mismo que decir que se trata de un fenómeno psicológico (una característica del espíritu, de la personalidad, de la estructura cognitiva de alguien) (Geertz, 1973: 26)

De tal forma la cultura no es un fenómeno subjetivo, sino inter-subjetivo. Una cuestión importante es la referida a las estructuras de significación. En relación con ellas, Geertz también advierte que la cultura, entendida como sistemas en interacción de signos interpretables, "no es una entidad, algo a lo que puedan atribuirse de manera lineal acontecimientos sociales, modos de conducta, instituciones o procesos sociales[8]; pues la cultura es un con-texto dentro del cual pueden describirse todos esos fenómenos de manera inteligible, es decir, densa. (Geertz, 1973: 27). Aunque desde mi lectura, Geertz no parece negar la influencia o relación entre las producciones culturales y las manifestaciones de la estructura social, pues en otro punto afirma que las formas de la sociedad son la sustancia de la cultura (p. 38). Sin embargo, para Geertz, dado el énfasis interpretativo de su propuesta, los riesgos de asumir posturas culturalistas u objetivistas persisten:

> […] siempre está el peligro de que el análisis cultural […] pierda contacto con las duras superficies de la vida, con las realidades políticas y económicas dentro de las cuales los hombres están contenidos siempre, y pierda contacto con las necesidades biológicas y físicas en que se basan estas duras superficies.
> [Por otro lado] Considerar las dimensiones simbólicas de la acción social –arte, religión, ideología, ciencia, ley, moral, sentido común,- no es apartarse de los problemas existenciales de la vida para ir a parar a algún ámbito empírico de formas desprovistas de emoción; por el contrario, es sumergirse en medio de tales problemas. (Geertz, 1967: 40).

Bajo esta perspectiva, asumimos entonces la importancia de evitar los riesgos que conlleva un enfoque unilateral. Peter Berger y Thomas Luckmann son un ejemplo claro de los teóricos preocupados por enfrentar este problema. Ellos han desarrollado, desde una perspectiva fenomenológica, su teoría sobre la construcción social de la realidad, donde el proceso de socialización de los sujetos

[8] Por ejemplo pensar en el tema de la pobreza, no podría ser, desde este enfoque, atribuible únicamente a las formas de la cultura de los pobres.

involucra una relación dialéctica (y diríamos dialógica) entre la estructura social y la intersubjetividad. Para estos autores, la socialización:

> […] siempre se efectúa en el contexto de una estructura social específica. No sólo su contenido, sino también su grado de 'éxito' tienen condiciones y consecuencias socio-estructurales. En otras palabras, el análisis micro-sociológico o socio-psicológico de los fenómenos de internalización debe siempre tener como trasfondo una comprensión macro-sociológica de sus aspectos estructurales (Berger y Luckmann, 1968: 204).

El proceso de socialización emerge entonces como un elemento de la realidad donde se fusionan aspectos macro y micro-sociológicos, donde las particularidades del mismo tienen consecuencias socio-estructurales así como culturales –como veremos en los capítulos del análisis empírico.

A partir de lo anterior, nos queda la pregunta sobre cómo analizar la cultura. Robert Wuthnow y sus colaboradores postulan la emergencia de un marco para el análisis cultural partiendo de este problema, desde las aportaciones de cuatro notables científicos sociales: Peter L. Berger, Mary Douglas, Michel Foucault y Jürgen Habermas (Wuthnow, Davison, Bergesen y Kurzweil, 1984). La intención de estos autores es explorar varias cuestiones que apuntalan la labor de analizar la cultura: el papel de la subjetividad, los límites del reduccionismo sociológico, y el lugar del positivismo. Respecto al primer punto, el de la subjetividad, sobre el cual Berger ha mostrado mayor preocupación[9], se señala que incorporar la subjetividad en el análisis cultural "proporciona un elemento disuasivo contra la osificación de la realidad social en categorías socialmente desprendidas de los actores que individual y colectivamente las producen" (Wuthnow, et al. 1984: 269). Estos autores hacen énfasis en el carácter dialéctico de la teoría de Berger, y su aportación al análisis cultural en la medida en que la objetivación se realiza sólo con referencia a las percepciones subjetivas del individuo que percibe la cultura como un objeto, aparentemente independiente de sus intenciones personales (Wuthnow, et al., 1984: 273).

Con relación a los vínculos entre cultura y estructura social, los autores subrayan que estos aportes proporcionan una reorientación que libera a la cultura

[9] Los autores señalan que sería inexacto caracterizar a Berger de subjetivista, ya que su perspectiva ha ido claramente más allá de los supuestos que se encuentran en el seno de un

de la determinación de la estructura social, permitiendo que las investigaciones se centren en las pautas internas de las construcciones culturales. De lo anterior deriva la pregunta de ¿qué es entonces lo que da forma a las construcciones culturales? Simplificadamente se hace énfasis en los requerimientos individuales de significado y orden (Berger), que se reflejan en la propia estructuración de pautas de cultura. O en otras palabras, transmisores de los mensajes necesarios para el manejo ordinario de la vida social (Douglas). En la interpretación de Wuthnow et al., estos aportes expresan interés en el discurso, la conversación y la expresividad como ingredientes esenciales de la cultura, además de un rechazo por la determinación de ésta desde la estructura social. Luego de un cuidadoso y profundo análisis de estos cuatro autores, Wuthnow y sus colegas concluyen:

> Es también claro que la cultura no abarca todo lo que significa el concepto de ordenamientos sociales, puesto que estos también pueden ser considerados como provisiones de recursos distribuidos diferencialmente (ingresos, poblaciones, modos de producción, etcétera) aparte de su significación simbólico expresiva. En consecuencia siguen existiendo posibilidades de relacionar la cultura con la estructura social, no en algún orden reduccionista o *a priori* desde el punto de vista causal, sino como aspectos de la conducta que se influyen recíprocamente (Wuthnow, et al., 1984: 283).

Siguiendo esta perspectiva, podemos plantear entonces que, la relación individuo-sociedad no sólo está configurada en función de las instituciones políticas, mercantiles o laborales, sino también por los procesos intersubjetivos que retroalimentan esas funciones en sentido concreto, y éstas a su vez vuelven a transformar las percepciones subjetivas sobre ellas. Las mismas percepciones retroalimentan los procesos estructurales y viceversa.

En otros términos, Bourdieu ha abordado el problema a partir de su esfuerzo por “trascender la reducción mutilante de la sociología, ya sea a una física objetivista de las estructuras materiales, ya sea a una fenomenología constructivista [unilateral] de las formas cognoscitivas, mediante un *estructuralismo genético*, capaz de englobar una y otra” (Waquant, 1995: 17). La noción de habitus, planteada por Bourdieu bajo esa finalidad, alude a “una suerte de trascendente histórico: un sistema socialmente constituido de disposiciones

---

enfoque fenomenológico tradicional, en el que la subjetividad es considerada con importancia

estructuradas y estructurantes, adquirido mediante la práctica y siempre orientado hacia funciones prácticas" (Bourdieu, 1995: 83). Incluso los aportes de Bourdieu pueden ser analizados como un intento claro por aportar soluciones al debate planteado por Sahlins, donde además se concede cierto espacio a la creatividad del sujeto.

Con todo lo anterior, pretendo subrayar la idea de que el análisis de la realidad social debe tomar en cuenta tanto los aspectos estructurales, concretos y cuantificables, así como los aspectos culturales y subjetivos. Ello además desde una perspectiva que descarte una división estricta entre ambas dimensiones, es decir abordándolos como aspectos inseparables en todo proceso social. Esta perspectiva, brinda múltiples posibilidades de análisis sobre fenómenos como el de la exclusión social, difícilmente abarcables desde un enfoque causal unilateral. Nuestra investigación parte de suponer realidades estructurales en las que se inscriben los fenómenos sociales, dentro de los cuales es necesario analizar los procesos subjetivos y culturales. Por ello, pensamos que el abordaje etnográfico nos ayuda a explorar el proceso que, a nivel micro e intersubjetivo, expresan las particularidades de la exclusión social, sin dejar de observar las dimensiones macro-sociales.

1.4. Subjetividad y exclusión social

Como se señaló anteriormente, la noción de exclusión social se centra en la idea de una fractura de los lazos que tejen la relación individuo sociedad. El proceso en el que ocurre esta fractura es multidimensional: tales dimensiones pueden ser económicas, sociales y políticas, entre otras. Jordi Estivill caracteriza a la exclusión social como un proceso acumulativo y pluridimensional que aleja e inferioriza, con rupturas sucesivas, a personas, grupos, comunidades y territorios, de los centros de poder, de los recursos y los valores dominantes (Estivill, 2003). Pocos autores han mencionado la dimensión subjetiva como una parte central.

---

suprema y casi exclusiva (Wuthnow, et al., 1984).

Estivill no sólo reconoce y destaca la importancia de una dimensión subjetiva en los procesos de exclusión social, sino que al mismo tiempo pone en evidencia la escasa atención y centralidad que se le ha otorgado en los estudios sobre este tema:

> […] sería quedarse a mitad del recorrido no abordar los aspectos simbólicos y culturales de la misma [exclusión], los cuales, en general son menos tratados […]. Quizás porque a veces son los menos visibles y los que alejan más la definición de la noción más material de la pobreza (Estivill, 2003: 44).

Esta idea nos aproxima a uno de los principales motivos por los cuales la dimensión subjetiva y la cultural han sido menospreciadas, se trata precisamente de que la pobreza así como los otros factores de exclusión social han sido definidos primordialmente desde sus bases materiales y cuantificables. Silvia Duschatsky y Cristina Corea (2001) sugieren que los rasgos de la "expulsión" social como la falta de trabajo, las estrategias de supervivencia que rozan con la ilegalidad, la violencia o la escolaridad precarizada retratan determinaciones o hechos, pero no hablan de los sujetos, de los modos de significación, de sus efectos en las operaciones de respuesta, de las valoraciones construidas, etc. En este sentido, ellas consideran que es necesario distinguir entre actos o datos reveladores de la expulsión y *prácticas de subjetividad* como operaciones que pone en juego el sujeto en esa situación.

Estivill considera que la exclusión tiene que ver con la insatisfacción, es decir el malestar de las personas cuando se encuentran en situaciones de privación. Desde este punto de vista, la exclusión contiene una carga subjetiva en hechos materiales. El autor también se refiere a la posibilidad de la exclusión respecto de determinadas modas, costumbres e ideas dominantes, aspectos que se asocian con otros procesos estrechamente ligados a la exclusión como son la estigmatización, la segregación, y el debilitamiento de la cohesión social. Para Estivill, los procesos identificables desde este enfoque son, por un lado, la constitución de grupos y comunidades cerradas que afirman autoritaria y dogmáticamente sus valores, llevando a la expulsión de quienes no los aceptan o no son reconocidos. Y por otra parte, la creación de espacios alejados e inferiores,

otorgados a determinados grupos. En este sentido, el autor observa dos procesos subjetivos paralelos:

> […] la primera [desde comunidades cerradas] tiende a considerar a los segundos [excluidos] como culpables/responsables de su exclusión, reprochándoles sus conductas y su falta de compromiso con el pacto social. Mientras que los segundos intentan encontrar acomodo en su propio mosaico de relaciones, o si deciden y pueden luchar contra las circunstancias de su exclusión, critican a la sociedad su falta de reconocimiento. Hay aquí rupturas de los lazos simbólicos y potenciales conflictos en los esquemas respectivos de representación social (Estivill, 2003: 15).

Lo interesante de estos fenómenos es la confluencia de factores materiales y simbólicos que pueden aportar de diferente manera elementos para el desarrollo de una situación de exclusión. Desde nuestra perspectiva la existencia de procesos de estigmatización, segregación, anomia, etc., merecen análisis más profundos que nos den información sobre las pautas internas de funcionamiento. Es decir, no es sólo reconocer que están ahí, sino comprender cómo es que se sostienen o se transforman, y cómo participan en las situaciones particulares de exclusión.

En nuestro caso nos hemos propuesto analizar la construcción de significados y percepciones sobre la exclusión social de los jóvenes urbanos en desventaja. Si bien es un tema que ha merecido poca atención existen algunos estudios llevados a cabo desde una perspectiva afín. Los estudios específicos sobre jóvenes residentes en lugares urbanos socialmente desfavorecidos han sido abordados desde algunos trabajos sociológicos y antropológicos. Específicamente, en Europa se ha estudiado la forma en que los factores socioculturales se relacionan con las dinámicas de la estructura social. Hemos mencionado ya, por ejemplo, que el estudio de Paul Willis, *Aprendiendo a Trabajar* (1976), es un intento por analizar la complejidad de las relaciones entre la esfera cultural y la socioestructural. En este estudio Willis trata de entender algunos de los mecanismos de la autonomía, la independencia dentro de las constricciones de la estructura. El autor parte de la pregunta sobre cómo los jóvenes de clase obrera consiguen finalmente empleos de clase obrera. Son dos los conceptos que le ayudan a entender este proceso: penetraciones y limitaciones. Las penetraciones se refieren a aquellas prácticas culturales mediante las cuales se tiende a

desestabilizar el orden social de desigualdad (las prácticas desafiantes de un grupo de alumnos respecto a las autoridades escolares, por ejemplo). Las limitaciones se refieren a los obstáculos que las mismas prácticas imponen a su finalidad desde distintos niveles. Es decir, por razones ideológicas, el grupo estudiantil que estudia Willis construye una aversión a la obediencia escolar y por lo tanto a los propósitos del estudio, lo cual deriva en su inevitable inserción en el mercado de trabajo manual, en el cual seguirán teniendo un papel subordinado.

Por su parte Pierre Bourdieu realiza un abordaje empírico con jóvenes de una pequeña ciudad del norte de Francia. *"El orden de las cosas"* (Bourdieu, 2002) es un ejercicio interpretativo de cómo las confrontaciones con el prejuicio racista o los juicios clasificatorios -a menudo estigmatizantes- del personal del encuadramiento escolar, social o político, contribuyen a producir los destinos enunciados y anunciados, a través de lo que llama efecto de destino. En este trabajo Bourdieu sugiere que en los espacios de relegación social del norte de Francia, hay evidencia de una mala fortuna colectiva, donde las miserias de cada uno se ven redobladas por las nacidas de la coexistencia y cohabitación de todos los miserables, pero quizá sobre todo del efecto de destino que está inscripto en la pertenencia a un grupo estigmatizado.

Una reflexión afín es la que hace Gonzalo Saraví en torno a las *percepciones y experiencias de la segregación urbana en jóvenes de sectores populares de la Ciudad de México* (2004a). El texto sugiere que un efecto común de las estigmatizaciones en diferentes contextos socioeconómicos es el estimular la diferenciación y distanciamiento sociales, que no se refiere a la comunicación de grupo, sino fundamentalmente entre grupos. En este sentido, el aislamiento social entre sectores juveniles de distintos contextos (de ventaja y desventaja en la estructura) podría expresarse como la construcción de muros entre sectores sociales, o la coexistencia de diferentes pero sin interacción (Saraví, 2004a).

Otros autores latinoamericanos han reflexionado, aunque brevemente, sobre el tema de los factores simbólicos y la desigualdad social. Por ejemplo, en una parte del ensayo de Francisco Miranda, *Continuidades y rupturas: transición educación-trabajo*, se mencionan algunas cuestiones en torno a la integración

material y simbólica de los jóvenes de Latinoamérica y México (2003). Miranda inscribe el problema dentro de los procesos de globalización y la expansión de la sociedad de la información en contextos de alta desigualdad social y segmentación. Sobre este punto, el autor señala la existencia de una relación inversa entre integración material (empleo y condiciones de vida) e integración simbólica (imágenes, información y códigos), la cual se manifiesta con particular intensidad entre los más jóvenes. Esta relación, continúa el autor, tiene dimensiones específicas para una buena parte de los sectores pobres, donde la brecha entre lo material y lo simbólico se agranda al punto de volverse un contrasentido. Es decir, donde se genera, mediante el consumo simbólico, "una oleada que se contrapone a la escasez de integración material y a los propios espacios simbólicos de consumo que le son inherentes" (Miranda-López, 2003: 61).

En otro orden teórico-metodológico, podrían citarse las recientes encuestas nacionales sobre jóvenes en México, las cuales también intentaron indagar sobre estos aspectos. La primera y segunda Encuesta Nacional de Juventud (ENJ), de los años 2000 y 2005 respectivamente, estuvieron basadas en el supuesto de que la cultura es la que debe orientar la indagación sobre las representaciones en torno a la esfera pública. La cultura es entendida aquí como el conjunto de esquemas de percepción, valoración y acción en y sobre el mundo (Reguillo, 2002). Si bien estos estudios aportan interesantes datos sobre las condiciones estructurales y las percepciones de los jóvenes, el método de encuesta, aunque indague acerca de las subjetividades, no permite una aproximación profunda a las experiencias fenomenológicas de sectores específicos, como pretende hacer esta tesis. Para ello es necesario acudir también a los métodos etnográficos, como una posibilidad para indagar cualitativamente, de forma densa, la participación de la dimensión simbólica en los procesos socioestructurales.

1.5. Juventud e integración social

Hasta ahora hemos mencionado bastante la palabra juventud, sin embargo debemos aclarar lo que entendemos por ella. En esta investigación retomamos la categoría de juventud como un eje fundamental para entender el proceso de exclusión / integración social. Como se mencionó anteriormente, la dimensión biográfica está estrechamente relacionada con la perspectiva de exclusión como un proceso dinámico de acumulación de desventajas (Saraví, 2006). En este sentido la transición a la adultez constituye una etapa crítica en el proceso de integración social, no obstante hay que mirar con detalle estos argumentos.

Los estudios sociológicos coinciden en concebir a la juventud como una categoría social emergente en la sociedad moderna. En las sociedades premodernas, por ejemplo, el transito de la infancia a la adultez se garantizaba por la eficacia de ritos de pasaje reconocidos por todos los miembros de una comunidad y por la adquisición de saberes productivos y reproductivos transmitidos por los padres y otras figuras cercanas (Hopenhayn, 2004a). Lo anterior supone que la juventud como categoría social resultaba difusa o incluso inexistente. En la sociedad moderna, en cambio, dichos rituales de pasaje se diluyen, principalmente por las transformaciones devenidas del proceso de industrialización. Para Rossana Reguillo la juventud como hoy la conocemos es principalmente una “invención” de la posguerra (2000). Es en este periodo donde las conquistas científicas y tecnológicas en materia de salud obligan a reorganizar el proceso de inserción de los segmentos más jóvenes de la sociedad. Por otro lado, la masificación de la educación formal constituyó el mecanismo privilegiado en el tránsito a la adultez y la inserción social (Hopenhayn, 2004a). Estas transformaciones sociales dieron pauta a un fenómeno peculiar en el que el tránsito de la niñez a la madurez experimenta una expansión, dando lugar al estadio de la juventud. De tal suerte, en las sociedades contemporáneas la juventud suele definirse como “el periodo transicional que va de la completa dependencia de los niños respecto de sus padres a la total independencia como un individuo adulto y autónomo” (Saraví, 2004b: 91). La juventud se asocia

entonces con ciertos “marcadores” que representan puntos cruciales en el proceso de ganar autonomía y por lo tanto convertirse en adulto, por ejemplo el paso de la educación formal al mercado de trabajo, la formación de una familia propia, la maternidad/paternidad, la independencia residencial, etc. (ídem).

Estos marcadores se pueden asociar a la caracterización peculiar en la que Bourdieu opone juventud contra vejez (quizá sea mejor decir adultez). En una breve reflexión sobre la juventud, Bourdieu define aquella oposición como una tensión de poder, en la que los adultos administran de cierta forma las vías y los modos de madurar de los jóvenes (1984). La escuela por ejemplo, funcionaría como un espacio que define la condición de adolescente, en la que además se manipulan las aspiraciones de los sujetos. El punto esencial de la propuesta de Bourdieu sobre la juventud es que los jóvenes que poseen en mayor medida los atributos del adulto, del viejo, del notable, etc., se hallan más próximos al polo del poder. Esto explicaría en parte los conflictos generacionales y los estigmas que pesan sobre los jóvenes desde una mirada adulta, que el mismo Estado normalmente reproduce.

No obstante, nuestro interés está puesto, más allá de la estigmatización de la juventud, en su proceso de inserción social. Para Saraví resulta importante distinguir entre una definición de juventud como concepto abstracto y una conceptualización de la juventud como experiencia del curso de vida. En el segundo caso, se hace referencia a la heterogeneidad y diversidades en que la juventud se experimenta, es decir a la existencia de una variedad de transiciones a la adultez (2004b). Desde este enfoque, se deriva en primer lugar la importancia de la estructura de oportunidades, así como de las condiciones sociales y culturales en la conformación de la experiencia de la juventud. En segundo lugar, resultan de igual forma imprescindibles las relaciones en diferentes micro-escenarios para dichas experiencias. Y finalmente, el reconocimiento del inter-juego entre estructura y acción (2004b: 92-93). La juventud entonces, vista como transición, no solo debe ser entendida dentro de los procesos de desempeño individual, de autonomía, etc., sino que debe ser mejor comprendida a la luz de los procesos macro y micro sociales.

Por otra parte, se asume que las transiciones en el curso de vida presentan inherentemente cierto grado de vulnerabilidad en el sentido de incertidumbre, imprevisibilidad y riesgos. La transición a la adultez por lo tanto representa un grado de vulnerabilidad que se potencia o reduce según la estructura de oportunidades y los activos que puedan aprovechar y movilizar los jóvenes. Con base en lo anterior, podemos entender que "existe un nivel esencial de vulnerabilidad que se asocia a la juventud como proceso abstracto y general, pero esta vulnerabilidad adquiere dimensiones particulares y diversas cuando consideramos la juventud como experiencia del curso de vida" (Saraví, 2004b: 95).

El tránsito a la adultez en las sociedades contemporáneas, a partir de diversos marcadores, principalmente desde los canales de formación institucional de los sujetos, teóricamente coincide con el proceso de integración social (Hopenhayn, 2004a, Saraví, 2004b). Con el capitalismo moderno, por ejemplo, la juventud aparece como actor en vías de preparación para entrar en el sistema productivo y contribuir así a la reproducción social. Sin embargo, la crisis del empleo y las transformaciones sociales en las sociedades actuales debilitan esta perspectiva. Por un lado, el tránsito de la educación al empleo se hace más difuso y, por el otro, el tránsito de la independencia a la autonomía material también se difumina (Hopenhayn, 2004a). El marco que sirvió como delimitación para el mundo juvenil, a través de la pertenencia a las instituciones educativas y a la incorporación tardía en el mercado de trabajo cayó en crisis (Reguillo, 2000). El mundo contemporáneo representa para los jóvenes uno en el que las posibilidades de inserción mediante el trabajo son críticas. En un estudio de la OIT (2006) se señala que en todas las regiones donde se realizó (en países de varios continentes) los jóvenes tienen mayores porcentajes de desempleo e inactividad que los adultos. Sin embargo, este informe alerta sobre un punto importante: la idea de que el desempleo es el reto clave del mercado laboral para los jóvenes, constituye una noción equivocada. Es decir, que el problema de la condición juvenil mundial (específicamente de los países en vías de desarrollo) no es tanto el desempleo, sino las condiciones de precariedad laboral. De tal suerte, podemos

asumir que uno de los principales riesgos de exclusión para los jóvenes se deriva de las condiciones de trabajo y no del desempleo en sí mismo.

Otro ámbito importante se refiere a la educación, y en particular a las elevadas tasas de deserción escolar a temprana edad. Este riesgo se adhiere al riesgo general de exclusión de los jóvenes contemporáneos, el cual no está representado por la posibilidad de exclusión sino por una inacabada integración social (Murard, N., citado por Saraví, 2004b), es decir como una manifestación de la falla en el modelo de integración social.

Estas situaciones, como muchas otras, son aun más críticas para los sectores en desventaja. En el caso de México, podemos darnos una idea de los riesgos de exclusión que los jóvenes padecen a partir de algunos datos que muestran el nivel de escolaridad, el tipo de empleo y la asistencia escolar, en función del estrato social.

Cuadro 1. Porcentajes de jóvenes ocupados en el sector informal, por estrato social y entidad, al primer trimestre de 2007.

Estrato social	**Distrito Federal**		**Estado de México**		**Nacional**	
	14-19 años	20-29 años	14-19 años	20-29 años	14-19 años	20-29 años
Bajo	-	100.0	39.6	41.46	27.1	30.4
Medio bajo	36.1	28.1	35.7	30.36	34.5	26.0
Medio alto	42.5	17.0	21.9	16.36	25.6	14.1
Alto	7.7	7.3	4.5	7.41	12.5	6.4
Total	**33.4**	**21.4**	**34.4**	**27.9**	**30.3**	**22.7**

Fuente: elaboración propia con datos de INEGI. Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo

En el cuadro 1 podemos observar que el porcentaje de jóvenes ocupados en el sector informal (entendido como aquel dedicado a la producción de bienes y servicios donde las relaciones laborales no poseen garantías formales), decrece a medida que se ubican en un estrato social más alto, así como a mayor edad. Lo cual sugiere que si se inicia la vida laboral a menor edad las posibilidades de conseguir un empleo formal parecen ser muy pocas, y aún más en los sectores urbanos en desventaja.

Cuadro 2. Porcentajes de inasistencia escolar por grupos de edad y entidad[10] en el año 2005

	Nacional	Valle de México	Mpio. De Chimalhuacán
10-14 años	6.9	4.1	6.7
15-19 años	46.6	37.3	52.2
20-24 años	78.6	72.2	87.3
25-29 años	93.4	90.7	95.4

Fuente: Elaboración propia con datos de INEGI. II Conteo de Población y Vivienda de 2005.

Podemos ver que a nivel nacional los porcentajes de empleo informal en los estratos sociales bajos son menores que en el Estado de México -la segunda entidad federativa con mayor urbanización- y que en el Distrito federal. En el cuadro 2, por otra parte, podemos observar que los porcentajes de inasistencia escolar se encuentran claramente relacionados con la edad y el sector social de pertenencia, lo cual podemos deducirlo de los datos que muestran la situación del municipio de Chimalhuacán. Es decir, a mayor edad menor porcentaje de asistencia escolar, pero es precisamente entre los 15 y 19 años donde se presenta el cambio mayor. Sin embargo, las condiciones del sector social también contribuyen a propiciar una mayor o menor deserción escolar. Si en general observamos que los datos nacionales de inasistencia escolar son preocupantes, éstos se agudizan en ciertas regiones, aún en las zonas urbanas del Valle de México. Observamos que en el municipio de Chimalhuacán, una de las jurisdicciones administrativas con mayor marginación urbana[11], los porcentajes de inasistencia escolar, por lo general, están por encima del promedio nacional y del propio Valle de México. Estos datos muestran las desventajas que poseen ciertos sectores juveniles, bajo las cuales es de esperar que en el tránsito a la adultez ellos enfrenten mayores riesgos y niveles de vulnerabilidad. Por tales razones, en este trabajo de investigación suponemos que el cruce entre la condición de juventud y la posición social de desventaja son factores clave en el desarrollo de la exclusión social, o mejor dicho del riesgo de una integración desfavorable.

[10] La base de datos consultada reúne los datos de las Zona Metropolitana de la Ciudad de México, el Distrito Federal y parte del Estado de México, en la categoría "Valle de México". No es posible desagregar los datos entre ambas entidades.

[11] En el siguiente capítulo se exploran algunos aspectos sobre las condiciones socioeconómicas de Chimalhuacán.

Por otra parte, se debe señalar que la transición a la adultez, como todas las etapas del curso de vida, no es un proceso homogéneo, sino que se sujeta a una heterogeneidad inter e intra sociedades (Saraví, 2004b; OIT, 2006). Los roles y las transiciones asociadas a la juventud pueden variar entre sociedades y aún entre subgrupos de una misma sociedad, en los que la clase social, el género o la etnia pueden moldear diversas expectativas en torno a la juventud (ídem). Por ejemplo, en los sectores rurales y urbano-populares la juventud suele ser una etapa de corta duración, en la medida en que el proceso de incorporación al mercado de trabajo se realiza a corta edad. Por las mismas razones, sus esquemas de representación configuran campos de acción diferenciados y desiguales a los de los sectores medios y altos (Reguillo, 2000). En este sentido, tal como lo muestra la preocupación de Mario Margulis y Marcelo Urresti (1996), es importante reconocer tanto la existencia de factores simbólicos así como materiales, por ejemplo en el plano de las desigualdades en torno a la moratoria social, es decir la etapa de preparación para la inserción social.

Es por ello que, aunado a las razones anteriores, la perspectiva adoptada en este estudio parte de la exploración de factores estructurales, para plantear un análisis sobre los procesos intersubjetivos bajo los cuales los jóvenes experimentan su vida cotidiana de transición. Así, en esta tesis tratamos de explorar ciertos aspectos que en términos generales los estudios sobre jóvenes que priorizan los procesos intersubjetivos han tendido a dejar de lado.

1.6. Juventudes y perspectivas de estudio

Los estudios iberoamericanos sobre juventud han contribuido con relevantes aportes a las ciencias sociales en los últimos años, en los cuales las temáticas han sido muy variadas; éstas van desde la participación política hasta las culturas juveniles, las prácticas de sexualidad, el género, el trabajo, la educación, la violencia, etc. Algunos de estos estudios y reflexiones han tratado problemáticas cercanas a las que tratamos en este trabajo. Sin embargo, existen

elementos puntuales sobre los cuales nos interesamos y consideramos que estos estudios, particularmente en América Latina, han explorado escasamente. Rossana Reguillo ha mencionado que existe un desencuentro entre dos vertientes de estudio sobre la juventud (2000). Por un lado, hay una vertiente que se ocupa de los jóvenes "incorporados", es decir quienes transitan por rutas predecibles y que generalmente aparecen desde su rol de estudiantes, de empleados, de creyentes, de obreros, etc., lo que da como resultado un detrimento de la especificidad juvenil en función de su focalización en lo institucional. Por otro lado, está la vertiente que se ocupa de los jóvenes "no-institucionales", la cual elabora una reflexión débil sobre los aspectos estructurales e institucionales, centrándose en las culturas juveniles. (Reguillo, 2000: 45).

Este desencuentro entre perspectivas teórico-temáticas sin bien ha sido una característica persistente de los estudios sobre juventud, parece haber comenzado a ser revertida en años muy recientes. Así por ejemplo, hoy podemos encontrar estudios sobre jóvenes que podrían definirse como "no-institucionales" desde una perspectiva institucional; tal es el caso, entre otros, de enfoques recientes sobre el tema de la violencia juvenil (ver Castillo-Berthier, 2004; Cruz y Carranza, 2004; Hopenhayn, 2004a; Rocha, 2004; Saraví, 2004a). Por otro lado, podríamos también reconocer que algunos jóvenes en condiciones de exclusión laboral y educativa poseen una condición semi-institucional, y que sin embargo pueden no estar inmersos en culturas juveniles "alternativas" o "espectaculares". No obstante, lo interesante en el planteamiento de Reguillo es tomar en cuenta, como advertencia teórico-metodológica, que el desencuentro entre perspectivas ha propiciado estudios en los que se observan sujetos sin estructura o estructuras sin sujetos (2000).

En esos términos, nos resulta útil revisar brevemente algunas perspectivas y temas de estudio sobre la juventud, para señalar algunas cuestiones específicas que desde nuestro punto de vista quedan en el aire y que esta investigación se propone explorar.

Nuestra investigación se interesa en primer lugar en los procesos de exclusión social de los jóvenes. En relación con este tema, encontramos

principalmente algunos estudios sobre los jóvenes y su vínculo con el trabajo y el estudio. En algunos artículos sobre el tema se han explorado principalmente los factores que intervienen en la incorporación de los jóvenes al trabajo, los cuales dan atención exclusiva a los elementos institucionales y estructurales (ver por ejemplo Pérez-Islas y Urteaga, 2001), así como a las políticas de atención y los factores estructurales asociados a la pobreza y la privación en el acceso a la educación (ver Ramírez, 2001). Sobre educación, también se han analizado los rasgos de la situación educativa de los jóvenes, es decir, el nivel y asistencia escolar, la edad de deserción, el tipo de estudios, etc., normalmente con base en análisis cuantitativos de estadísticas nacionales (ver Navarrete, 2000).

Otro tema importante que puede asociarse con el problema de exclusión y juventud, es el de la violencia. Este tema recientemente ha llamado la atención de los estudios juveniles, particularmente en América Latina, específicamente en Centroamérica. En ellos se han analizado expresiones que nos hablan de las nuevas formas asociativas de los jóvenes, las pandillas, y que figuran como modelos alternos de integración social frente al debilitamiento de los canales tradicionales de integración a la sociedad. Esta perspectiva se ha concentrado, como ya mencionamos, sobre prácticas “desviantes”, que si bien ayudan a comprender procesos sociales importantes, han dirigido sus reflexiones desde la perspectiva institucional, es decir desde los fenómenos macroeconómicos y las políticas públicas (Ver por ejemplo Castillo-Berthier, 2004; Cruz y Carranza, 2004; Hopenhayn, 2004a; Rocha, 2004).

Estas dos líneas de investigación sobre la exclusión social de los jóvenes han llamado la atención sobre el posicionamiento sociocultural, emanado de la pertenencia a categorías sociales como el género, la clase social, la etnia y por razones obvias la generación. Sin embargo, podríamos ubicar este conjunto de estudios como una perspectiva que tiende a observar más las estructuras que los sujetos. Ellos poco nos dicen sobre las percepciones y experiencias cotidianas de los jóvenes involucrados en situaciones específicas de exclusión. En este sentido, la pregunta acerca de cómo contribuyen las percepciones de los jóvenes sobre sus propias condiciones y posicionamientos en sus trayectorias de exclusión,

queda sin responder. Más que las experiencias y expresiones de violencia, los factores institucionales que favorecen u obstaculizan el acceso a la educación o al mercado de trabajo, y la cuantificación de las situaciones de desventajas de los jóvenes, lo que aquí nos interesa explorar es la experiencia de la transición escuela-trabajo en jóvenes pertenecientes a sectores desfavorecidos. Nuestra principal y mayor contribución a esta problemática, reside en explorar no sólo la experiencia de este tránsito, sino también las percepciones y significados en torno a la escuela y el trabajo, esperando así ampliar nuestra comprensión de la dimensión subjetiva de la exclusión social. Por ello, resulta imprescindible además explorar los ámbitos culturales en los que los jóvenes se construyen como tales, es decir, mediante la definición de "lo joven" lo adulto, etc., aspectos donde las condiciones de género y de clase, son centrales.

Nuestra investigación se interesa entonces por un análisis cualitativo y fenomenológico de la exclusión social, poniendo énfasis en las experiencias y percepciones de los propios jóvenes protagonistas de estos procesos. El enfoque cualitativo involucra el ejercicio de análisis de los ámbitos culturales de las expresiones juveniles, donde los valores en torno a lo cotidiano se producen y reproducen. En este sentido, nuestra investigación se basa en la premisa que los valores de género, familiares, del grupo de pares, de identidad social, de consumo, etc., son relevantes en la constitución de sentidos de pertenencia e integración.

Dentro de los estudios culturales sobre la juventud se encuentran los estudios sobre culturas juveniles, los cuales tienen una tradición importante en Latinoamérica y en particular en México. Esta línea de estudio, es la que más ha profundizado en los aspectos cualitativos de las experiencias subjetivas de los jóvenes. Estas investigaciones, situadas "en los propios territorios de los jóvenes" (Reguillo, 2000), han explorado principalmente la importancia de las expresiones estéticas juveniles, las asociaciones juveniles, así como diversas prácticas y sus sentidos, incrustados generalmente sobre el eje de la construcción de las identidades "alternativas" o "disidentes". En *El Reloj de Arena: Culturas Juveniles en México*, Carles Feixa (1998), utilizó el concepto de culturas juveniles para

referirse a “la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional” (1998: 60). En esta perspectiva juegan un papel importante la constitución de “microsociedades juveniles”, poseedoras de cierta autonomía respecto de las instituciones adultas, las cuales se caracterizan por expresar un conjunto de estilos juveniles “espectaculares” (1998). Rossana Reguillo plantea, en su libro *Emergencia de Culturas Juveniles* (2000), la existencia de tres grandes ejes que conforman esta corriente de estudios -en la que ella misma se ubica-: a) el grupo juvenil y sus denominaciones identitarias, dentro del cual sus últimos desarrollos buscan romper con los imperativos territoriales y las identidades esenciales, por lo cual se han construido categorías como ‘culturas juveniles’, ‘adscripción identitaria’, ‘imaginarios juveniles’, etc.; b) la alteridad o la referencia al “otro”, en las que se retoma la referencia hacia una alteridad antagonista, que ‘más allá de las clases sociales’, otorga un sentimiento de pertenencia a un “nosotros los jóvenes”, principalmente frente a las figuras de autoridad; y c) el proyecto y acción colectiva, en donde figura una revalorización de lo político como aspecto subjetivo, donde sin embargo la articulación entre culturas juveniles y política no han sido finamente trabajadas.

Si bien este tipo de trabajos, realizados bajo la perspectiva hermenéutica, han indagado la configuración de representaciones, de los sentidos que los propios jóvenes atribuyen a sus prácticas (Reguillo, 2000), ellos se han concentrado sólo en tipos específicos y muy concretos de prácticas. Nuestra impresión es que dentro del análisis de las culturas juveniles se han despreciado aquellas expresiones asociadas a las prácticas más cotidianas, como el trabajo y el estudio. A cambio, se privilegia la observación de los “estilos” o culturas “espectaculares” o “alternativas”. Así, el estudio de estas culturas juveniles alternativas no nos dicen nada sobre los mecanismos culturales y subjetivos involucrados en los procesos de exclusión social en términos materiales. Esta definición de “culturas juveniles”, deja de lado, por ejemplo, las culturas laborales dentro de espacios juveniles, o algunas expresiones de género, así como las

diferencias de constitución de lo juvenil en distintos estratos sociales. De tal suerte, estos estudios aparecen desde nuestra perspectiva sesgados hacia la construcción de sujetos con poca estructura. Es muy poco aún lo que sabemos sobre las percepciones de los jóvenes acerca de su condiciones de ventaja o desventaja, es decir de su propio posicionamiento en la estructura social.

Por lo anterior, aquí pretendemos desarrollar un enfoque capaz de integrar ambas perspectivas sobre los jóvenes, que se preocupe tanto por aspectos estructurales como culturales y que a la vez sea capaz de observar los aspectos más cotidianos, que por lo mismo parecen invisibles. Algunas dimensiones de las condiciones sociales y experiencias cotidianas de los jóvenes de sectores populares urbanos, no han recibido el interés que merecen por parte de los estudios sobre juventud, tal vez por no asociarse a imágenes alarmantes o extrañas, como las pandillas o las "culturas juveniles". Mi impresión es que esta condición no debiera constituir ningún criterio para la delimitación de los sujetos de estudio.

Nuestro problema de investigación consiste entonces en analizar los procesos subjetivos de la exclusión social –la percepción del vínculo personal con la sociedad- de los jóvenes de Chimalhuacán, a partir de las percepciones y significados en torno al trabajo y el estudio. Se trata de dos ámbitos que tienen una centralidad clave tanto en la cotidianeidad de los jóvenes como en la determinación de las condiciones de integración social. Es por ello que los hemos elegido como ejes articuladores de nuestro análisis. Antes de iniciar este análisis, sin embargo, es necesario presentar y explorar ciertos aspectos contextuales que nos permitan posicionar estructuralmente a los jóvenes de este estudio. En el siguiente capítulo nos ocupamos de ello.

Capítulo II

El contexto estructural. Desigualdad y fragmentación en la Ciudad de México

2.1 Introducción

En este capítulo se desarrollará una aproximación al contexto socioestructural dentro del cual se inscribe la problemática empírica que analizaremos. La idea central es presentar una visión general de los fenómenos macrosociales que contribuyen a generar la dinámica de urbanización de la ciudad de México en las últimas décadas, para establecer una base estructural que nos permitirá posteriormente focalizar con más detalle sobre las posiciones y condiciones sociales de los sectores populares urbanos. En este sentido, este capítulo explora los datos más duros, que darán fundamento a la fase interpretativa posterior, dirigida a la participación de la dimensión fenomenológico-simbólica en el fenómeno de la exclusión social, en un sector geográfico específico: el municipio de Chimalhuacán. La finalidad no ha sido elaborar un análisis profundo de la economía política mundial y nacional, sino discutir algunos de sus procesos que intervinieron significativamente en la conformación de la estructura económica, demográfica y social de la principal ciudad de la república Mexicana.

Uno de los principales puntos que se exploran es el papel de la industrialización en el crecimiento demográfico de la ciudad y viceversa, así como de sus efectos sociales en cuanto a desigualdad y fragmentación social. En segundo término, se analizan las implicaciones estructurales que la dinámica demográfica y societal han tenido en la conformación de sectores populares segregados y altamente homogéneos, específicamente en el municipio de Chimalhuacán y más particularmente de su población juvenil.

2.2. Conformación de la estructura urbana en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México

Varios hechos históricos del último medio siglo fueron decisivos para la conformación de la estructura urbana que poseen actualmente las principales ciudades de Latinoamérica. Los factores macro-estructurales más importantes que incidieron en este proceso están fuertemente ligados a los cambios económicos mundiales, principalmente al proceso de industrialización y al posterior surgimiento de la globalización económica. Estos cambios han tenido una estrecha correlación con el rápido crecimiento demográfico que presentaron estas ciudades. En este sentido, los cambios en las magnitudes de ambas variables tienen consecuencias importantes en lo que refiere a las condiciones socio-estructurales que experimentan los sectores de la clase trabajadora.

Hacia la primera mitad del siglo pasado varios países latinoamericanos habían comenzado un proceso de industrialización de su economía mediante el modelo de sustitución de importaciones (ISI), basado en el fortalecimiento del mercado interno. Este cambio se había dado como consecuencia del debilitamiento en el intercambio económico internacional derivado de la depresión de 1929 y del estallamiento de la Segunda Guerra Mundial. Principalmente fue éste último hecho lo que detonó una serie de transformaciones en la economía mundial. La guerra trajo como una de sus múltiples consecuencias el cierre de las fronteras de los países desarrollados en relación con la exportación de productos

a los países subdesarrollados. En consecuencia, estos últimos experimentaron una necesidad por proveerse de nuevas fuentes de abastecimiento. De esta forma, se abrió una posibilidad para impulsar el camino de la industrialización en algunos países de Latinoamérica. Una de las vías para emprender el fortalecimiento industrial de estas naciones se presentó con el modelo de ISI, cuya finalidad era también el fortalecimiento del mercado interno. Países como Argentina, Brasil, Chile y México se adhirieron a este modelo. Este proceso de industrialización implicó en algunos países concentrar al sector industrial creciente en sus principales ciudades.

En su libro *Ciudades de Campesinos* (1978) Bryan Roberts desarrolla la hipótesis de que la urbanización es producto, esencialmente, del desarrollo y expansión capitalista. Para Roberts, la década de 1940 marca el cambio definitivo hacia la industrialización de las economías de Latinoamérica. Por un lado, es la disminución de abastecimiento de manufacturas externas originado por el estallido de la segunda guerra mundial lo que da impulso a esta política y, por el otro, la posterior ampliación de las relaciones económicas internacionales. A partir de esta etapa, los países de Latinoamérica comenzaron a tener tendencias de industrialización similares, en las que la agricultura comenzó paulatinamente a tener un declive en sus aportaciones al producto interno bruto. Esto estuvo aunado a un fomento del nacionalismo como una estrategia para alentar el consumo de productos nacionales y con ello disminuir la dependencia hacia el mercado externo. Roberts (1978) señala también que los gobiernos populistas, como el de México, facilitaron la modernización económica en la medida en que la clase trabajadora industrial fue incorporada a la estructura gubernamental. En la década de 1950 la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL) hizo una serie de recomendaciones en las que se favorecía la industrialización como un medio que brindaba una mayor parte de las utilidades del sector de las exportaciones. De esta forma, las industrias crearon nuevas fuentes de empleo estimulando la inmigración rural hacia las urbes. Pero este organismo no tardó en desilusionarse ante la incapacidad del fomento de un desarrollo económico independiente, incluyendo el estancamiento del desarrollo agrícola (Roberts, 1978: 112-115).

Uno de los principales factores asociados al crecimiento demográfico de la Ciudad de México fue la crisis de las estructuras agrarias y la atracción de los salarios de la industria urbana, lo que generó flujos migratorios desde el centro y sur del país. En los años sesenta 55.7 por ciento de los trabajadores incorporados a la actividad industrial provenían de distintas actividades agrarias (Lindón, 1997). De esta forma, una transformación demográfica importante tuvo lugar en México ante el impulso de la industrialización. El hecho de que en 1930 la población de la Ciudad de México representara el 6.3 por ciento del total nacional, y que para 1970 llegara a 17.1 por ciento, es un dato abrumador (ídem).

Uno de los puntos importantes que señala Roberts en su análisis sobre la industrialización latinoamericana es el de las relaciones históricas en cuanto al mercado y desarrollo económico mundial. En este punto, el autor nos advierte que uno de los factores que han persistido en las relaciones de dependencia es el del ritmo de las innovaciones tecnológicas. Las naciones desarrolladas aceleraron, a partir de la guerra, su ritmo de innovación tecnológica, con lo que el capital trasladó sólo ciertos sectores de producción a los países subdesarrollados (Roberts, 1978). Como la demanda de infraestructura y de energía laboral para el desarrollo económico propició la centralización de la economía en las ciudades principales, el mercado interno tuvo un impulso de consumo en las ciudades donde se establecían los sectores de ingresos medios y altos. Roberts sostiene que es una emulación de los patrones de consumo de los países desarrollados, básicamente de artículos duraderos como automóviles y electrodomésticos, lo que permite la dependencia tecnológica de los países subdesarrollados. Es decir, en la medida en que el ingreso pasó a concentrase fuertemente en las élites urbanas, cuyas pautas de consumo tienen como modelo a las naciones avanzadas, se generó una estructura urbana compleja en la que (aunado a los equipamientos de infraestructura urbana y requerimientos de servicios sofisticados de comunicaciones) se depende más de la tecnología que se importa. En este sentido, la dependencia económica pasó ya en esta etapa a ser tecnológica. Cómo una derivación de esto, se inició también la centralización de los servicios financieros requeridos por la misma industria. Aunque la centralidad de la

economía en las urbes condujo a la concentración del empleo en los sectores manufacturero y de la construcción, también produjo el estancamiento en ciertas regiones.

En los años 60 (S. XX) la Ciudad de México comenzó a mostrar incapacidad para absorber los contingentes poblacionales, en la medida en que la infraestructura urbana y los empleos en el sector industrial no crecían en igual ritmo. El espacio habitacional de la zona metropolitana comenzó a expandirse, en gran medida por la relocalización de los inmigrantes de bajos recursos que, al ver la posibilidad de acceder a terrenos disponibles en la zona periférica, abandonaron las viviendas rentadas en "vecindades" del centro de la ciudad. En estos nuevos lugares de residencia, predominantemente generados dentro de la ilegalidad y el desorden (Lindón, 1997, Hiernaux, 1999, Hiernaux y Lindón, 2000, Ariza y Solís, 2005; Parnreiter, 2005), también se produjo la inmigración directa desde la provincia. Así, un fenómeno de segregación espacial comienza a tomar mayor magnitud desde los años sesenta, dando lugar a lo que podría llamarse el fenómeno de la periferia proletaria (Hiernaux, 1999).

Sin embargo, las dinámicas demográfica y económica tuvieron otro cambio profundo a partir de la década de 1980. La crisis de la deuda externa en México marcó el inicio de la transformación económica dando fin al modelo de industrialización basado en la sustitución de importaciones (ISI) para dar inicio a la apertura neoliberal. Nuevamente México se orientó por políticas económicas similares a las de sus pares latinoamericanos. Alejandro Portes y Bryan Roberts (2004) señalan algunos rasgos principales del modelo "anti-estado y pro-mercado" adoptado en Latinoamérica, entre los que se pueden resaltar: 1) apertura unilateral al comercio externo; 2) extensa privatización de las empresas públicas; 3) desregulación de bienes, servicios y mercados laborales; 4) liberalización de mercados de capital, con privatización de los fondos de pensión; y 5) ajuste fiscal basado en una reducción drástica del gasto público (2004: 77). Esta nueva política económica implicó cambios profundos en las estructuras urbanas del subcontinente, entre las más importantes las relacionadas con el empleo, la seguridad social y la vivienda. Con relación a los mercados laborales, las nuevas

políticas orientadas al mercado flexibilizaron la reglamentación laboral eliminando una serie de protecciones al trabajador, además de propiciar la disminución de la clase trabajadora formal empleada en las empresas desarrolladas bajo el modelo de sustitución de importaciones. Con respecto al mercado inmobiliario, la política impulsó el juego privado de la oferta y la demanda, con lo que el reordenamiento del espacio urbano configuró nuevos patrones de segregación de los sectores más pobres hacia la nueva periferia de la ciudad. Por otro lado, el fin de los subsidios de productos de consumo popular y la desaparición de programas de protección social generó en los sectores populares formas alternativas a la miseria, que pueden ubicarse dentro de lo que Portes y Roberts llaman "empresarialismo forzoso" (2004: 79). Dentro de estas formas alternativas podríamos ubicar las actividades de la economía informal y en el extremo ciertas prácticas delictivas dirigidas a proveerse recursos.

Roberto Kozulj también elabora un análisis sobre las dinámicas urbanas, en las que resalta la estrecha correlación entre crecimiento industrial y urbanización (2003). Para este autor ambas variables son, al igual que para Roberts, interdependientes. Pero el aporte interesante de Kozulj sobre el estudio de las ciudades es el análisis de las vinculaciones entre urbanización, crecimiento económico, sobrecapacidad estructural y cambio tecnológico. Este autor sostiene que es el decrecimiento natural de la urbanización de las ciudades lo que provoca efectos negativos en el crecimiento económico, y por lo tanto consecuencias negativas para la clase trabajadora. El concepto de sobrecapacidad estructural permite explicar esta relación, en la medida en que se refiere a la saturación de mercado derivada del decrecimiento urbano y de la falta de innovación tecnológica. La sobrecapacidad estructural puede ser solventada con la innovación tecnológica y las presiones de aceleramiento de obsolescencia de los productos, no obstante cuando se agota el dinamismo del crecimiento urbano se agotan las posibilidades de innovación tecnológica, por ejemplo de artículos alternativos a los ya existentes en la rama de comunicaciones, transportes y electrónicos. De esta forma, Kozulj sostiene que el agotamiento del modelo laboral fordista (que caracterizaba a las empresas ISI de Latinoamérica) se deriva de la

sobrecapacidad estructural y como consecuencia de ello sobrevienen fenómenos de marginalidad urbana, baja inclusión social y precariedad del empleo, todo derivado del agotamiento de la fase dinámica de la creación (o crecimiento) de las ciudades (2003).

En México, la reestructuración económica hacia el libre mercado propició la reorientación del sector industrial. La nueva industria creciente con fuerte participación transnacional, principalmente la maquiladora, se trasladó hacia el norte del país, principalmente por razones estratégicas de cercanía con el principal socio comercial de México, Estados Unidos. Este desplazamiento de la industria es a su vez paralelo a un menor crecimiento urbano en la Ciudad de México (Ariza y Solís, 2005; Parnreiter, 2005). Sin embargo el centro gravitacional de la economía no dejó de ser la Ciudad de México, se configuran una serie de fuerzas centrífugas y centrípetas en términos de crecimiento industrial y control económico respectivamente. El nuevo orden económico fuertemente orientado a la importación-exportación ha configurado al espacio metropolitano principal del país como una Ciudad Global, al fungir como una suerte de bisagra entre la economía nacional y la mundial (Parnreiter, 2005). La Ciudad de México está concentrando la mayoría de los de servicios especializados: financieros, legales, inmobiliarios (para casas matrices), etc., que requiere el nuevo tipo de economía. En su libro *The global city: New York, London and Tokyo*, Saskia Sassen (1991), parte de la inquietud de explicarse cómo a pesar de las posibilidades tecnológicas para generar descentralización de las tareas de gestión y control de la economía, éstas siguen aumentando su concentración en unos pocos centros mundiales, que son las grandes ciudades, las ciudades globales. La idea principal sugiere que la gestión de la economía global implica nuevos requerimientos, tanto tecnológicos como profesionales dando por resultado la expansión del sector servicios: los servicios a la producción y los financieros, este es el nuevo tipo de producto en el cual se especializan estas ciudades. De tal forma, un aspecto característico de las mismas es la producción de innovación financiera. Las implicaciones en los mercados de trabajo también son considerables; Sassen concluye que en este tipo de ciudades hay marcados procesos de exclusión social dibujados por una

tendencia a la polarización en términos de salarios e ingresos medios; una tendencia a la informatización y eventualización de los mercados de trabajo, con la consecuente pérdida de seguridad laboral, así como la desigualdad de acceso a las mejores plazas laborales entre distinciones de género, etnia y nacionalidad (1991). En otro texto Sassen señala que la informalidad del trabajo en las ciudades globales tiene que concebirse frente al trabajo formal. Más que como una desviación de la norma, aquella debe entenderse como un elemento necesario para el capitalismo avanzado. La polarización económica afecta a los patrones de consumo y reproducción social. Por un lado, la expansión de la población de bajos ingresos alienta la demanda de muchos bienes y servicios baratos, que la economía informal puede satisfacer. Pero por el otro lado, la expansión de un estrato de altos ingresos en las ciudades promueve la demanda de bienes y servicios personalizados, "este mercado incluye el ascenso de una cultura diseñadora de todas las formas de consumo; desde comida y vestido, hasta mobiliario y restauración de casas[12]" (1994: 2297). Aunque Sassen desarrolló su análisis para ciudades de primer mundo, llama la atención la facilidad con que pueden trasladarse estas características a las condiciones actuales de la Ciudad de México.

Retomando el fenómeno mexicano de la reestructuración, se ha señalado que éste tuvo secuelas dolorosas, principalmente después de la crisis de 1995, como la inflación, el freno al aumento de los salarios, desempleo, disminución del presupuesto para obras públicas, etc. Georgina Rojas (2002) ha analizado cómo la reestructuración económica genera una nueva estructura de oportunidades en la ciudad. Dicha reconfiguración en la estructura de oportunidades tiene fuertes tendencias de exclusión social para la clase trabajadora. Rojas parte de que si entendemos la ciudadanía como membresía a un Estado y la ciudadanía social como derecho a la seguridad social, salud, educación y en general el acceso a condiciones mínimas de bienestar, la integración al estado mexicano ha sido parcial y de calidad variable (2002: 241). Ante este fenómeno, Rojas plantea que los costos sociales de los cambios económicos están contenidos en el efecto

[12] Traducción propia del original en inglés.

negativo sobre la distribución del ingreso, la pobreza y la desigualdad social. Según Daniel Hiernaux (1999), los principales fenómenos en la ciudad derivados de esta reestructuración son la desindustrialización, la desasalarización y la desincorporación social de un amplio sector. En primer lugar, resulta difícil hablar hoy de una periferia proletaria, ya que es hacia el sector esencialmente terciario-informal al que se dirige la población que sale del sector industrial. En segundo lugar, la flexibilidad del ingreso de las familias pobres repercute negativamente en la posibilidad de sostener un pago regular para renta de vivienda, y más aun para acceder a un inmueble en la ciudad. Esto es un factor importante en la dinámica del llamado fenómeno de la relocalización periférica. Finalmente, existe una pérdida de relación con las instituciones sociales del sistema laboral: sindicatos, seguridad social, etc. Es decir, al implicarse en labores informales el trabajador pierde un componente importante de su afiliación a la vida societaria (Hiernaux, 1999).

Estos factores muestran la agudización de elementos que potencializan la exclusión social en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. Ya que no es sólo el índice de desigualdad sobre el ingreso monetario -lo que agudiza la pobreza- lo que está en juego, sino los medios de vinculación al sistema estatal, principalmente los derechos al empleo formal y de aseguramiento social. Estos ámbitos de desafiliación social y desigualdad se reflejan también en fenómenos de orden territorial como lo es la división social del espacio, aspecto al cual nos dirigimos ahora.

2.3. Segregación, polarización y fragmentación social en la Ciudad de México

Durante el siglo XX la Ciudad de México pasó por diversas transformaciones en su organización espacio-demográfica. A principios del siglo pasado, las familias privilegiadas vivían en la zona centro de la ciudad, pero posteriormente a los disturbios de la revolución éstas se desplazaron a los nuevos barrios de la zona poniente. Lo anterior permitió el surgimiento de las vecindades

en las antiguas construcciones coloniales del centro (Hiernaux, 1999). En una transformación paulatina a lo largo de todo el siglo, influenciada por los procesos políticos y económicos, las burguesías fueron acomodándose poco a poco en nuevos espacios de inserción, que fueron surgiendo en las zonas oeste, sur y noroeste. Mientras tanto, las familias con menos recursos fueron encontrando lugar predominantemente en las zonas norte y oriente de la ciudad. La agudización y complejidad que fue tomando este fenómeno remite a diversos aspectos muy relacionados con la estructura económica urbana.

Desde hace varias décadas los estudios urbanos de varios países industrializados fueron poniendo de relieve la importancia de una categoría analítica enfocada a la división social del espacio: la segregación espacial. De forma general, ésta puede ser entendida como:

> La ocupación del espacio urbano por distintos grupos sociales, o, más precisamente, el hecho de que no están distribuidos homogéneamente, por el contrario, tienden a agruparse de acuerdo a tratos comunes relacionados con el estatus, el origen étnico, etc. En sentido amplio, hablamos de *diferenciación residencial*, o *división social del espacio*[13] (Machado, 2001: 5).

En este sentido, una dimensión importante del análisis de la segregación espacial, es precisamente el estatus social que se vincula a su vez con las relaciones entre clases sociales. Dentro de los estudios realizados sobre la Ciudad de México se ha enfatizado la polarización social en la diferenciación social del espacio, tema sobre el cual existen versiones encontradas. Christof Parnreiter (2005) sostiene la hipótesis de que la Ciudad de México a pesar de dar la apariencia de estar sumamente polarizada de ninguna manera lo es. Es decir, más que geográficamente polarizada se trata de una ciudad organizada complejamente, con tintes de ciudad fragmentada, ya que los pobres, que son mayoría, se encuentran en todos lados, al lado o alrededor de los fraccionamientos de los ricos. Aunque podríamos decir que si reflexionáramos desde una lógica contraria no podríamos decir que los ricos de igual forma se ubican en todos lados. Parnreiter elabora esta idea basándose en el grado de aislamiento que normalmente se les atribuye a las zonas populares. En este

[13] Traducción propia del original en inglés. Cursivas en el original.

sentido sería inadecuado hablar de aislamiento en función de la escasa polarización geográfica existente en la ciudad. Sin embargo, existen amplias zonas, específicamente el oriente de la ciudad, que abarcan el territorio del Estado de México, donde el nivel de homogeneidad socioeconómica es alto. Se trata de una parte significativa de la periferia urbana que se ha venido conformando en las últimas dos décadas. Marina Ariza y Patricio Solís (2005), por su parte, sostienen la tesis de una creciente polarización en la distribución del espacio, en la medida en que existe una agudización de la *distancia social*, segregación espacial socioeconómica, entre los grupos situados en los extremos de la jerarquía de ingresos. En esta lógica, si ampliamos la observación a lo que se denomina la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), que incluye varios municipios conurbanos del Estado de México, el grado de polarización comienza a ser significativo. Así, mientras que para la zona del centro, sur y poniente encontramos relativa heterogeneidad económica, en el lado oriente existe una fuerte homogeneidad, la de los sectores populares. Este debate no será resuelto aquí, sin embargo, el punto de vista de Ariza y Solís es compatible con la perspectiva que se adopta en este estudio: la existencia de una fuerte homogeneidad socioeconómica (popular) en un amplio sector de la zona periférica oriente de la ciudad (donde se ubica Chimalhuacán, municipio en el cual realizamos este estudio). Esta perspectiva permite centrarnos entonces en los procesos más finos que la segregación espacial alberga.

Arriba se mencionaron algunos factores que incidieron en la relocalización de los sectores pobres hacia la periferia. Este fenómeno vino acompañado de la tendencia secular a la expansión de servicios, que se exhibe en el incremento de trabajadores con las peores condiciones: no asalariados, no profesionales, propietarios de micro-negocios y sin prestaciones laborales. En la ZMCM muchos municipios y delegaciones estuvieron sujetos a diversas formas de urbanización destinadas a distintos segmentos de la estructura sociodemográfica. Emilio Duhau utiliza el término de jurisdicciones para homogeneizar analíticamente los territorios político-administrativos correspondientes a municipios en el Estado de México y delegaciones en el Distrito Federal. Este autor elabora una clasificación de los

mismos con base en su papel dentro del mercado de trabajo metropolitano y por su proceso de urbanización, y no sólo por su ubicación geográfica. Los criterios para la clasificación de dichas jurisdicciones se establecen de acuerdo a dos dimensiones: a) el papel de cada jurisdicción en el trabajo metropolitano y b) algunas características relacionadas con la división social del espacio y ciertos rasgos asumidos por el proceso de urbanización. De esta forma, propone la existencia de jurisdicciones centrales, pericentrales y periféricas (2003: 165). Estas se desagregan en: 1) Centrales, cuyo índice de atracción laboral y concentración de actividad económica es el más alto y corresponde a las delegaciones que ocupan un lugar central geográficamente. 2) Jurisdicciones Pericentrales de tipo A y B; donde el tipo A corresponde a aquellas que concentran una parte significativa de la planta industrial y su crecimiento urbano se generó a partir de 1950. Estas se ubican normalmente alrededor, por el oriente y norte, de las jurisdicciones centrales. Las de tipo B concentran principalmente actividades terciarias y se ubican al sur y poniente de las jurisdicciones centrales. 3) Jurisdicciones periféricas, agrupadas en cinco subtipos, se compone por 5 delegaciones del DF y 25 municipios del EM. Todas ellas en conjunto concentran el 58 % de la población metropolitana (2003: 174). El primer subgrupo es el de las jurisdicciones populares *consolidadas* (dos municipios y una delegación: Nezahualcóyotl, Ecatepec e Iztapalapa), que entre 1950 y 1960 operaron como receptoras de contingentes poblacionales de bajos y muy bajos recursos; actualmente poseen una alta densidad de población y una elevada cobertura de servicios básicos. El segundo subgrupo, clasificado como *periféricas de desarrollo informal*, está conformado por 9 jurisdicciones: la delegación Milpa Alta, en el suroriente del DF y 8 municipios ubicados desde el nororiente al surponiente de la ciudad. Para los intereses de esta investigación, resulta importante concentrarse sobre este tipo de jurisdicciones, ya que en estas se ubica el Municipio de *Chimalhuacán*. Este grupo de jurisdicciones, ubicadas esencialmente al oriente del Estado de México, se caracteriza según Duhau (2003) por presentar las mayores tasas de crecimiento (en el periodo 1995-2000) y por las modalidades informales de incorporación del suelo a usos habitacionales. El tercer subgrupo, *periféricas*

de desarrollo mixto, se caracteriza por presentar procesos de urbanización en las que se combinan modalidades de desarrollo tanto formales como informales. El cuarto subgrupo, *periféricas de desarrollo formal*, se caracteriza por su actual proceso de urbanización basado en la intervención de empresas especializadas en el desarrollo de grandes conjuntos habitacionales de interés social. Finalmente, el quinto subgrupo, jurisdicciones *periféricas polarizadas*, alberga una proporción importante de hogares situados en los estratos de ingresos medio alto y alto, donde se desarrollan actualmente conjuntos urbanos y fraccionamientos de alto nivel, al mismo tiempo en que son escenario de modalidades informales de urbanización (las delegaciones Magdalena Contreras y Xochimilco, y los municipios de Huixquilucan y Atizapán).

A pesar de que esta clasificación de jurisdicciones (definido por su papel relativo en la estructura metropolitana) muestra una gran complejidad en la organización social del espacio de la ZMCM, Duhau señala una correspondencia entre lo geográficamente central y la centralidad metropolitana en sí, y lo "periférico" y la localización geográfica metropolitana periférica, respecto de un núcleo que opera como centro. Es decir, existe cierta correspondencia entre lo geográfico y lo socioeconómico (2003: 165). Un aspecto interesante que resulta de este análisis es que, con relación a los ingresos, la extrema polarización entre su clasificación de jurisdicciones se da entre las llamadas centrales y las periféricas de desarrollo informal. Es decir, el polo inferior son estas últimas, donde precisamente se ubica Chimalhuacán, lugar donde se realizó este estudio. Por ejemplo, Duhau reporta que para el año 2000 el porcentaje de población con ingresos de hasta 3 salarios mínimos en éstas jurisdicciones (periféricas de desarrollo informal) es de 61.3%, mientras que en las centrales es de tan sólo 28%. El cuadro 3 muestra un aspecto de la polarización social entre las jurisdicciones de tipo central y las periféricas de desarrollo informal. Otro aspecto interesante es que estas jurisdicciones del polo inferior cuentan con el coeficiente de atracción laboral más bajo, lo que determina que la mayoría de la población ocupada residente tenga que trasladarse grandes distancias para laborar. Esto ha

ocasionado que estas zonas sean frecuentemente categorizadas como ciudades dormitorio[14] (Lindón, 2001; Duhau, 2003).

Cuadro 3: Distribución de Hogares según Nivel de Ingresos en una Jurisdicciones Central y una Periférica de Desarrollo Informal de la Z.M.C.M. (en porcentaje)

Jurisdicciónes	*Menos de 3 s.m.*	*De 3 a 5 s.m*	*De 5 a 10 s.m.*	*De 10 a 20 s.m.*	*Más de 20 s.m.*
Centrales	28.8	17.1	24,6	16.9	10.4
Periféricas de D.I.	61.3	20.6	12.2	2.8	0.6

Nota: Elaboración propia con base en datos de Duhau, 2003.

2.4. El municipio de Chimalhuacán, Estado de México.

La situación socioeconómica actual de Chimalhuacán puede considerarse como una consecuencia de la expansión descontrolada de la metrópoli, una etapa continua posterior a la urbanización consolidada de otros municipios como Nezahualcóyotl y la delegación Iztapalapa. Chimalhuacán fue un pueblo prehispánico fundado en 1259, y desde hace más de un siglo fue conformado como municipio. Desde la década de 1970, el territorio del municipio ha recibido habitantes de diversos estados del país, principalmente del oriente y sur (Bando Municipal de Policía y Buen Gobierno 2003-2006), aunque en las últimas décadas ha recibido habitantes provenientes de la ciudad de México o de las jurisdicciones urbanas consolidados como Iztapalapa y Nezahualcóyotl. Éste último proceso se inscribe en lo que algunos autores llaman proceso migratorio escalonado (Lindón, 2001), en el que los inmigrantes pasaron primero por la vieja área de deterioro del centro de la ciudad y después generaron un desplegamiento sobre la periferia. Normalmente fueron las primeras generaciones de inmigrantes rurales quienes poblaron primero las áreas que Duhau clasifica como periféricas de desarrollo consolidado, y son las segundas y terceras generaciones de estos inmigrantes quienes se dirigen a poblar buena parte de este municipio en las últimas tres

[14] Este concepto también puede ser aplicado para los jóvenes estudiantes. En Chimalhuacán, por ejemplo, el equipamiento en lo que se refiere a educación media superior es escaso y en el nivel superior es prácticamente nulo.

décadas. Las causas de poblamiento internas se vinculan a la aparición de promotores inmobiliarios que operan en la ambigüedad jurídica, razón por la cual los relativos bajos costos de los terrenos son posibles. De esta forma, numerosas colonias nuevas surgieron en predios que originalmente no estaban destinados a viviendas y por lo tanto carecían de todos los servicios. En ellos, los nuevos habitantes se procuran individualmente algunos servicios, así como la autoconstrucción de sus viviendas. Este proceso también da lugar a que las nuevas colonias del municipio representen una parte mucho mayor de habitantes, que las zonas antiguamente habitadas[15] (Vega, 1994).

En el periodo 1995-2000, la tasa de crecimiento de este municipio fue tres veces mayor a la de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México en conjunto (5.1% y 1.6%, respectivamente). Por otro lado, la población menor de 14 años en el año 2000 era de 36.4%, frente a 28.3% en toda la zona metropolitana (Bayón 2007), lo que deja ver que se trata de un municipio con una fuerte concentración de niños y jóvenes. Según datos del Consejo Nacional de Población (CONAPO), en 2005 el municipio contaba con 525 mil 389 habitantes y se clasificó con un grado de marginación bajo, con relación a la estimación nacional. Sin embargo, en su estimación por Áreas Geo-estadísticas Básicas (AGEBs) *urbanas* del año 2000, el municipio se caracteriza por conformarse de áreas categorizadas con grados de marginación urbana alto y muy alto. Es importante señalar que el concepto de marginación urbana definido por CONAPO incorpora los indicadores de salud, educación, vivienda, ingresos y género. El ámbito de los ingresos es un indicador de mucha fuerza para definir los índices de bienestar y marginación urbanos ya que, a diferencia de las áreas rurales, el ingreso es más indispensable para satisfacer la mayoría de necesidades básicas, es decir alimentos, transporte y servicios como agua y luz, además de las rentas por vivienda que algunas familias requieren. Las familias urbanas de bajos ingresos son vulnerables a múltiples riesgos; por ejemplo desde el hecho de que la dotación de servicios urbanos básicos, como vivienda, educación y salud, han visto reducido su presupuesto,

[15] El hecho de que una enorme mayoría de habitantes provengan de lugares diferentes a su lugar de origen puede repercutir considerablemente en la conformación de la identidad social, por ejemplo una débil identificación con las tradiciones antiguas.

“amén de que la política para contrarrestar la pobreza es focalizada y se concentra principalmente en áreas rurales” (Rojas, 2002: 240). La distinción entre ingresos monetarios y no monetarios puede ayudarnos a observar la importancia del primero para las familias urbanas. El ingreso no monetario se constituye básicamente de las actividades de autoconsumo, lo cual hace notar la diferencia en cuanto a las posibilidades de obtener este tipo de ingreso para las familias rurales y urbanas. Los ingresos monetarios representan las percepciones más importantes para las familias urbanas (Rojas, 2002).

Un aspecto de la polarización social existente en la ZMCM se observa entre el Municipio de Chimalhuacán y la delegación Benito Juárez, dos jurisdicciones que, respectivamente, corresponden a las de los tipos “periféricas de desarrollo informal” y “centrales”, de Duahu. Para el 2000, la población ocupada con más de cinco salarios mínimos fue en Benito Juárez de 41.6% mientras que en Chimalhuacán fue de 4.3%, casi la décima parte (Bayón, 2007). Aunque Chimalhuacán es considerada como una ciudad dormitorio, debido a su poca atracción laboral, esto no significa que no haya empleos en el lugar. En el mercado de trabajo local predominan los trabajos por cuenta propia, que en el 2000 representaron 23% (Bayón, 2007).

Cuadro 4. Diferencias de ingresos y de nivel educativo entre la delegación Benito Juárez, el municipio de Chimalhuacán y la Z. M. C. M

Indicador	*ZMCM*	*Benito Juárez*	*Chimalhuacán*
Población ocupada por cuenta propia	20.3%	17.8%	23.0%
Población ocupada con 2 s.m.	48.5%	21.6%	54.1%
Población ocupada con más de 5 s.m.	15.0%	41.6%	4.3%
Población de 18 años y más con educación media superior	22.8%	26.7%	13.5%
Grado promedio de escolaridad (población 15 años o más)	9.61 (DF) 8.03 (E. Méx.)	12.09	7.1

Fuente: Bayón, 2007.

Como se observa en el anterior cuadro, la correlación entre el nivel de ingresos y el nivel de estudios es significativa. Esto sugiere que en un sector donde el porcentaje de población joven es alto, el nivel escolar y el grado de

equipamiento educativo juegan un papel importante en la dinámica económica local. Una función importante de la capacitación escolar, en la actual estructura de oportunidades de las ciudades latinoamericanas, es el vínculo con el mercado de trabajo urbano. La clase trabajadora menos capacitada tiene el vínculo más débil con el mercado de trabajo formal (Kaztman y Retamoso, 2005).

Con relación a la población joven de Chimalhuacán, el XII Censo de Población y Vivienda 2000 reporta que el total de habitantes entre 15 y 24 años fue de 98,607[16], que representa un 20% del total de la población. Las proporciones similares de hombres y mujeres son de 49.2% y 50.8%, respectivamente. Del total de jóvenes entre 15 y 24 años la población soltera era de 66.6%, lo que muestra que la tercera parte de los jóvenes de Chimalhuacán experimenta tempranamente el inicio de una nueva vida familiar. Por otro lado, la población de 12 años y más económicamente inactiva que se dedica a estudiar (es decir, que no trabaja), representa el 9.9%. Si tomamos en cuenta que la población de 12 años y más en general representa el 66.3% de la población total, podemos deducir que muy pocos jóvenes se dedican sólo al estudio. Del mismo censo se deduce que sólo el 10.5% de habitantes mayores de 15 años cuentan con instrucción media superior o superior y que el 94.0% de la población de 18 años y más, no cuenta con educación media superior o más, es decir sólo el 6.0% de ellos ha logrado completar o superar el nivel de preparatoria o equivalente. Lo anterior sugiere que una gran mayoría de los jóvenes que estudian generalmente se dedican también a alguna labor económica, y que abandonan los estudios entre los 15 y 18 años. Por otro lado también sugiere que quienes estudian generalmente no son los jóvenes, sino los niños y adolescentes, ya que la tutela económica familiar desaparece tempranamente en este contexto[17]. Cuando las familias se encuentran en situaciones difíciles para prolongar la tutela económica de sus hijos jóvenes, estos tienen que decidir entre estudiar, trabajar o combinar ambas opciones en

[16] Cálculos personales elaborados con la base de datos de INEGI-SCINCE 2000, México.

[17] En la exploración de campo surgió la necesidad específica de contar con el dato estadístico de escolaridad desagregado por género, ya que las observaciones empíricas (que abarcan sólo tres colonias) revelaron que son preferentemente las mujeres quienes están teniendo mayor acceso a la educación superior. Este dato, por supuesto, requiere de una interpretación más etnográfica, que se explora en los siguientes capítulos.

circunstancias de creciente dificultad, y en muchos casos hay más probabilidades de que enfrenten situaciones de incertidumbre (Miranda-López, 2003: 60). En Chimalhuacán, la población ocupada como obrero ocupa el mayor porcentaje con 23.19%, seguido del sector terciario (por lo general informal) con 20.91%. Según Miranda, en general el ingreso mayoritario de los jóvenes al mercado de trabajo se da en los sectores de mayor precariedad laboral. Como se mencionó anteriormente, las alternativas de sostenimiento de las familias de bajos ingresos en situaciones de crisis son la movilización de activos que implican aumentar el número de receptores económicos en los hogares, lo que implicó desde años anteriores introducir a la fuerza de trabajo a mayor número de miembros del hogar, incluyendo a las mujeres (Roberts, 1978; Rojas, 2002).

El proceso de urbanización de la ZMCM ha ido conformando de tal forma un conjunto de efectos sobre la composición geográfica de sectores específicos. El fenómeno de segregación y polarización socioeconómica da paso a una fragmentación de la composición social urbana. Un aspecto, señalado en la conceptualización de Eduardo Nivón (1998) sobre la periferia urbana, es el uso intensivo de la socialización local, que contribuye a la emergencia de expresiones y percepciones de distanciamiento con la ciudad central. “Los residentes suburbanos han establecido sus propias instituciones y conducen sus vidas en un mundo crecientemente separado” (Nivón, 1998: 230). Podemos así hablar de una serie de fenómenos imbricados en los que se empalman la creciente exclusión y una suerte de “aislamiento” de los sectores populares de la periferia, que posibilita *formas específicas de sociabilidad e institucionalidad locales* (Kaztman y Retamoso, 2005).

2.5. Segregación espacial urbana, aislamiento y reflexividad: la juventud de los sectores populares urbanos

Como se definió anteriormente, la segregación espacial en general hace referencia a la división social del espacio, en función de diferenciaciones como la

clase social, la diferencia étnica, etc. Para Christof Parnreiter hablar de segregación social en la Ciudad de México es ambiguo, ya que para él es cuestión de enfoque, es decir, sobre cuál sector social (el de los ricos o el de los pobres) fijemos nuestra atención. Anteriormente se mencionó que para este autor la ciudad de México no necesariamente presenta un cuadro de polarización geográfica socioeconómica, sin embargo pone especial atención a lo cerrado de los espacios residenciales de las clases altas. Así:

> Si se fija la atención en los ricos, entonces se debe hablar de una alta segregación, pero si desviamos la atención hacia los pobres, que representan cerca de dos terceras partes de la población, entonces resulta un cuadro diferente. Como los grupos con bajos ingresos se encuentran en todas partes, este panorama da como resultado una baja segregación (Parnreiter, 2005: párrafo 65[18]).

El asunto aquí es que el autor se centra estrictamente en el aspecto de la distribución físico-espacial de la ciudad en general. Sin embargo, habría que hacer énfasis en los grados de aislamiento y alejamiento[19] social que presentan ciertas zonas periféricas de la ZMCM como Chimalhuacán. En este sentido, el aislamiento remitiría a un sentido comunicativo y participativo en la sociedad general. Por ejemplo, para Daniel Hiernaux la segregación espacial es también una modalidad específica de un aislamiento social generalizado, como en el caso de los jóvenes de barrios residenciales altos que no conocen los barrios pobres (1999). En una perspectiva opuesta, Marina Ariza y Patricio Solís sostienen que el aislamiento se manifiesta principalmente en los sectores pobres (2005). Para ellos, el aislamiento se define, más que por las condiciones físico-espaciales, por las pocas probabilidades de los sectores populares para interactuar (y participar) con quienes detentan la mayoría de los beneficios del bienestar social. Desde esta perspectiva, la segregación espacial multiplica las barreras propias de otras fronteras sociales, es decir existe una superposición de varios ejes de distancia social: segmentación educativa, laboral, residencial, de clase, étnica, etc. Y en la

[18] Tomado de la edición digital de la Revista eure (vol.XXXI, N°92), PP.5-28, Santiago de Chile, Mayo 2005.

[19] Me refiero a alejamiento, tanto como aislamiento, en los términos de Jordi Estivill (2003), es decir con referencia a los centros de poder, de los recursos y de los valores dominantes.

lógica inversa, existe la posibilidad de que estas fronteras sociales sostengan y reproduzcan a su vez la dinámica de la segregación espacial.

Dentro de este fenómeno el factor cultural parece intervenir de cierta forma para solventar una parte de las constricciones del bienestar social-material. Para estos mismos autores es el consumo el elemento mediante el que los “excluidos materialmente” participan “simbólicamente” de las ventajas de dicho bienestar gracias a la generalización de las expectativas de consumo que posibilitan los medios de comunicación de masas” (Ariza y Solís, 2005: 27). Daniel Hiernaux también comparte esta hipótesis (1999); aunque estos autores no dan evidencia empírica de ello. En la versión de Rubén Kaztman, este fenómeno da cuenta de un sector de la sociedad “seducido y abandonado”, en la medida en que han sido seducidos por una sociedad moderna, mediante la creación de expectativas de participación ciudadana y de aspiraciones de consumo propias de una sociedad actual, en la que sólo pueden participar simbólicamente, no pudiendo superar por sus propios medios los obstáculos para alcanzar una integración material equivalente (2001)

Con lo anterior, podemos asumir que dado que los sectores populares del oriente del Estado de México, entre ellos Chimalhuacán, se ubican en una zona periférica de la ZMCM, de alta homogeneidad socioeconómica (marginal) y alejada relativamente de los sectores pudientes; su población es proclive a un tipo de aislamiento particular, donde las probabilidades de sociabilizar con otro estrato y espacio social son muy limitadas. Desde nuestra perspectiva esto tiene implicaciones importantes sobre la reflexividad de los propios actores sociales sobre su posición social. Es decir, dado que la vida cotidiana de estos sectores transcurre en un espacio relativamente diferenciado del todo, las tendencias culturales, las construcciones de sentido y las valoraciones sobre las prácticas sociales tienden también a diferenciarse.

En varios estudios se ha hecho énfasis en que el desarrollo de las fuertes desigualdades en la Ciudad de México, si bien puede ser un foco de conflicto, han sido admitidas y no combatidas por las mayorías (Hiernaux, 1999). Bryan Roberts había ya señalado en la década de 1970 que las crecientes desigualdades en el

ingreso en las ciudades industrializadas latinoamericanas no habían traído como consecuencia un aumento en el conflicto abierto entre clases y grupos, en parte debido a la considerable movilidad geográfica y a la fragmentación que sufrió buena parte de la clase que trabaja en la pequeña empresa. Señala que sus relaciones se hallan organizadas en torno a las posibilidades cotidianas de ganarse la vida "lo cual inhibe el desarrollo de una organización y acción más amplias por parte de esta clase" (1978: 205-206). En este sentido, también señalaba que

> Aun cuando son hábiles participantes en la política a nivel local, los pobres no han podido sostener protestas ni una organización política de la envergadura suficiente como para constituir una amenaza para el gobierno. Sus protestas contra lo inadecuado de los servicios urbanos resultan ineficientes en tanto los problemas urbanos no constituyen más que una base frágil para la organización política (1978: 240).

Por otra parte, Alicia Lindón señala que los sectores marginados de la ciudad de México aparecen en los estudios como carentes de formas organizativas o participativas, relacionadas a su exclusión del sistema social, a mecanismos de control mediados por líderes locales o a la diversidad en la inserción ocupacional y espacial del empleo (2001). Aunque Lindón también señala la existencia de movimientos sociales en la década de los setenta, en la actualidad son menos visibles[20].

Ante esta situación, lo que nos preguntamos como parte del planteamiento de este estudio es cómo se construye este consentimiento al sistema de desigualdad, no ya desde los sectores poderosos, sino desde los propios marginados y segregados. Algunas de las líneas explicativas que menciona Lindón no parecen ser satisfactorias en su totalidad. Por ello resulta necesario aludir a la dimensión cultural para desentrañar aquellos elementos más delicados que se involucran en este fenómeno. La socióloga brasileña Eva Machado ha propuesto un modelo de análisis multi-enfoque para el estudio de la segregación

[20] Cabe señalar que en los barrios populares urbanos de la ZMCM existen desde hace varios lustros organizaciones sociales que abanderan las demandas de los grupos marginados. Algunas de estas organizaciones han tenido filiaciones partidistas como el caso de Antorcha Popular, que tiene fuerte presencia en Chimalhuacán y que es de la misma filiación partidista que la administración municipal, el Partido Revolucionario Institucional (PRI)

espacial urbana (2001). En este se propone que los principales determinantes de la segregación vienen dados por los niveles societal (macro-estructural), físico-espacial y simbólico. Los determinantes simbólicos se refieren tanto a los patrones culturales como a los elementos psicológicos que afectan al proceso de la segregación espacial a través de la percepción de la identidad individual y colectiva. En su modelo de análisis, Machado da especial importancia a la intencionalidad y al carácter voluntario e involuntario del proceso de segregación. La legitimidad de la segregación aparece como un elemento fundamental, que puede variar según la posición social y los objetivos políticos. Por ejemplo, para la autora la experiencia de segregación:

> Cuando es positiva y deseable contribuirá a legitimarse, además de reforzar las identidades grupales e individuales por sí mismas, además de hacerlas activas en el proceso, lo que podría provocar la resistencia del grupo segregado en situaciones de dominación y confrontación. La parte opuesta experimentará negativamente la segregación; es decir, cuando es aceptada pasivamente, como algo que fue impuesto, injusto y por lo tanto ilegítimo[21] (Machado, 2001: 17).

Desde esta perspectiva, lo interesante es identificar en qué situaciones y en qué forma la segregación de los sectores populares es legitimada por ellos y cuando no, cuándo puede funcionar como una forma de resistencia y cuándo como una forma de dominación, o quizá simplemente como una situación de destino enunciado y anunciado (Bourdieu, 2002). Pero es importante explorar principalmente en qué situaciones y de que manera se da la reflexividad sobre la segregación, la desigualdad y la exclusión social en los jóvenes de sectores populares. Puesto que la socialización implica la internalización de la estructura social, mediante requerimientos de sentido y orden, las etapas biográficas, especialmente la juventud, adquieren especial importancia. Para Kaztman y Retamoso (2005) la configuración de subculturas marginales urbanas suele ser paralela al debilitamiento del mundo de trabajo como eje de formación de las identidades adultas urbanas, así como de las expectativas de ascenso social y de integración efectiva en los circuitos económicos y sociales principales de la sociedad (2005: 147). Este efecto es generado desde dos vías: por un lado, es el problema de la capacitación educativa de los niños y jóvenes, y por el otro la

escasa esperanza de integración al mercado formal de la clase trabajadora de los sectores populares urbanos. Este fenómeno es potencializado entonces, según los autores, por el hecho de que los entornos de socialización primaria de los niños y adolescentes muestran fuertes deficiencias de orientación hacia el trabajo formal[22]. De esta forma, para Kaztman y Retamoso, quienes analizan el caso de Montevideo:

> Las fortalezas relativas a los factores de exclusión e inclusión en los sectores populares urbanos están sujetas a un escenario de posibilidades. Pero las pugnas entre esos factores están presentes, en formas manifiestas o larvadas, en cada barrio. Hay quienes resisten la desafiliación social y quienes se abandonan a ella, conformándose con una 'ciudadanía de segunda'. Lo que se afirma en este ensayo es que, en el Montevideo de los últimos años, el balance de tal pugna se ha inclinado hacia esta última opción (2005: 147).

Para nuestro estudio resulta sugerente pensar a la sociedad de Chimalhuacán bajo esta perspectiva. Los datos del apartado anterior manifiestan que en esta sociedad, con una situación de pobreza estructural, la población juvenil experimenta un proceso de desafiliación (o exclusión) social marcada principalmente por los bajos niveles educativos y por su participación casi exclusiva en el mercado de trabajo informal.[23] Las experiencias de los jóvenes de sectores populares están fuertemente delineadas por la dinámica familiar. Como mencionan Roberts (1978) y Rojas (2002), las crisis económicas de México en las últimas décadas, han propiciado que en los sectores populares las familias recurran a una estrategia familiar en la que los hijos y las hijas se incorporan a la actividad económica, en empresas que muchas veces son de carácter familiar. Dado que es la familia donde se delimitan y organizan parte de las funciones de sus miembros, en el caso de los jóvenes, las características de los hogares son elementos que definen ciertas tareas y actividades que se deben cumplir. Los

---

[21] Traducción propia del original en inglés.

[22] Aunque esta interpretación queda fuera del contexto del análisis del propio Paul Willis (1976), es preciso recordar que este autor da un peso importante a la formación de las subculturas en el proceso de reproducción de la estructura mediante prácticas culturales que la penetran y que autolimitan simultáneamente.

[23] La discusión sobre la conformación de subcultura orientada a la baja expectativa de inserción al mercado laboral formal y a la capacitación educativa es tema de los siguientes capítulos, que se fundamentan en la exploración empírica.

jóvenes de los sectores populares son parte de múltiples mecanismos familiares que surgen para encarar la escasez económica de las familias de bajos ingresos.

Una parte importante que interviene en la definición de actividades de los hijos es la transmisión de un capital cultural familiar en las estrategias de los hogares y barrios pobres, que de cierta manera influyen en la generación de actividades y en la diferenciación de las actividades por género. Por ejemplo en lo que respecta a las relaciones entre el estudio y el trabajo. En lo que respecta a la dinámica escolar de los sectores populares, se menciona en varios estudios que si bien los avances logrados en materia educativa nacional son indudables, y que la mayoría de las nuevas generaciones fueron socializados en centros educativos, el contingente de jóvenes que abandonan la escuela para incorporarse tempranamente al trabajo todavía es significativo (Camarena, 2000; Navarrete, 2001). Sin embargo, un punto importante a tomar en cuenta es que la brecha de género con respecto a los niveles educativos se ha cerrado (Camarena, 2000). Resulta aun más interesante que los varones estén abandonando la escuela antes que las mujeres, como lo señala un estudio de Emma L. Navarrete. Esta tendencia parece estar asociada con la disposición de las familias a retener a las jóvenes más tiempo en la familia (Navarrete, 2001). Esto apunta hacia fenómenos que desde la perspectiva de género resultan muy sugerentes. Si bien se ha señalado que en el análisis de las relaciones entre género, edad y clase deben priorizarse las desigualdades generadas tanto en el interior del hogar como al exterior (Martínez-Román, 2001) tales desigualdades podrían tener aspectos interesantes.

Sin embargo también es necesario abordar el análisis de las reflexividades y las pautas culturales de estos jóvenes a partir de otros ámbitos de sociabilidad que son de igual forma centrales en su vida cotidiana, por ejemplo la escuela, el barrio y el trabajo. Este aspecto será analizado en el siguiente capítulo.

En este apartado se presentó una reflexión de las implicaciones que en las relaciones sociales tiene el fenómeno de la segregación, tales como el relativo aislamiento y las posibilidades de conformación de elementos culturales que afectan las disposiciones y las reflexividades en torno a la condición social. Pero en términos generales, el capítulo estuvo orientado a enmarcar los procesos

macroestructurales en los que se inscriben fenómenos como el de la exclusión social y el aislamiento de ciertos sectores populares periféricos en la estructura urbana de la ZMCM, como es el municipio de Chimalhuacán. De tal forma, se fueron describiendo ciertos aspectos de corte micro social que ayudarán a la interpretación cualitativa de los hallazgos empíricos de esta investigación.

A manera de conclusión del capítulo señalamos que uno de los principales factores que contribuyeron a las pautas de urbanización y estructuración social ha sido el de la industrialización; a partir de la cual los procesos económicos y laborales implicaron relaciones complejas con el aspecto socio-espacial. A su vez, estos aspectos, como la segregación espacial, repercuten notablemente en niveles de fragmentación social que conforman diversas fronteras sociales en las que algunos sectores resultan desfavorecidos, como es el acceso de la restricción de los bienes y servicios, o de equipamiento urbano como escuelas o fuentes de empleo formal. Esta situación genera posiciones sociales en las que se es particularmente vulnerable. Este es el caso de los jóvenes, de Chimalhuacán, que al residir en una zona popular urbana con alto grado de marginación, están expuestos a un alto grado de vulnerabilidad y con pocas posibilidades de integración social.

Capítulo III

Los juegos culturales. Aspectos de la eficacia cultural de la estructura

3.1. Introducción y modelo analítico

Hasta aquí hemos definido algunas características que enmarcan estructuralmente la dinámica social de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México y del municipio de Chimalhuacán. En el presente capítulo y el siguiente abordamos el andamiaje propiamente empírico de esta investigación, al reflexionar sobre los datos elaborados a partir de la indagación de campo. En este sentido, daremos un breve giro en la lógica analítica, para examinar los hilos inductivos de nuestro problema de investigación. Partimos de la pregunta general sobre *¿cómo se configuran las relaciones entre los significados y percepciones sobre el ámbito laboral-educativo y las dimensiones estructurales de la desigualdad social en los jóvenes de Chimalhuacán?*

En este capítulo en específico se exploran las posibilidades de producción cultural con base en las condiciones materiales de este sector de la sociedad metropolitana. Para ello se describen y analizan algunos aspectos de la vida cotidiana de los jóvenes de Chimalhuacán que nos hablan de sus particularidades culturales. Este ejercicio se dirige a indagar sobre lo que puede definirse como la

eficacia cultural de la estructura social[24], es decir la producción de elementos simbólicos insertados dentro de espacios con ciertas condiciones estructurales. En este sentido, este primer capítulo empírico aborda una perspectiva biográfica, mediante la cual señalamos aquellos episodios y experiencias significativas de socialización de los jóvenes, relativos a nuestro problema de investigación.

Partiremos por mencionar un aspecto de la estructura urbana de la región municipal, importante en la delimitación del grupo social al que nos referimos. La población de Chimalhuacán es un grupo heterogéneo culturalmente hablando, y en este sentido es posible distinguir al menos dos grupos cuya diferenciación coincide con dos momentos y espacios de ocupación del territorio del municipio. Por un lado, la región central, poblada casi en su totalidad por gente originaria del lugar y, en esa medida, más identificada con las prácticas culturales tradicionales que tienen origen en la etapa rural del municipio. Por otro, áreas periféricas urbanizadas más recientemente, y ocupadas por nuevos migrantes, y en una proporción mucho menor algunos descendientes de los habitantes originarios. En términos demográficos existe una diferencia numérica entre los habitantes que ocupan la parte más antigua del municipio y los que habitan las colonias recientemente urbanizadas. Estas últimas representan la gran mayoría actualmente. Lo que me importa señalar es que este estudio se realizó en una de las zonas no tradicionales, cuyos habitantes tienen poca identificación con estas prácticas; su identificación con el lugar donde viven involucra otros aspectos culturales antes que las tradiciones de los pueblos antiguos.

Este estudio se llevó a cabo en tres localidades pertenecientes a la etapa de urbanización más reciente, localizadas en la zona oriente del territorio municipal: Santa María Nativitas, Totolco, y Copalera[25]. Esta parte del municipio se pobló en gran parte por gente que provenía de otras jurisdicciones periféricas consolidadas, para retomar el concepto de Duhau, (2004), como Iztapalapa y

[24] Esta idea está basada en el modelo analítico de Luis Reygadas (2002) en torno a la producción de culturas laborales, en el cual propone la existencia de una eficacia simbólica del trabajo y una eficacia laboral de la cultura; ambas generadas sólo en función de la interacción de los agentes productivos. En este trabajo trasladamos esta idea hacia el análisis de procesos de mayor dimensión dentro de las relaciones existentes entre la cultura local y la estructura social.

Nezahualcóyotl. Ellos a su vez pertenecen a la segunda o tercera generación de inmigrantes rurales del sur y oriente del país, que arribaron a la ciudad de México tres o cuatro décadas atrás. Por otro lado, algunas familias de este sector del municipio inmigraron directamente desde otros estados del país como Michoacán, Guerrero, Oaxaca y Puebla, entre otros, siendo un factor fuerte las redes familiares y sociales. A partir de la primera oleada de inmigrantes los posteriores pobladores fueron sus familiares o amigos. En el año 2000, estas tres localidades albergaban a 13,406 habitantes[26]. Aunque los habitantes de este lugar tuvieron antecedentes familiares, o algunos directamente, con actividades campesinas, actualmente esta zona es completamente urbana.

En general, las familias que habitan esta región del municipio han tenido por generaciones escasos recursos; es en este sentido que hablamos de un sector de pobreza estructural. Además de las condiciones de pobreza en estas localidades, como en gran parte del municipio, existe un bajo índice de escolaridad. A pesar de un continuo aumento en los niveles educativos en los últimos años, no es comparable al de los sectores medios y altos de algunas zonas centrales de la ciudad, como se mostró en el capítulo anterior. En el año 2000, del total de sus habitantes de 15 años y más (7 492) un 26.0 por ciento contaba con educación secundaria[27] completa. En cambio un 12.6 por ciento de los habitantes de 18 años y más (6 716) contaban con educación media superior, y sólo el 2.6 por ciento con estudios superiores. Este aspecto nos revela una tendencia importante en cuanto a la deserción escolar de los jóvenes, que ocurre principalmente en el trayecto de la secundaria hacia la preparatoria y que además está correlacionado con el ingreso a la vida laboral.

Un dato importante en relación con la condición escolar es la existencia y distribución del equipamiento educativo en el municipio, que repercute en el acceso a la educación superior. En el territorio municipal existen 20 escuelas de

---

[25] Estas localidades están clasificadas en el XII Censo General de Población y Vivienda con las claves de sub-unidades 070-9 (Santa María y Totolco) y 084-0 (Copalera).
[26] Cálculo personal con datos de INEGI, 2000.
[27] En México la educación primaria se constituye de los primeros seis grados escolares (a partir de los seis años de edad), la secundaria del séptimo al noveno (tres grados) y la preparatoria del

nivel medio superior, de las cuales 7 son de financiamiento privado. Ninguna de ellas tiene presencia en las colonias donde se realizó el estudio. En general estas se ubican en la parte central, nor-poniente y poniente del municipio. Todas ellas en conjunto sumaron en 2004 una matrícula de aproximadamente 7 500 alumnos.[28] También existen 2 planteles que la Secretaría de Educación Cultura y Bienestar Social del Estado de México (SECyBS) reconoce como instituciones de educación superior, una Escuela Normal de financiamiento privado y un Tecnológico de Estudios Superiores, de carácter oficial. La escuela normal está ubicada en la zona central y el tecnológico en la zona oriente. Ambas escuelas tienen pocos años de fundarse (entre 3 y 5 años), y en 2005 reunían una matrícula de 1 174 alumnos[29]. Es notorio que en este mismo año los egresados de ambas escuelas sumaron 150, pero ninguno de ellos estaba titulado. En el trabajo de campo se pudo observar que de los pocos profesionistas que habitan en el lugar una gran parte son docentes de educación primaria y preescolar. Existen también profesionistas de otras áreas como administración y psicología, pero que difícilmente encuentran trabajo fuera de las escuelas privadas o en negocios familiares.

Es importante destacar que el índice de escolaridad de los jóvenes es en promedio mayor al de los padres, aunque en muy pocas ocasiones se ve reflejado en su situación laboral. Laboralmente estas localidades tienen una fuerte presencia en el sector servicios, principalmente informales, en los que predominan los empleos en tiendas y empresas pequeñas y el trabajo por cuenta propia (Bayón, 2006). En la zona de estudio, el porcentaje de la población económicamente activa dedicada al sector terciario ascendió en el año 2000 a 60.2 por ciento (INEGI). Los empleos del sector juvenil están ampliamente diversificados: como obreros en fábricas o empresas ubicadas alrededor de la

---

décimo al doceavo (el nivel de bachillerato, también de tres grados), con la cual se está en condiciones para ingresar al nivel profesional.

[28] Secretaría de Educación Cultura y Bienestar Social (SECyBS) del Estado de México, 2004: http://www.edomexico.gob.mx/portalgem/secybs/educacion/superior/paginasmsys/Inicio2003-2004msys/Pag%20Final/Media/Lista%20y%20municipios/Estadistica%20por%20municipio/Chimalhuacan.htm

[29] http://www.edomexico.gob.mx/portalgem/secybs/educacion/superior/paginasmsys/estadistica/inicio.htm

región (maquiladoras textiles, empacadoras de lácteos y refrescos, tiendas comerciales, distribuidoras de gas y gasolina, entre otras); como empleados y obreros en la ciudad (en fábricas, como meseros en restaurantes, como “valet parking”, como carpinteros y constructores de obra blanca, electricistas, tapiceros, soldadores, yeseros, albañiles, etc.); como trabajadores por cuenta propia en la región (tianguistas, en locales de comida, puestos de discos de música y películas “piratas”, puestos de dulces, tienditas y oficios de servicios como albañilería y otros en casas habitación); y también como empleados en servicios personales locales como talleres automotrices, de choferes en bici-taxis y en combis y microbuses de transporte colectivo, entre otros.

Mapa 1. Zona de estudio en el municipio de Chimalhuacán, Estado de México. Fuentes: Europe Technologies. Image DigitalGlobe y Scince 2000.

Los empleos de los jóvenes difieren poco de los de los mayores. El papel de la familia es un factor decisivo en la gestión de los primeros empleos de los jóvenes, ya que éstos se inician normalmente en actividades similares a las de sus padres u otros familiares, en la categoría de ayudantes o aprendices, en los negocios propios o en las fábricas u oficios de los mayores. Esto vale principalmente para aquellos jóvenes que desertan de la escuela, y difiere en cierto grado, como otros aspectos, según la condición de género. Después de tener sus primeras experiencias laborales, los jóvenes inician la búsqueda de alternativas laborales en las que el factor del ingreso juega un papel importante. Por otro lado, algunos jóvenes que se encuentran en la etapa crítica de tensión entre el estudio y el trabajo, es decir entre los 15 y 18 años aproximadamente[30], se dedican a ambas cosas, pero esta situación no es sostenida por mucho tiempo. Ellos deben optar por una de ellas debido a la fuerte demanda de tiempo que exige tanto el estudio como los empleos disponibles, que también exigen tiempo completo y fuerza de trabajo intensiva. Es casi imposible encontrar trabajos de medio tiempo, señalan los jóvenes de este lugar, y por ello "cuando tienes el apoyo de tus padres y si te gusta estudiar lo debes aprovechar".

La mayoría de los jóvenes ha optado por trabajar y abandonar los estudios. Según sus testimonios, los problemas económicos de su familia, aunado a su pérdida de interés por seguir estudiando y la búsqueda de independencia económica fortalece su decisión. Sólo una pequeña porción de los jóvenes ha seguido estudiando la preparatoria y un grupo aún menor ha continuado en la universidad. Algunos jóvenes acuden a la preparatoria en planteles ubicados en la ciudad. Pero quienes han logrado ingresar al nivel superior no tienen muchas alternativas en la región, son muy pocos quienes acuden a la universidad de Chapingo (ubicada en el municipio de Texcoco), o en las instituciones de

[30] En esta edad los adolescentes que se encuentran cursando el último grado de secundaria comienzan a reflexionar sobre su vida inmediata donde muchas veces enfrentan la disyuntiva entre estudiar la preparatoria o entrar a trabajar. Por otro lado, los jóvenes que entran a estudiar la preparatoria comienzan a cuestionarse sobre si su futuro está asegurado con el estudio, aparte de comenzar a involucrarse más activamente en esferas de consumo las cuales demandan cierta solvencia económica.

Chimalhuacán. La principal alternativa son las universidades públicas de la ciudad. Este grupo minoritario de jóvenes tienden a atribuir esta posibilidad al apoyo económico recibido de sus padres, pero también dan valor a su propia elección argumentando un interés por no quedarse "estancados".

Encontramos que los jóvenes de Chimalhuacán conforman su experiencia biográfica desde diversas actividades que involucran diversos espacios. Sugerimos hipotéticamente que estas situaciones diferenciadas, derivadas tanto de posibilidades como de decisiones propias, establecen a su vez formas distintas de experimentar su condición y sus expectativas de integración social. Pero estas acciones y disposiciones guardan un sentido profundo, que se halla estrechamente vinculado al ordenamiento de la cultura local y a su diálogo con otras formas culturales, así como con una esfera cultural más amplia. Si bien es cierto que los factores estructurales son determinantes sobre gran parte del ordenamiento social de estas localidades, los elementos simbólicos emanados en su seno contribuyen también a ello de forma especial.

El panorama mínimo expuesto inicialmente integra múltiples expresiones que dan cuerpo al sentido de la integración social, algunas de las cuales se analizan en los siguientes apartados. Para estos fines proponemos y hacemos uso del concepto de *juegos culturales*. Este concepto nos permite mirar la organización de las prácticas culturales[31] como "juegos" donde se participa en función de ciertos incentivos. Tomaremos distancia de la teoría de juegos utilizada en la teoría económica, la cual asume actores racionales guiados por una lógica en función de la maximización de utilidades y motivaciones centradas en intereses egoístas (Elster, 1993; Coleman, 1994). Aquí nos ocupamos de la dimensión cultural de la acción social aludiendo a la relevancia de su *incrustación* en redes socioculturales. Retomamos entonces la noción de estructuras de incentivos pero nos centramos especialmente en su carácter simbólico. En este sentido, la noción de juegos

[31] Estas son entendidas, desde la propuesta de Pierre Mayol, como "el conjunto más o menos coherente, más o menos fluido, de elementos cotidianos concretos (un menú gastronómico) o ideológicos (religiosos, políticos), a la vez dados por una tradición (la de una familia, la del grupo social) y puestos al día mediante comportamientos que traducen en una visibilidad social fragmentos de esta distribución cultural, de la misma manera que la enunciación traduce en el habla fragmentos de discurso" (1994: 7-8).

culturales no asume al sujeto como actor racional en sí, sino como sujeto lúdico constructor de significados. Elegimos la metáfora de juego porque permite focalizar en la *inter-acción*, y trascender el énfasis en la acción individual. En la medida en que reconocemos que los grupos sociales son proclives a producir culturas dentro de las culturas,[32] también llamadas subculturas, necesitamos encarar la puesta en juego de ciertos significados. De esta forma asumimos también que el recurso simbólico puesto en juego está orientado siempre hacia fines prácticos donde pueden combinarse aspectos materiales y subjetivos.

De tal forma, los juegos culturales son entendidos como *estructuras dinámicas de incentivos simbólicos, producidas en el seno de un grupo social*. Estas estructuras tienen un origen colectivo y no son estáticas, los actores colectivos son agentes activos en su construcción, pero aquellas dependen a su vez de la sujeción individual a sus reglas. Aunque la noción cotidiana de juego remite al establecimiento de competencias y consecutivas victorias o derrotas, aquí se quiere acentuar la importancia misma de la participación. Sostenemos que en los juegos culturales los jugadores están tan motivados por un objetivo específico (como la obtención de estatus), como por el hecho mismo de "estar en" el juego; de *participar*. La posibilidad de permanecer en el juego es vista entonces como un incentivo generalizado. Esto nos permite establecer la importancia del juego en los procesos subjetivos de integración y exclusión.

La noción de juegos culturales puede corresponderse con el concepto Bourdieano de campo, sin embargo, nuestro punto de partida no está tan centrado en las luchas por la obtención de capitales, sino en el papel que desempeñan las reglas en la socialización y en la producción de sentidos de pertenencia e integración social. En la definición de algunas propiedades de los campos, Bourdieu utiliza la metáfora del juego. Para que funcionen estos, dice Bourdieu, es necesario que haya algo en juego y gente dispuesta a jugar; que esté dotada de los habitus que implican el conocimiento y el reconocimiento de las leyes inmanentes al juego, así como de lo que está en juego, etc. (1990: 136). Todos los actores comprometidos en un campo poseen intereses fundamentales comunes.

[32] Entendidas como sistemas en interacción de signos interpretables, como documentos activos de

De tal suerte “los que participan en la lucha, favorecen la reproducción del juego, al contribuir a producir la creencia del valor de lo que está en juego. Los recién llegados tienen que pagar un derecho de admisión, que consiste en reconocer el valor del juego y en conocer ciertos principios del funcionamiento del juego” (ídem: 137). Así, si en la dinámica de los campos lo que está en juego son ciertos tipos de capitales, lo que queremos destacar con los juegos culturales es una suerte de negociación y apropiación de capital simbólico.

En *Manufacturing consent*, Michael Burawoy (1980) utilizó el concepto de juego para estudiar la producción de culturas laborales en una fábrica estadounidense. En este estudio, Burawoy analiza el proceso mediante el cual los trabajadores compiten entre ellos por lograr una mayor productividad. Es el juego de “arreglárselas” (making out), para producir más de lo requerido, pero no más de lo que les perjudica, dentro de límites definidos por salarios mínimos, lo que genera una cultura laboral de complicidad y competencia entre los trabajadores. En este juego, la violación individual de las reglas provoca una sanción ritual que refuerza los efectos de encubrimiento. Las compensaciones del juego se definen en función de factores relacionados directamente con el proceso productivo (reducción de la fatiga, transcurso más rápido del tiempo, disminución del aburrimiento, etc.), y de factores derivados del proceso productivo: las *compensaciones sociales* y *psicológicas* de arreglárselas en una tarea difícil, o el *estigma social* y la frustración psicológica que acompañan al fracaso en una tarea fácil. De esta forma, Burawoy muestra cómo la producción de una cultura laboral pone en juego recursos simbólicos en la interacción generada en un espacio delimitado por actividades esencialmente productivas. Para este autor, la metáfora del juego sugiere la hipótesis de una historia con ‘leyes’ propias, que escapan a nuestro control y que, no obstante, son fruto de nuestras acciones. El juego de arreglárselas en particular, es el verdadero medio de generar la adhesión a las normas y relaciones que se presentan como algo natural e inevitable. Burawoy concluye que los obreros de esta fábrica producen irremediablemente un

---

tramas de significados.

consentimiento a su propia explotación de clase mediante el juego de arreglárselas.

En nuestro estudio, no nos centramos en el juego de “arreglárselas” que deviene de las limitantes propias de una actividad específica. Es decir no nos ocuparemos tanto de las estrategias para ganar en el juego, sino en las disposiciones para permanecer en él. Concentramos el análisis en los juegos culturales en los que se involucran los jóvenes de Chimalhuacán al interactuar dentro de diferentes espacios de sociabilidad. Estos espacios de sociabilidad y socialización son esencialmente la familia, el barrio (los amigos), la escuela y el lugar de trabajo, los cuales involucran distintas dimensiones sociales. En ellos, los jóvenes aprehenden sistemas de organización cultural, así como las reglas de participación, las cuales pueden tener diversos niveles de compatibilidad entre ellas. De esta forma, se analizan los diversos juegos culturales que brindan marcos de sentido y acción en los que los jóvenes de Chimalhuacán construyen sus propias realidades y expectativas de integración social, dentro de su contexto estructural específico.

3.2. Espacios y juegos culturales locales: aspectos de la socialización básica

Este apartado y el siguiente tienen una finalidad más descriptiva que interpretativa, encaminada hacia la caracterización de los espacios de socialización primordiales de los jóvenes de Chimalhuacán. Especialmente este apartado, aunque describe espacios de socialización que valen en general para todos los jóvenes, aborda sólo las experiencias de aquellos que han sido socializados en espacios esencialmente locales. En este sentido, se identifican las principales reglas de participación en lo que puede llamarse los juegos culturales locales, dentro de la familia, la escuela, el trabajo y el barrio.

En el apartado anterior se mencionó que las tres localidades de Chimalhuacán en las que se realizó este estudio se caracterizan por ser colonias de relativa reciente creación: alrededor de 20 años. También se mencionó que las

familias que poblaron este lugar, como muchos otros del municipio, son en su mayoría descendientes de inmigrantes rurales y que el factor del parentesco jugó un papel importante en la conformación de las colonias. Este hecho resulta primordial para la dinámica social ya que, aunque no se trata de un pueblo tradicional, la mayoría de habitantes tiene familiares en su misma localidad o en otras aledañas. Podemos hablar de que existe cierta conformación barrial en donde coexisten varias familias extensas que además han tenido arreglos matrimoniales entre sí. Esto implica la importancia de la dimensión familiar en torno a las relaciones que se establecen tanto en la escuela como en el trabajo y en las amistades locales. Esta característica de la comunidad es importante en la medida en que define particularidades en las formas en que la socialización local se desarrolla en los jóvenes. La sociabilidad local está fuertemente fundamentada en relaciones de parentesco. Tal es la importancia de la estrechez local de sociabilidad, derivada de la estructura comunitaria, para la adopción de marcos de referencia en torno al estudio, al trabajo, y al sentido de pertenencia social en general. A continuación describiremos algunos de los juegos que se manifiestan en los espacios primordiales de socialización de los jóvenes de Chimalhuacán.

3.2.1. El espacio familiar

Retomaremos, para caracterizar la dinámica familiar, parte de la propuesta de Henry A. Selby y colaboradores (1994) en su definición de la familia urbana de México mediante cuatro categorías representativas: la autoridad, el género, el amor (que remplazaremos por apego familiar) y el respeto. Nos centramos principalmente en las tres primeras, ya que, como veremos, el respeto está presente de manera implícita en todas ellas. Esta caracterización remite a la existencia de una ideología familiar que determina el destino de la unidad doméstica. Muchos jóvenes de la región de estudio han nacido ahí y los que no, son residentes al menos desde su niñez.

En la infancia estos jóvenes aprendieron, bajo un sistema autoritario, algunas reglas de la vida en familia, sobre las cuales debieron mostrar respeto y cumplimiento. La organización familiar, del hogar específicamente, resalta varios

aspectos normativos que distribuyen las responsabilidades entre sus miembros. Mientras que al jefe de familia (que en muchos casos puede ser una mujer) corresponde la gestión y provisión de recursos, a los hijos menores corresponden las obligaciones del estudio principalmente, así como ayudar en las tareas del hogar. Los hijos mayores, que por lo regular ya no estudian, también proveen de ciertos recursos al hogar. Aquí debemos resaltar la importancia del ciclo del hogar, como señala Roberts (1991), es decir, si se encuentra en la etapa de formación, de consolidación o de fisión. Estas etapas implican un funcionamiento diferente del hogar con relación a las actividades y responsabilidades de cada miembro. Pero también debemos hacer énfasis en las diferencias, aunque mínimas pero significativas, de los ingresos entre familias. Algunas familias de este lugar han podido desarrollar relativamente mayor capacidad de ingreso, especialmente aquellas en las que la madre está incorporada a las actividades laborales, normalmente en negocios familiares. Las diferencias de ingreso familiar pueden contribuir a las divergencias entre una mayor o menor permisibilidad de la iniciación en la vida laboral de los jóvenes. Aunque veremos más adelante que no es este el único factor.

En la etapa de formación de la familia, los hogares invierten recursos en los hijos, que aun son menores, para su asistencia a la escuela, para su manutención alimentaria y para su vestido, etc. Esta puede verse como una etapa de inversión intensiva que puede estar fundamentada en la expectativa de movilidad social de los hogares pobres. Roberts señala que enviar a los hijos a la escuela es una decisión encauzada en las estrategias de movilidad social de las familias urbanas (1991). Los jóvenes entrevistados mencionaron que en su niñez y adolescencia fueron frecuentemente persuadidos a no abandonar el estudio. Estas formas persuasivas involucran valoraciones morales en las que los mismos padres se sitúan como ejemplo de frustración o infortunios económicos derivados del precoz abandono escolar. Entre los discursos de los padres se alude a que la vida “es difícil” y que por ello los hijos tienen que estudiar, para no ser “burros” como ellos. Aunque la mayoría de padres de familia tienen bajo nivel de escolaridad (entre los entrevistados el promedio es la educación primaria), ellos han impulsado a sus

hijos a estudiar más allá de este nivel básico. Esta actitud puede verse como una intención por contribuir a la generación de capital cultural en las familias, que de alguna forma está relacionado con la obtención de capital social[33] y económico (Portes, 1999). Los padres guardan la noción de que el estudio es una forma de movilidad social y en ello fundamentan las presiones y en ocasiones castigos a sus hijos cuando incumplen con los deberes escolares, como ser desobediente en la escuela, reprobar los exámenes, etc.:

> Pues mi jefe me daba unas madrizas[34]… con ese palo que anda por ahí, todavía lo guardo. […] Es lo que decía mi jefe, no porque yo sea burro, ustedes también… Pues mi jefe creo nada más tuvo hasta tercero de la primaria. Nada más llegó hasta ahí. Y ya no, ya no estudió. Mi jefa pues no sabe leer ni escribir. (Manuel[35], 24 años, con secundaria completa)

Un aspecto interesante es que ciertas prácticas autoritarias pueden llegar al grado de la violencia, como en este ejemplo. Las expresiones violentas son una característica de estos sectores, tanto la violencia intrafamiliar como la violencia en el ámbito barrial. Mas adelante abordaremos este tema. De esta forma, los hijos aprenden en la niñez que una regla fundamental de la vida en la familia es el buen desempeño escolar. Aunque los menores no reflexionan profundamente sobre el impacto que pueda tener su capacitación escolar, ellos asumen su responsabilidad por cuestiones dogmáticas. Esto involucra otra regla general que se refiere al respeto por la autoridad familiar.

Cuando los niños han pasado a la etapa adolescente, el ingreso a la educación secundaria sigue siendo algo obligatorio. Pero el hecho de terminar estos estudios y de acudir a la educación preparatoria ya no lo es tanto. En esta etapa, la asistencia escolar es cuestionada por varios motivos, entre los cuales los jóvenes mencionaron con más frecuencia la falta de capacidad y de interés en torno al estudio y las limitantes económicas de su familia. Cuando los jóvenes se encuentran en la etapa de educación secundaria, las reglas familiares pueden

[33] Alejandro Portes señala que "el capital social representa la aptitud de los actores para asegurarse beneficios en virtud de la pertenencia a redes u otras estructuras sociales" (Portes 1999, p. 248), lo cual puede estar vinculado con el aumento de la instrucción escolar.
[34] Este término puede utilizarse para hacer referencia tanto al esfuerzo exhaustivo en alguna labor, como a la violencia física suministrada por otra persona. En este caso se refiere a esta última.
[35] Los nombres de los entrevistados fueron cambiados para preservar su identidad.

cambiar, específicamente cuando ellos expresan interés por abandonar los estudios. La respuesta de la familia advierte entonces un acatamiento a la función productiva, cuya finalidad es que el hijo reporte ingresos al hogar. Esta actitud representa una forma de demostrar la autoridad familiar, como una forma de escarmiento encaminada a revertir la decisión del hijo. Las familias pueden seguir utilizando discursos persuasivos para que los hijos no abandonen la escuela y en ocasiones surten efecto. Pero estas decisiones familiares no se aplican a todos los hogares. Sobre todo, cuando la familia es de muy bajos recursos los padres aceptan más fácilmente que los hijos dejen la escuela, a cambio de trabajar. En muchos casos los padres se han formado un objetivo mínimo de escolaridad para sus hijos:

> Y más que nada porque pus a nosotros nuestro jefe pues siempre nos dijo ¿no? Si terminan la secundaria y ya no quieren estudiar pues ya no estudien ¿no? Pero terminen la secundaria. (Gabriel, 18 años, estudiante de preparatoria).

> [En la secundaria] nomás estudié un rato, o sea ni medio año estudié ahí. Ahí tuve unas bronquillas y me salí un rato de la escuela y me puse a chambear. Pero pues antes de eso ya yo, pus le chambeaba con mi jefe, ya ves que, vacaciones y acá, me iba con mi papá a chambear y ya luego volví a entrar a la [secundaria] Vicente Guerrero. Ahí a la de Totolco. Y ya luego de ahí tuve otra bronca y me volví a salir y ya platicando mis jefes conmigo me dijeron que si quería seguir estudiando o trabajar. Y ya les dije, no pus yo ya digo que ya no… La escuela ya no me latió, preferí ya trabajar. (David, 22 años, con primaria completa)

Algunos padres como los de estos jóvenes muestran conformidad con que sus hijos alcancen un grado similar de estudios a los propios. Sin embargo, en este lugar la educación secundaria es cuestionada por los adolescentes solo en pocos casos, a diferencia de la educación preparatoria, cuestionada por la mayoría. Esta situación parece estar correlacionada fuertemente con la capacidad de ingresos del hogar, por un lado, y por otro con los valores familiares en torno al estudio.[36] Aunque este es un proceso paulatino en el que la escuela va perdiendo fuerza frente al trabajo. Muchas veces los jóvenes comienzan a trabajar aún estando en la escuela. Pero el que los hijos adolescentes cambien su actividad escolar por la actividad productiva marca un cambio en el que la capacidad de

[36] Otro aspecto del intercambio de actividades escolares por las laborales, referente a la disposición de los mismos jóvenes, es el escaso interés en los estudios medios y superiores derivado de la combinación de ciertas tendencias culturales locales, como veremos en el próximo capítulo.

ingreso del hogar aumenta y constituye una etapa de consolidación en la que el aumento de ingresos en la unidad doméstica justifica el abandono escolar.

> Pus ya yo solito le dije a mi jefe no pus ya no voy a ir a la escuela, voy ir a trabajar. Pus como quieras dice, aquí nadie te obliga a trabajar. Y si es que vas a trabajar pues vas a tenerle que entrar. Que aquí hace falta que agua que jabón, comer… vas a tener que entrarle. Y pus me dijo la neta ¿no? [E: o sea no te dijo que no] Ajá… Pus órale ¿no? O sea, haz de cuenta que esos 150 que yo ganaba, 50 pesos eran para mi, y esos eran muchos porque a veces me pedía más. Cien varos eran de ley para él, cien, ciento veinte, ciento treinta. (Manuel, 24 años, con secundaria terminada)

> Y ya decían: pues ya estás chambeando, si quieres alguna garra[37] pus cómpratela ¿no? Y también tienes que dar aquí este, pus un gasto ¿no? El que fuera, así fuera diez pesos de cincuenta que sacabas al día, pero tenías que dar ¿no? (Gabriel, 18 años, estudiante de preparatoria)

Esta situación en la que los jóvenes tienen cierta libertad por parte de los padres para abandonar la escuela a cambio de trabajar, sin embargo no es aplicable a muchas mujeres. Las mujeres jóvenes tienen menos oportunidad de negociar este intercambio, ya que los padres están menos dispuestos a que sus hijas trabajen, principalmente cuando hay posibilidades de seguir solventando su escuela. La ideología familiar de los sectores populares urbanos establece una distribución de actividades diferenciadas entre sus miembros, tanto las específicas del hogar como aquellas perfiladas como estrategias de movilidad social. Mercedes González de la Rocha señala que la pobreza es un proceso dinámico que afecta de manera diferenciada a los miembros del grupo familiar, dependiendo de su condición de género y generación principalmente (2001). La actividad escolar puede ser vista como una forma de mantener la dependencia de los hijos hacia el hogar, pero esta dependencia también se presenta en mayor grado en las mujeres, como lo muestra este ejemplo:

> Mientras no trabajes estás estudiando, y quién paga tus estudios, pues tus papás. Y entonces a quién debes de obedecer a tus papás. Sí, es como una forma de controlarte ¿no? Por ejemplo, si ya te gustó mucho el estudio, pues sí es así de: quieres más dinero, quieres para libros, ah entonces no sales, entonces quédate a estudiar, tienes que sacar buena calificación. Y el sacar buenas calificaciones es matarte estudiando, no salir de tu casa. O si sacaste puro diez órale, sales, si no, no. Sí, o sea de ahí se forman muchas condicionantes para ti. Sí, de alguna manera te controlan con eso un poco. [Cintia, 21 años, estudiante de nivel superior]

[37] Es un término popular utilizado para referirse a las prendas de vestir.

La ideología familiar, con respecto a la dependencia de los hijos mediante el estudio, se combina con los valores de género que hacen profundizar este control sobre las mujeres. Este dispositivo de control también se relaciona con otro factor, la configuración del espacio del hogar como espacio femenino, frente al espacio público y laboral como espacio masculino. Podemos señalar que el espacio escolar no es percibido estrictamente como un ámbito femenino por la familia, aunque las prácticas sociales de los jóvenes tiendan a diferenciarse mediante el género en relación con el trabajo y el estudio. Estos aspectos se adhieren además a las complejas relaciones entre las expectativas de movilidad, la condición de género y las modalidades de sociabilidad local y externa, como veremos en el capítulo 4. Por otra parte, lo que la familia dispone para las jóvenes que abandonan la escuela es la labor doméstica o el empleo en algún negocio familiar. Es decir, prevalece cierta tendencia a mantener a las hijas solteras lo más alejadas posible del espacio público local, a menos que se trate de la escuela.

Un aspecto importante de las reglas familiares está ligado al ingreso a la vida laboral de estos jóvenes, en la medida en que constituye la autorización de la familia para el inicio de una vida familiar propia. En la cultura local el ingreso a la vida laboral implica que los jóvenes están en posibilidades de casarse y por lo tanto establecer una ruptura relativa con la autoridad familiar, principalmente cuando se mudan a vivir fuera del hogar de los padres. Aunque estos casos se presentan muy escasamente. Sin embargo, esta autorización es diferencial con relación al género. Observamos que existe una diferencia de actitudes de los padres con respecto a los hijos cuando se involucran en embarazos inesperados. El apoyo de los padres puede ser totalmente diferente hacia las mujeres que hacia los hombres, como ejemplifica el caso de este joven:

> Pues la neta yo no la llevaba con mi jefe, no te digo que por eso me fui de mi casa. No la llevaba con él. Ton's cuando supo que mi chava estaba embarazada pues me dijo 'es tu bronca, tú sabes lo que hiciste, ps ahora échale ganas'. Y no, de él no recibí ayuda, no recibí ayuda de él. De mi jefa sí, siempre recibí su apoyo, hasta dinero, ¿no? Porque me veía bien jodido y… 'ps ten hijo, cómprale pañales a tu hija', cualquier cosa. Ps órale va. Entonces tenía diecisiete años. [E: ¿vivías con tu chava?] No, no vivía con ella. Como sus jefes me dijeron, 'no, pus es que ira la neta tú no tienes donde vivir y… y ella pues aquí está segura. Si quieres venir a verla a ella y a tu hija, ven, aquí nadie te va a cerrar las puertas, nada de eso'. (Manuel, 24 años, con secundaria terminada)

Lo que observamos con este ejemplo se refiere al tipo de valoración de las mujeres, es decir las hijas, pues éstas tienden a estar más protegidas en el seno familiar cuando la pareja no cumple la expectativa de proveedor y responsable. En muchos casos las expectativas de autonomía y responsabilidad del hogar suelen ser aún poco fomentadas en las hijas.

Por otro lado, identificamos diferencias en la dinámica de género de las familias en etapas diferentes. Aunque sabemos que las tareas del hogar han estado tradicionalmente asignadas a las mujeres, los hijos menores también deben participar en algunas de estas actividades, principalmente en aquellos casos en que la madre no está disponible. En este contexto la presión hacia las niñas es mayor que hacia los niños, aunque ellos también suelen colaborar. Los y las hijas pueden estar también integradas en las actividades económicas cuando la familia tiene un negocio familiar, por ejemplo una tienda, o un puesto en el tianguis. En el caso de los hombres, los padres pueden llevarlos a sus lugares de trabajo para que "vayan aprendiendo". Las niñas pueden participar en todas las actividades, aunque en labores que no implican esfuerzos físicos.

En la etapa adolescente las diferencias genéricas se hacen más visibles. Los hombres ya no tienen la misma obligación para con las labores domésticas. Estas se dejan principalmente a las mujeres. Aunque no podemos hablar de una estricta división genérica en las actividades domésticas, en cambio sí predominan ciertos valores familiares que funcionan como reglas en torno a distribuir las actividades públicas y privadas entre ambos géneros. Un aspecto es, como ya mencionamos, que las mujeres jóvenes tienen menos posibilidades de negociar el intercambio de la actividad escolar con la laboral. Los jefes de familia prefieren que las hijas que decidieron no seguir estudiando se integren a las actividades domésticas, y sólo algunas veces a las actividades laborales, aunque muestran cierto recelo a que se desenvuelvan en ambientes masculinos y públicos. Sostenemos que esta actitud está influenciada por la construcción histórica de las expectativas de género en occidente. También opinamos que en esta relación se involucra la valoración sobre la cultura laboral en estos sectores, lo cual trataremos más adelante. Las mujeres jóvenes en este contexto, cuando no

estudian, se ocupan principalmente de atender a los hermanos pequeños, cuando hay; de ordenar la casa, cocinar, planchar, lavar y en algunas ocasiones de aportar ingresos, cuando les es permitido trabajar. En este caso, ellas laboran en pequeños talleres de costura, casi siempre con familiares, en tienditas, también familiares, en puestos del mercado, negocios de comida, como empleadas de tiendas comerciales, y con suerte en alguna empresa mayor.

Por otro lado, el componente del apego familiar tiene muy fuertes implicaciones en lo que se refiere a las actitudes y decisiones de los jóvenes. Existe en este contexto una regla moral muy definida de reciprocidad entre los miembros de la familia, principalmente entre padres e hijos. Cuando las familias transitan a una etapa de consolidación, es decir cuando los hijos comienzan a proveer ingresos a las familias, el efecto de reciprocidad comienza a consolidarse. Pero este patrón de reciprocidad se fomenta desde la niñez, el cual está fuertemente delineado por la carga afectiva depositada en las condiciones materiales de la familia. Algunas de las formas en que se fomenta este comportamiento se remiten a los señalamientos enfáticos que hacen los padres cuando los hijos "desaprovechan el gasto" invertido para sus estudios. Ellos constantemente subrayan a sus hijos los "sacrificios" que implican los gastos escolares y mediante ello suelen recriminarles su falta de aprovechamiento escolar. La economía es un tema que frecuentemente está presente en los discursos de persuasión de los padres hacia el buen desempeño escolar. Los jóvenes estuvieron expuestos hasta esta etapa a cierta significación de las limitantes económicas familiares, lo cual les brinda en cierto momento una reflexividad en torno a la condición familiar, generando un sentimiento de obligación. La mayoría de nuestros informantes que abandonaron los estudios "por falta de interés" aludieron también a un deseo por disminuir las cargas económicas de sus padres, de alguna manera ligadas a situaciones de ansiedad. El testimonio de estos jóvenes puede ejemplificarnos cómo se expresa la adopción de este significado de reciprocidad:

> Pero ya de siete años ya empecé yo: no pues mi, mi jefa sí esta mal ¿no? Porque si me está ayudando a mí en lo económico y lava en la noche y me está dando mis estudios.

> Pues ya tú te estás dando cuenta de este, no pues sí mi jefa tiene razón ¿no?, pues hay que echarle ganas para no defraudarla. (Alberto, 19 años, con preparatoria completa).

> Y ahorita sí, es así como de que pues no, si no tengo bien en mente qué quiero para la escuela, no tiene caso gastar en algo que no, a que, bueno ahorita ya empiezas a ver tú que pues están más cansados… o sea, tú dices, puedo ser egoísta ¿no? y decir: no, pues mejor me preparo y pus ya después le echamos ganas a lo que ellos necesitan, como casa o algo así. Pero en este caso tú dices no, mejor que le echen [ganas]… porque, bueno, como le he dicho a mi mamá, es que no siempre vas a tener las mismas fuerzas, o sea va pasando el tiempo y tú te cansas más. (Julieta, 18 años, con preparatoria incompleta).

Estos valores de reciprocidad se traducen también en una forma de apego familiar, en la medida en que los hijos aspiran, hasta donde les sea posible, a contribuir a su bienestar. Este valor moral muchas veces orienta las decisiones de los jóvenes, por ejemplo cuando existe la *disyuntiva* entre el beneficio personal y el familiar. Por un lado, la familia fomenta constantemente en los hijos la educación, lo cual se ve reforzado por la manifestación de las expectativas depositadas en ellos. Pero por otro lado, los jóvenes interpretan debido al sentido de reciprocidad que su superación "a costa" de sus padres puede ser una actitud egoísta. La familia en este caso es productora de una regla de reciprocidad entre hijos y padres, principalmente con la madre, en la que los hijos se ven en cierto momento orientados por factores morales. Podemos señalar que la familia de estos sectores involucra una lógica de reciprocidad[38] como una forma de economía moral (Scott, 1976), mediante la cual se refuerza la pertenencia al grupo familiar y social. Este aspecto tiene fuertes implicaciones en cuanto a las decisiones personales de los jóvenes y por lo tanto en sus expectativas de integración social, como veremos más adelante.

Hasta aquí hemos mostrado algunas de las reglas involucradas en los juegos culturales de la familia bajo los cuales se socializan los jóvenes de

[38] Una noción interesante sobre las lógicas de reciprocidad no individualistas es por ejemplo la que ha mostrado Karl Polanyi, en torno a la dimensión cultural de los comportamientos económicos. La finalidad de estos no ha sido siempre la ganancia o el interés exclusivamente individual. Para Planyi el hombre no obra por proteger su interés individual en la posesión de bienes materiales, sino en función de proteger su posición social. En este sentido, señala que "la ejecución de actos de cambio como dones gratuitos que se espera ver reciprocados […], debe por sí misma explicar la ausencia de una noción de ganancia o aun de riqueza que no sea la consistente en objetos que tradicionalmente realizan el prestigio social" (1975, p. 75).

Chimalhuacán. Estas son principalmente la autoridad familiar, la distribución de obligaciones por género y la reciprocidad económico-moral.

3.2.2. El espacio escolar

Pasamos ahora al ámbito escolar para caracterizar algunos juegos culturales que se tejen en estos espacios de socialización. La escuela para adolescentes y jóvenes puede ser entendida como un espacio social en el que se amplían las posibilidades de participación y reconocimiento sociales, en las que cobra especial centralidad la sociabilidad entre pares (Willadino, 2004). La escuela es uno de los espacios de socialización directa con el mundo sociocultural, donde los adolescentes y jóvenes adquieren valores diferentes a los del grupo familiar. Más allá de los aspectos formales de lo que la educación escolar implica, los jóvenes inician un proceso de apropiación de códigos que involucran diversos sentidos de pertenencia y de las relaciones sociales -por ejemplo, la adopción las actitudes de sumisión, irreverencia, competencia, pertenencia y desinterés escolar. Pero este proceso está diferenciado también entre las etapas biográficas y la condición de género. La escuela primaria significó para nuestros informantes una etapa en la que la vida pasó sin mayor relevancia. Es decir, ellos no reconocen esta etapa como un evento significativo de sus vidas, debido principalmente a que la expectativa de “autonomía” aun no ha sido aprehendida. Sin embargo, el ingreso a la escuela secundaria marca en estos jóvenes un cambio con relación a su propia personalidad y a las formas de socializar con otros adolescentes de su generación. Ellos recuerdan que el ingreso a la secundaria, aunque fue forzoso, estuvo también moldeado por ciertas expectativas en torno a la posibilidad de divertirse. Estas expectativas se vinculan con los imaginarios que se construyeron mediante la información de hermanos, primos o amigos que asistieron anteriormente a la misma escuela:

> O sea, sí quería entrar ¿no? Porque pues más que nada pues yo entraba por el desmadre ¿no? Entraba porque pus mi hermano me platicaba que pues estaba bien chida la escuela, que había canchas para jugar, no tanto por el estudio, sino pues más bien por el desmadre que se hacía. Pus ya después de ahí, me enteré que el hermano de uno de sus amigos pues también iba a entrar. Entonces la idea de entrar ahí pues era hacer el desmadre entre nosotros ¿no? Quedarnos igual en el mismo salón y pues armar nuestro grupo como lo armaron ellos. (Gabriel, 18 años, estudiante de preparatoria)

Estas expectativas, sin embargo, no fueron generalizadas para ambos géneros; las jóvenes mujeres entrevistadas no enfatizaron con la misma intensidad que los hombres, la diversión o el “desmadre” como determinante de su interés por ingresar a la escuela secundaria. Una de ellas se refirió más bien al prestigio de su escuela como el principal motivante de su ingreso. El prestigio que ostenta esta escuela en la zona de estudio está ligado principalmente a su reputación como “escuela estricta”, condición por la cual los padres de familia manifiestan sus preferencias hacia ella. La categorización como escuela estricta se atribuye, entre otros factores, a que “sus puertas siempre están cerradas”, a que sus autoridades no permiten a los alumnos “pasearse” fuera de sus aulas, no les permiten noviazgos, “exigen puntualidad y disciplina”, etc. Sin embargo, la mayoría de los jóvenes entrevistados no mencionaron estos aspectos cuando definían a esta escuela como una de las mejores en la zona. Mujeres y varones hicieron referencia a otro tipo de aspectos, además contrastantes entre sí: ellas se referían a que a esta escuela asistían “los mejores alumnos”, y ellos a que en ella se encontraban las “chavas más guapas”.

Muy contrario a los intereses de los padres, los jóvenes ingresan a la secundaria con expectativas diversas, donde el estudio se convierte sólo en una de tantas, pero no la más importante. Nuestros jóvenes se involucraron, en mayor o menor grado, irremediablemente en prácticas contra-escolares. En el estudio de Paul Willis (1976) sobre la cultura escolar de jóvenes de clase obrera, el grupo de pares emerge como el elemento clave de la cultura contra-escolar. En este sentido, mientras que la institución educativa representa la esfera de lo formal, el grupo puede constituirse como el espacio de lo informal. A diferencia de la estructura escolar, el grupo informal carece de una estructura sólida, no hay normas públicas, ni estructuras físicas, ni jerarquías reconocidas ni sanciones institucionalizadas. Para nuestros jóvenes este proceso no fue automático ni se presentó de un día para otro. En sus discursos se aprecia una inmersión paulatina a ciertas prácticas contra-escolares. Al ingresar en la escuela secundaria, normalmente permanecieron inhibidos y respetuosos con las autoridades y sus

demás compañeros. Pero al paso de poco tiempo, entraron en un proceso de desenvolvimiento y desinhibición que estuvo marcado por la intensificación de actividades de tinte irreverente:

> Bueno, pus al principio, en primero ¿no? Yo creo que como la mayoría de las personas ¿no? Pues entras medio cohibido, y ya este vas agarrando confianza, vas haciendo amigos, que lo principal pues para una secundaria, pues es eso ¿no? Tener este, contacto ¿no? Con personas. Entonces pues al principio siempre entras así como de, de ps qué hago aquí, escuela nueva ¿no? gente nueva. Pero, como yo he sido siempre de que me late un chingo el desmadre, tons yo empecé a conocer luego-luego a las personas, o sea yo soy el que les empezaba a hablar y qué onda, cómo estás y que cómo te llamas. (Gabriel, 18 años, estudiante de preparatoria)

> En segundo y tercero, pues ya cambió mucho las cosas. Ya fue más relajo, de este, de lo normal que era en primero. Sí, ya cambió demasiado. [E: y ¿por qué tú crees que fue cambiando así el relajo?] Pues por la confianza que vas agarrando en la secundaria… pus ya llevas un año, dos años, hasta tres años duras ahí. Entonces pues eso, agarras más confianza y pues empiezas a hacer desastre en la secundaria y todo eso. (Miriam, 17 años, con preparatoria incompleta)

Este proceso de desinhibición y confianza marca la posibilidad de integrarse al espacio y a la dinámica cultural del espacio escolar. Estos jóvenes no fueron los creadores del “desmadre”, sino que se adhirieron a él como una forma de ingresar al juego entre pares, dentro de un espacio delimitado por reglas formales impuestas institucionalmente. Más allá del comportamiento formal que exigen las reglas institucionales de la secundaria, los adolescentes, debieron aprender las reglas del juego cultural para integrarse plenamente al espacio social. Una de estas es el “desmadre”, cuya finalidad puede ser expresar una necesidad de libertad frente a las autoridades escolares; lo que genera un juego de complicidad en la irreverencia. El “desmadre” en la escuela, como un catálogo de experiencias emocionales intensas, ligadas al relajamiento de normas, representa un juego cultural en el que los adolescentes muestran siempre disposición a participar. Algunos de ellos nos relataron su versión de estos episodios:

> Me acuerdo que lo que más se daba, era aventar cacahuates, o sea agarrarnos a cacahuatazos, y bien dice el dicho ¿no? a falta de pan tortillas, si no teníamos cacahuates pues bolitas de papel o de esas cositas de los árboles, pues pégale al otro. (Julieta, 18 años, con preparatoria incompleta)

> Pues yo ya cuando empecé de desmadre pues a puro papelazo, después pues llevábamos las pistolitas de agua igual pa’ mojarnos. O como las bancas eran de fierro, por abajo del asiento a prenderles, a que se calentara el asiento, pegarles los chicles,

> esconderles las libretas, los lápices… [E: ¿y a los profes?] También las maldades, les poníamos tachuelas en las butacas, bueno en su silla, porque eran de madera, las enterrábamos de abajo pa'rriba, na' más la puntita. E igual con los maestros. Y así ya, hubo un maestro que la neta nunca nos dijo nada del desmadre porque pus también se llevaba. (Rodrigo, 24 años, con secundaria completa)

Actividades como las descritas arriba, tienen una fuerte implicación simbólica en lo referente a la valoración de la etapa escolar durante la adolescencia. La mayoría de ellos recuerda esta etapa como la mejor o más divertida de su vida. Al margen del marco normativo de la escuela, los jóvenes inician su integración social a ella mediante juegos culturales definidos también por aspectos de género y de estatus entre los pares. Ellos señalaron que las formas principales de participar de los juegos es la violencia entre hombres y la competencia por el aspecto físico en las mujeres. Una de las principales finalidades de este tipo de juegos es el formarse una identidad, un capital simbólico, que les permita obtener un lugar dentro del espacio del juego, mediante el acatamiento de las reglas:

> Pues por ejemplo, todos nos quedamos callados ¿no? Y alguien decía cualquier tontería, todos a su lugar y a *pasarlo por tres*, ya pues todos los maestros ya nada más se nos quedaban viendo. […] pues… o sea primero pues hay una regla ¿no? Ya el que no cumple esa regla pues, se le pega tres veces, cada quien, y ya los que estén dentro del juego, pues te pueden pegar pero también como pueden recibir si no cumplen con lo que se ponga, así que digan, la mayoría… (Miguel, 16 años, estudiante de preparatoria)

> Y este, pus en el descanso, ps hacer tu desmadre y que, ps no sé estarte empujando, o estar ahí. Incluso golpeándote ahí con los, con los compas, montándoteles encima y, haciéndote notar ante todos. Entonces pues eso era lo que nosotros tomábamos como desmadre (Gabriel, 18 años, estudiante de preparatoria).

Estos aspectos de los juegos escolares en la secundaria guardan un sentido de iniciativa, surgen en el momento en que los adolescentes sienten la necesidad de ganar autonomía y confrontar los modelos de autoridad. Estos juegos manifiestan cierta oposición a la escuela como una la lucha por ganar espacio simbólico y físico en la institución, lo cual representa un elemento de auto-dirección, de autonomía. En suma, se trata de preservar la movilidad personal (Willis, 1976). Vale la pena hacer notar que la autoridad escolar no alcanza el grado de la autoridad familiar, es decir, que no es comparable en la medida en que aquí no está involucrado el elemento de la reciprocidad económica-moral. De esta

forma, existe un margen mayor para la relajación de normas, que deriva en la generación de juegos donde los jóvenes expresan a la vez actitudes desafiantes a la autoridad y una necesidad de reconocimiento de sus pares.

Cuando los hombres entablan rivalidades hostiles, estás tienden a derivar en enfrentamientos físicos, ya no como un “juego” sino como una verdadera pelea. Una regla fundamental en este caso es no declinar el reto, o en términos locales “no abrirse”. El no corresponder a esta regla implica atribuciones de cobardía y homosexualidad, aun entre el propio grupo de amigos. La contraparte resulta entonces en la obtención de respeto entre los pares y una afirmación subjetiva de la masculinidad.

> Pues yo creo que los más respetados eran los que más se peleaban. Yo me acuerdo que a mí me buscaban mucho por eso, porque era muy peleonero. Pero precisamente, o sea, no sé, te ganabas un sentido de admiración ¿no? porque te peleabas o esto o lo otro ¿no? pero pues yo creo que ese era el respeto que todos buscaban ¿no? de que todos te busquen y estén contigo o no sé ¿no? o sea, el que te conozcan dentro del plantel la mayoría ¿no? Primeros, segundos y terceros ¿no? eso es lo que se busca. Pero de que te respeten así de que no te digan güey o pendejo o eso, era imposible. Eso era imposible porque ps es como, pus ya es algo normal en los chavos ¿no? [Ernesto, 26 años, con secundaria completa]

La regla sugiere que no importa el hecho de resultar vencedor o vencido en la contienda, tanto como el no evadir el enfrentamiento. Sin embargo, existen mecanismos de equilibrio cuando las diferencias entre fortaleza física y de edad son significativas. Ante esto, surgen motivos para que alguien más funja como defensor de quien está en desventaja.

> Pues más que nada eran este, ps las peleas ¿no? que se daban, dentro del plantel y fuera, bueno, casi siempre eran más afuera ¿no? cuando sí ya estaban calientitas las cosas, pues donde topara ¿no? y donde te encontraran o donde te los encontraras. Pero y para eso, ps ya sabes que siempre se juntan ¿no? Qué onda ¿no? y pues como alguna vez nos hablamos bien o jugamos fútbol juntos o hicimos algo, pues ya te están haciendo el paro. [Ernesto, 26 años, con secundaria completa]

En el caso de las mujeres también se presentan enfrentamientos físicos, sin embargo los casos son mínimos. En cambio, es la habilidad verbal la que se antepone. Esta habilidad también se va aprendiendo, aunque no principalmente, en el transcurso de la secundaria como una forma de afirmar la capacidad de inserción en la dinámica cultural de la escuela sin ser excluido. Una forma de ser

excluido por los pares en la escuela es la estigmatización, referente a la escasa habilidad para responder en los juegos de sociabilidad, lo cual repercute en la minimización de estatus. En términos de los jóvenes es “agarrar de bajada” a otro o “agarrarlo de botana”. Esta situación puede representar el permanecer sometido a insultos, burlas y humillaciones, lo cual demuestra la poca posibilidad de ser considerado como un miembro respetable de un grupo. Nuestras informantes mencionaron por ejemplo que los discursos indirectos de burla y los albures son prácticas relacionadas con este juego. Para sostener una posición de estatus es necesario aprender en la práctica:

> Pues también contestándoles. Pero también pues si no sabes alburear pues, ese es el problema. Entonces pues poco a poco ahí hay que ir aprendiendo, pues ora sí como dicen, robando las frases de otras chavas para aprender y no te agarren de bajada. [Miriam, 17 años, con secundaria completa]

En esta etapa los adolescentes también aprenden los juegos de la conquista sexual y las relaciones inter-género. Las situaciones que pueden ocasionar conflictos dentro de la escuela, en ambos géneros, son las rivalidades de varios tipos, por pretender a la misma pareja, rivalidades de popularidad, el atractivo físico, la fortaleza, por los “records” de novios o novias, etc. Esta característica en la sociabilidad en los adolescentes constituye un orden social en el que las prácticas de la violencia simbólica y física representan recursos de subsistencia social en términos de prestigio. Algunos de los juegos culturales aprendidos en la escuela son extensiones de la cultura barrial, que analizaremos adelante.

El ingreso a la preparatoria, para quienes decidieron seguir estudiando y hacerlo dentro de la misma zona, está marcado por un impacto en sus percepciones y expectativas sobre el mundo escolar. Varios informantes que tuvieron experiencias en el nivel medio manifiestan una especie de desilusión en este trayecto, ya que sus expectativas no se correspondieron con su experiencia real. La más frecuente se resume en las expresiones “creí que el desmadre iba a estar más chido” o “ya no es igual que en la secundaria”, lo que hace referencia principalmente a la rigidez de las normas institucionales. Frente a esa situación, ellos elaboran una disociación entre el ambiente de la preparatoria y el de la

secundaria. La percepción general de este grupo de jóvenes, en torno a su experiencia de estudios medios en la región, integra una sensación de decepción y desequilibrio:

> Me interesaba más el desmadre todavía ¿no? Porque pus todavía estás con esa idea ¿no? de la secundaria. Pero pues ya entrando a la prepa, pues ya es otra cosa ¿no? ya es otro sistema, ya es un poco más pesado con las materias, con el reglamento, el uniforme, 'tonces pues ya este… saliendo así, de secundaria a prepa, pues es un cambio muy grande. Entonces pues ya no era el mismo desmadre, y por eso me corrieron de la primera, de la primer prepa. [Gabriel, 18 años, estudiante de preparatoria]

> Entonces pues ya cuando entré, pues sí, ora sí, me llevé una gran decepción. Por lo que, cómo estaba el ambiente adentro. Entonces pues no me gustó, no duré mucho. Bueno, sí duré algo, un año más o menos. Pero pues dije no, ya no, y por eso me salí... […] porque pues vi que de plano no la hacía, entonces pues llegó un cierto límite que pus ya de plano ni entraba, na' más me la pasaba en la cooperativa y educación física, y este… pus reprobé, creo casi todas las materias las reprobé, por lo mismo que ya no entregaba las tareas, no entraba, las reprobé. Entonces pues ya de ahí decidí salirme. [Miriam, 17 años, con preparatoria incompleta]

El cambio de ambiente institucional y cultural es un factor importante en la deserción escolar de estos jóvenes. Mas adelante volveremos sobre ello. Lo que resulta interesante aquí es que existen diferencias entre los juegos culturales de las instituciones de educación secundaria y preparatoria, moldeados en parte por la normatividad de cada una. Los alumnos de preparatoria asumen que las reglas institucionales son diferentes, y que en esa medida sus posibilidades de permanecer como alumno dependen de un apego estricto a otro tipo de normas. Sin embargo muchos jóvenes no siempre asumen las responsabilidades y obligaciones hacia la institución como el principal factor de su integración, este más bien está constituido por la sociabilidad entre pares, cuyos valores integran aspectos aprendidos en la secundaria, como los juegos agresivos y la búsqueda de popularidad -el carisma, el aspecto físico, etc. En este espacio además estos juegos adquieren un matiz más juvenil, aportado por la adopción de comportamientos que simbolizan autonomía y adultez –beber alcohol, fumar, tener relaciones sexuales, consumir, traer dinero, etc. Es sabido que algunos de estos aspectos representan situaciones socialmente riesgosas -principalmente los embarazos adolescentes y el consumo de alcohol y drogas- y que frecuentemente se asocian a los casos de deserción. Sin embargo, estos factores no representan

el determinante de la deserción escolar en este sector. Proponemos que ésta se relaciona principalmente con componentes culturales de mayor complejidad cruzados por las ideologías familiares, la cultura barrial y la condición de género – como analizaremos en el capítulo cuarto.

En este apartado quisimos subrayar los aspectos de la cultura escolar local que nos servirán para comprender posteriormente las disposiciones de los jóvenes en torno a su integración social. Estos son principalmente las prácticas contra-escolares y los juegos de violencia física y simbólica, ambos aspectos matizados por la condición de género.

3.2.3. El espacio laboral

El inicio de la vida laboral, como habíamos señalado, está ligado frecuentemente con la deserción escolar. En este lugar, los jóvenes que decidieron comenzar una vida laboral normalmente lo hicieron en lugares cercanos a sus localidades, ya que la gestión de trabajos en la ciudad resulta más difícil y lleva un lapso mayor de tiempo. Los trabajos disponibles en la zona de estudio son por lo general de carácter informal. Entre ellos encontramos principalmente los que se desarrollan dentro de pequeños negocios familiares, entre los que están los puestos en mercados (que comercian artículos de primera necesidad), panaderías, locales de comida, talleres de costura textil, tienditas, comerciantes en el tianguis, o en la calle. También se pueden emplear brindando servicios personales como choferes de bici-taxis, de combis y microbuses de transporte público; en talleres automotrices, como albañiles o actividades relacionadas. Finalmente, también hay quienes trabajan como empleados en empresas mayores como tiendas comerciales (Elektra, Coppel, Aurrerá, etc.), embotelladoras de agua o refrescos y gasolineras, entre otras. Todos los jóvenes entrevistados que trabajan en la región han tenido o tienen empleos en estos ámbitos. Ellos describieron cómo la gestión de trabajos ha significado un ir y venir de uno a otro, sin que en ninguno logren una estabilidad total. Esta posibilidad de

movilidad entre varios trabajos locales se facilita mediante las redes familiares y sociales[39]:

> Lo que pasa que mi mamá tiene un taller de costura… y yo le empecé a ayudar a ella. Ya después de ahí pues me fui a trabajar con mi prima y pues, bueno ya, empecé a agarrarle a la costura y todo eso y… bueno hasta en eso es en lo que trabajo ahorita todavía. […] Sí he trabajado en varias cosas. Bueno, he trabajado en una [fábrica], en el precocimiento de maíz, para el pozole, y en una papelería. Aquí en el veintisiete está una [fábrica] de tostadas y está la de maíz. Este, y pus bueno, ahí estuve trabajando unos tres meses y me salí también, te digo por lo mismo de que con los químicos lastiman mucho las manos y era muy pesado. Porque de ir cargando las bolsas ya, bueno llenas de maíz, ya no, fue muy pesado, por eso no me gustó. Y de ahí me salí y ya luego trabajé en la papelería que está enfrente de la casa de cultura. [Rosa, 21 años, con primaria completa]

> Cuando salí de la secu ya, mi primer chamba, bueno, de que salí de la secundaria, me mandaron a buscar chamba ¿no? pero pues lo primero que agarré fue un bici-taxi, […] aquí en Copalera, un bici-taxi de aquí de la loma. Empecé a agarrar el bici-taxi y de ahí me aventé tres años igual, chambeando y echando desmadre, o sea ahí chambeabas y echabas desmadre. […] después del bici-taxi me fui a una herrería. Pero pues ahí, qué fueron… tres meses en la herrería, y eso fueron tres meses porque después ya no hubo chamba. Se acabó la chamba y pues ya no había nada. […] Ya después volví aquí al puesto [del mercado]. Y ahorita aquí en el puesto llevo, pues qué, son dos años, echándoles la mano[40]. (Rodrigo, 24 años, con secundaria completa).

En este trayecto donde los jóvenes acumulan experiencias de trabajo, también se internan en las dinámicas simbólicas de esos espacios. Estas dinámicas también implican juegos en los que se combina la competencia con el esparcimiento. De tal forma, una dimensión subjetiva se adhiere al proceso productivo en el que las normas estrictamente laborales se enlazan con las reglas de un juego cultural. En este sentido, como señala Burawoy (1980) las compensaciones del juego se relacionan con factores directos del proceso productivo, como la sensación de un transcurrir más rápido del tiempo y la disminución del aburrimiento; y de factores subjetivos derivados del mismo proceso como las compensaciones sociales y psicológicas; así como la evasión del estigma social y la frustración. En estos ámbitos la comparación de habilidades repercute simbólica y materialmente:

> Bueno, el ambiente [en la fábrica de costura] era como diciendo así, era chido por lo mismo de que eran puros chavos y eso. Y pus igual era, bueno a lo mejor en la mañana era un rato el cotorreo, ya después era, pus ora sí pisarle a la máquina y pus ya digamos

[39] En los sectores populares las redes sociales han representado la posibilidad de movilizar activos (Estrada, 1999; González de la Rocha, 2001).
[40] Se refiere a sus padres, pues el puesto del mercado es propiedad de ellos.

> hasta cierta hora ya todos salían. Pero no, es de que pus 'ora sí písale, porque quiero producción. Simplemente es porque por lo mismo de que tu dices, pus ya cotorreé un rato y pus ahora sí le voy a pisar porque si no voy a salir bien baja. [Rosa, 21 años, con primaria completa]

> [En los bici-taxis] chambeabas y echabas desmadre, veías a las rucas [las jóvenes] y qué onda, que acá, que a veces o sea, na' más las bajabas y ni les cobrabas ¿no? porque están guapas, no les cobrábamos así... Y el desmadre de mi primer chamba pues eran las carreras. Las carreras de puros bici-taxis. El último tenía que pagar las caguamas [cervezas]. Porque bien chambeado, chambeábamos de las seis de la mañana a las diez de la mañana. Ya de ahí pa'l real si querías chambear bueno y si no ni madres. (Rodrigo, 24 años, con secundaria completa)

Los juegos culturales que se desarrollan en los espacios productivos generalmente contribuyen a consolidar un ambiente laboral que contribuye a dar un sentido al proceso mismo del trabajo. Un aspecto de la cultura laboral de carácter manual está representado por lo que los jóvenes llaman la "carrilla" o la "botana". Este juego está basado en un criterio de evaluación que busca probar la habilidad de cada miembro en torno a las actividades principales del trabajo. Es una especie de ritual de paso en el que los novatos aprenden a desempeñarse mediante la presión grupal, a costa de burlas y desvalorizaciones. Esto está relacionado con la opinión de que en la mayoría de sociedades el trabajo bien hecho recibe la admiración de los pares (Applebaum, 1987) Los ejemplos son variados. En un taller de autos observé que los jóvenes y adolescentes se insultaban constantemente refiriéndose a la falta de habilidad y fortaleza. En la mayoría de casos el aspecto corporal del trabajo reproduce este tipo de comportamientos:

> Pues ahí [en la fábrica de láminas], si no sabes lo de la chamba, pues sí la carrilla, sí luego-luego: ese cuate, cómo tiembla o no puede, o si uno que ya sabe, pues ya se la echa [la carga encima] y ya se te resbala o cualquier cosa pus sí [la carrilla]. [David, 22 años, con primaria completa]

> Cuando yo recién llegué ahí en los bici-taxis era de que bajabas bien a toda madre, pero el pedo era la subida, pus todos hacían sus cambios de las bicicletas y uno no sabía ni qué onda. Y pus tenías que venir empujando tu carro desde abajo y era donde empezaban también las carrillas: que pinche deshuevado, que no subes y… ya sabes ¿no? que, mejor que, qué decía, toma más choco milk o hazte tus huevos en ayunas, y el resto. O sea porque no sabías chido a la bicicleta to'vía moverle. Pero pues ya na'más agarrastes callo y órale. (Rodrigo, 24 años, con secundaria completa)

Es importante mencionar que estos trabajos, que requieren un desempeño físico, son realizados esencialmente por varones. Estos espacios se configuran como lugares masculinos, donde se comparten además valores en torno a las formas de concebir y relacionarse con las mujeres. Una regla importante en estos espacios es aprender a ser un seductor de mujeres. Es en estos espacios donde muchos jóvenes aprenden a hablar de mujeres y a iniciarse en ciertas formas de seducción -como hablarles, chiflarles o piropearles cuando pasan ocasionalmente cerca del lugar. Esta es una forma de demostrar que la masculinidad está siendo bien asumida. Las áreas laborales de los transportes públicos, de los talleres o de ciertas fábricas representan también lugares de socialización principalmente masculina. En los tianguis o mercados también suele suceder que los grupos de hombres hagan reuniones fugaces, pero por lo general el ambiente es más heterogéneo, pues están también presentes tanto niños como mujeres.

Los empleos en otro tipo de ámbitos, como en tiendas comerciales, también pueden presentar juegos competitivos por el desempeño laboral. En relación con la distribución de espacios por género, ahí suelen estar menos marcados. Aunque, en estos lugares predominan las mujeres, no son ellas exclusivamente las que usan ese espacio. En los lugares donde predominan las jóvenes, como algunos talleres de costura, la dinámica no gira en torno a la fortaleza física, sino a la habilidad manual o incluso mental. Por otro lado, los temas de conversación suelen converger sobre las capacidades y atributos poseídos para ser cortejadas por los jóvenes. De esta forma, los trabajos locales adquieren cierta relevancia en torno a las experiencias de socialización y aprehensión de los valores locales. La cultura laboral contribuye a reproducir e incluso exaltar los valores de género. La importancia de señalar este aspecto remite al reconocimiento de que los tipos de trabajo en los que los jóvenes han tenido experiencias contribuyen a la construcción de su identidad personal y social. Como ha señalado Julio Cesar Neffa, el trabajo socializa a las personas y es fuente de inserción social, en la medida en que para buscar un verdadero placer en la actividad del trabajo, es fundamentalmente necesario darle o encontrarle un sentido. Esto, “se logra mediante el involucramiento de la persona con su tarea y con los demás que

forman parte del colectivo del trabajo. De lo contrario esto es sólo fuente de sufrimiento" (2003: 233). Si el trabajo es una fuente de construcción identitaria resulta elemental recordar que los diversos tipos de trabajo se adhieren a sistemas de valores que tienden a clasificarlos mediante la atribución de mayor o menor estatus -según se trate de actividades manuales o intelectuales. En la opinión de Herbert Applebaum, cada sociedad asocia el prestigio con el trabajo. En la sociedad industrial el trabajo es una base para determinar el lugar de una persona en la comunidad. Por ejemplo, en las sociedades dominadas por varones, se otorga mayor prestigio al trabajo asociado con ellos que al relacionado con las mujeres. De la misma forma, en las sociedades industriales modernas, que valoran entrañablemente la educación, el trabajo mental es más prestigioso que el trabajo manual (Applebaum, 1987).

En este apartado hemos destacado la importancia de los juegos culturales empleados en los espacios laborales, tales como la competencia socio-laboral, los rituales de paso, y la exaltación de los valores de género.

3.2.4. El espacio barrial

Finalmente nos referiremos a la dinámica de los juegos en el barrio. De hecho, el barrio agrupa algunos aspectos culturales como los que hemos mencionado, pues la vida familiar, escolar y laboral suele traslaparse con la vida barrial. Para Pierre Mayol, el barrio emerge como un producto de la vida cotidiana donde se articulan los comportamientos y los beneficios simbólicos esperados. En esa lógica representa el lugar donde se manifiesta un compromiso social, un arte de coexistir con los interlocutores, "a los que nos liga el hecho concreto, pero esencial, de la proximidad y la repetición" (1994: 6). El usuario del barrio se convierte en socio de un contrato social que se obliga a respetar, mediante un "saber hallarse" y un "ser conveniente", a fin de que la vida cotidiana sea posible. Esta dinámica de coerción, sin embargo, representa para el usuario la certeza de ser reconocido, "considerado" por el entorno, aspecto que le permite cimentar una relación de fuerzas en las diversas trayectorias que recorre (ídem).

La descripción elaborada se apoya en observaciones sobre las redes sociales juveniles de este lugar. De los diversos ámbitos de socialización barrial existentes destacan los lugares de esparcimiento y desenvolvimiento público como son los videojuegos, las tiendas, las esquinas y la calle en general. En las áreas urbanas populares las prácticas de esparcimiento de los jóvenes en los espacios públicos se reinician desde muy temprano en la adolescencia. Las características de la familia tienen un papel importante en este proceso, principalmente en el grado de autoridad y protección hacia los hijos, derivado en muchos casos de la concepción que guardan estas sobre el espacio barrial. Sin embargo, la mayoría frecuentan lugares donde hay videojuegos, como las tienditas; especialmente por la tarde, cuando han retornado de la escuela. En los lugares donde hay mayor actividad comercial, debido a la concentración de pequeños negocios como farmacias, pequeñas fondas, tiendas, tiendas de regalos, de películas, etc., los videojuegos tienen presencia, incluso en establecimientos exclusivos. Estos lugares funcionan como espacios de reunión y sociabilidad de los adolescentes donde se aprenden, aparte de los videojuegos, los juegos verbales. Algunas adolescentes mujeres también asisten a estos lugares. Por las tardes, estos espacios son ocupados por adolescentes que aún portan sus uniformes de la secundaria. Por las noches, estos espacios se tornan más juveniles y la actividad del lugar no necesariamente está dirigida a los videojuegos, sino a compartir y buscar experiencias de diversión. Estos espacios y la calle en general se tornan en lugares de expresión juvenil mediante un proceso de apropiación de espacios que deriva en la progresiva privatización del espacio público (Mayol, 1994).

Los espacios de socialización juvenil generalmente actúan como lugares para buscar relaciones de pareja. En este sector, la calle es uno de los espacios por excelencia para estos fines. Hay que mencionar que en este lugar no existen plazas públicas o lugares similares. En su ausencia, la calle retoma la función de plaza pública donde los jóvenes se exhiben en la búsqueda de interacción con otros, con la finalidad de divertirse y/o buscar pareja, siempre en compañía de al menos otro joven más.

Entre semana, cuando los jóvenes vuelven de la escuela o del trabajo, normalmente permanecen un lapso de tiempo en sus hogares y por la noche salen a buscar a un amigo -algunos hombres a su novia- para pasar el rato[41]. Estas actividades de esparcimiento por las noches varían desde andarse paseando por las calles y lugares como los videojuegos o las tiendas, y establecerse en una esquina cercana a sus viviendas. Las parejas de novios suelen pasearse por las calles, consumir artículos efímeros –normalmente alimentos-, o estar un rato frente a la puerta de la vivienda de la novia: en ocasiones suelen salir a otros lugares cercanos, como al municipio de los Reyes la Paz o a Texcoco, para buscar entretenimiento. Normalmente las actividades de esparcimiento de los jóvenes entre semana transcurren en el ámbito local.

Algunas de las actividades realizadas en grupo, expresan ciertos comportamientos de juego que caracterizan a estos jóvenes:

> De todos los chavos [amigos], na' más una estudia, los demás trabajan, una está en su casa, y pues el coto es chido, vamos pa'cá, vamos pa'llá, o sea no nos estamos en un solo lugar. Ya nos vamos a Chimalhuacán [a la plaza], si no a la Bodega [Aurrerá], a Elektra. O sea no nos quedamos en un solo lado. [E: y ¿les gusta andar de noche, de día o a cualquier hora?] no, pus a mí me gusta más de noche. […] Pues en la bodega, vamos a comprar películas, vamos a comprar pues la botana que siempre nos echamos diario. [E: al tianguis…] No, pues al tianguis, bueno yo al menos no puedo ir, por lo mismo de mi trabajo, pero pues sí hay veces que van. Dicen que sí se la pasan chido, van *echando relajo*. (Miriam, 17 años, con preparatoria incompleta)

> Pues, no estamos en un solo lugar, siempre que dicen vamos a dar una vuelta nos vamos de aquí a Chimalhuacán y de vuelta. Y pues todo el camino es cotorreando y como, ora sí, como diciendo ora sí, cotorreando con la gente. Y pues este, cómo te diré, o sea pasan y de que, o sea cada tontera que dicen, o a lo mejor y decimos nosotros, para nosotros es de que: un aplauso… Nos ponemos a aplaudir ahí como locos. […], a lo mejor y han de decir, pinches chamaquitos payasos, o locos ¿no? Pero es como dicen prefiero que me digan loco a que me digan amargado. (Rosa, 21 años, con primaria completa)

Una de las reglas importantes observadas en los discursos dentro del grupo de pares en el barrio es la disposición al "relajo", al bullicio o al "desmadre". Las muestras de apatía o desinterés en estos juegos pueden despertar suspicacias en el grupo, con respecto a cómo se asume la pertenencia, es decir a la disposición de sus miembros por pertenecer al grupo. La negativa de un joven a salir con los

[41] Es necesario reiterar que nos referimos a quienes estudian o trabajan en la región, y principalmente a quienes sólo trabajan.

amigos puede ser una fuente de suspicacia sobre el distanciamiento del grupo[42]. Otra fuente de duda sobre la participación activa de un miembro resulta de la escasa habilidad para mostrase carismático, divertido o "desmadroso". Los jóvenes que no encuentran aceptación plena por estas cuestiones, suelen encontrarse sujetos a una presión grupal para cumplir con esta característica. Las prácticas valoradas en cada grupo suelen ser diversas, desde bromas "inocentes" hasta actividades que rayan lo delictivo. Pero es la disposición al "relajo" lo que se presenta como una regla general en los grupos juveniles de este sector.

Entre los juegos de estos grupos juveniles se advierte una similitud con los que se efectúan en los espacios escolares y laborales, que no tienen relación con la actividad escolar o productiva, sino más bien con el desempeño social en el espacio público. Estos son principalmente los referentes al rol de género. Desde esta perspectiva, destaca la violencia latente en las interacciones cotidianas entre los jóvenes. En el espacio local, la construcción de la masculinidad se relaciona con la fortaleza y la violencia física. Esta característica es frecuentemente asociada a la condición de subalternidad de estos sectores. Algunos estudios realizados en Centroamérica sobre la construcción de las subjetividades masculinas en clases subalternas convergen en la existencia de un modelo predominante de hiper-masculinidad, construida bajo moldes que privilegian las imágenes de virilidad-fuerza y coacción. (Selby, et al., 1994; Urrea-Giraldo y Quintín-Quílez, s/f). Estos elementos se hallan combinados con la afirmación de subordinación de las mujeres a la esfera doméstica, siempre al servicio de los hombres, y con discursos recurrentes homófobicos; en casos extremos, con acciones de violencia ejercidas en contra de las mujeres y hombres que se apartan del patrón de comportamiento.

Algunos de nuestros jóvenes han aprendido que la "ley del más fuerte" reina en muchos espacios de la calle y que en ocasiones tienen la necesidad de involucrarse en esta lucha, porque es el entorno donde se vive:

> Pues ya pues más o menos te defiendes ¿no? [Tienes que ser] medio agresivo. Sí, pues viviendo con la… cómo puedo decir, con la mierda, pues te acostumbras ¿no? A

[42] Este es uno de los dilemas que mencionan nuestros informantes que se encuentran estudiando en la ciudad, principalmente a nivel superior.

convivir ¿no? pues te tienes que ir acostumbrando porque si no muchas de las veces así se agandallan contigo. [Alberto, 19 años, con preparatoria completa]

El ámbito de la violencia, aparece como en este caso ya no entre paréntesis, como en los juegos grupales, lo cual da un sentido práctico a los juegos violentos en la sociabilidad masculina. Estos fungen como ensayos para desempeñarse en un entorno social en el cual las probabilidades de enfrentar conflictos reales son muy altas. La conflictividad del espacio público está asociada también a las prácticas de territorialidad desarrolladas por los grupos de jóvenes (Reguillo, 2000). La apropiación de ciertos espacios públicos suele ser una forma de afirmación del grupo, y concurrentemente un factor de conflicto con otros grupos[43].

Simultáneamente con las prácticas de violencia cotidiana coexisten otras actividades más. Dentro de los grupos conformados por un sólo género las conversaciones y pasatiempos se perfilan a ostentar las habilidades de ligue. Es preciso comentar que dentro de los grupos de jóvenes que se desenvuelven en este ambiente es difícil encontrar a jóvenes que estudien fuera del lugar, y aún menos estudiantes del nivel superior. Estos grupos están compuestos esencialmente por jóvenes que laboran o estudian en la misma zona.

Existen obviamente otros tipos de juegos, que son literalmente juegos, donde se fomentan valores de la cultura local, como son el billar o los partidos de fútbol en la calle, etc. Los fines de semana las actividades de esparcimiento suelen ser las fiestas locales, como bodas o festejos de quinceañeras, las cuales son conocidas como “tocadas”, o “toquines”. Frecuentemente hay en estas fiestas conflictos entre jóvenes, o grupos de ellos, de distintos barrios. A esos jóvenes también les gusta asistir a discotecas de los alrededores. En la región existe un centro de espectáculos, donde cada mes o dos meses se presentan grupos de música tradicional popular, norteña principalmente. Este lugar cuenta con una gran aceptación por la mayoría de jóvenes –es uno de sus principales lugares de esparcimiento-, los cuales acuden cada que se presenta la oportunidad, para lo

[43] Algunos jóvenes optan por portar armas; es frecuente en esta región escuchar por las noches disparos de armas de fuego. Las principales causas de muerte entre los jóvenes de este lugar están asociadas a los conflictos personales.

cual mencionaron ahorrar dinero. En este lugar también hay conflictos violentos entre jóvenes.

Otra actividad es la asistencia al cine, aunque con menor frecuencia. Los cines más cercanos también se encuentran en municipios vecinos, los cuales quedan a una distancia de aproximádamente 45 minutos. Es decir, las actividades de esparcimiento y diversión para los jóvenes durante los fines de semana son, aunque limitadas, variadas, y representan una dimensión clave de la sociabilidad juvenil local:

> Pues nos vamos a las tocadas, a los toquines de por aquí. Nos vamos aquí abajo al rodeo, al tequila… Es como disco, es como una disco, o nos vamos al "Abuelo" también, pero ahí sí es muy de vez en años. [Gabriel, 18 años, estudiante de preparatoria]

> A cotorrear sí, irnos, por decir, a las discos, a los rodeos, bueno con los valedores que me junto de aquí del mercado pues es puro rodeo, pura música norteña, banda, es lo que nos late. Y cuando hay bailes estamos, por ejemplo ahorita que estoy acá en el mercado, ya llega un baile: qué onda pues 'amonos al baile. Pues papas vamos. ¿A qué horas? A tal hora te veo. Ya nos vamos al baile y llegar hasta el otro día. Bueno en la madrugada ¿no? ya. No, sí hasta el otro día a las seis de la mañana. [Rodrigo, 24 años, con secundaria completa]

Otro elemento importante a resaltar es el de los códigos relativos a la forma de vestir, la cual está sujeta en gran medida por las actividades laborales y escolares de los jóvenes. Sin embargo, la vestimenta no sólo identifica determinadas actividades personales, sino también ciertas actitudes personales. Así por ejemplo, se puede distinguir por su vestimenta si alguien es trabajador manual, de oficina, etc., como pueden señalar los términos de "trabajador de cuello azul" y "trabajador de cuello blanco". De la misma forma se derivan las identificaciones entre un trabajador y un estudiante. Pero lo que nos interesa destacar es la forma en que los jóvenes tienden a delimitar su vestimenta respecto a los códigos grupales. El colectivo de amigos es un agente que ejerce presión hacia la normalización de sus integrantes y una de las dimensiones de esta normalización es la vestimenta. Estos códigos suelen estar asociados a las identificaciones de clase y en esa medida expresan una ideología del grupo:

> Digamos su forma de ser de Memo, como que es un poco fresita… Ajá, combina mucho su ropa… Y siempre o sea na' más es como diciendo, una botana hacia los demás chavos… [Rosa, 21 años, con primaria completa]

El grupo de pares en el barrio contribuye fuertemente en la adopción personal de elementos identitarios generando afinidades grupales que pueden ser importantes en las trayectorias futuras. En un grupo de amigos del barrio es muy probable que sus integrantes tengan empleos más o menos parecidos, más o menos el mismo nivel de escolaridad, gustos similares -en cuanto al arreglo personal, la música, las diversiones y las parejas. Las relaciones de pareja también se configuran tomando en cuenta estas afinidades, pero un elemento importante lo constituye el tipo de actividad laboral (o educativa) que desempeñan ambos. Las visiones románticas de los jóvenes a veces asumen que no importa el nivel de estudios ni el tipo de trabajo, o en general la posición socioeconómica, para establecer relaciones de pareja. Pero los juegos culturales tienden a establecer dinámicas sociales en las que estos aspectos se corresponden totalmente.

En este apartado hicimos referencia a los elementos de la cultura barrial, que presumimos adquieren importancia para el análisis de las disposiciones de los jóvenes en torno a la exclusión e integración social. Los elementos de la cultura barrial que subrayamos en los grupos de amigos son la disposición al relajo, el esparcimiento local y las afinidades grupales.

En este sub-capítulo (3.1) presentamos algunos de los juegos culturales en los que se involucran los jóvenes que han sido socializados principalmente en la zona de estudio, es decir, aquellos que han tenido una experiencia cotidiana esencialmente en el espacio local y que conservan prácticas de sociabilidad también locales. Como veremos en el capítulo cuarto, estas condiciones de socialización adquieren una relevancia imprescindible en la comprensión de la construcción de sentidos de integración y exclusión social a partir del significado asignado al trabajo y al estudio, así como a los espacios de pertenencia. Pero antes de pasar al siguiente capítulo es necesario explorar algunos aspectos de la socialización de aquellos jóvenes que por motivos de trabajo o estudio han ingresado a otros espacios sociales, específicamente en la Ciudad de México.

3.3. Espacios y juegos culturales extra-locales: la sociabilidad externa

En el apartado anterior describimos parte de los ámbitos de socialización local que valen también para los jóvenes que han experimentado sociabilidades en la ciudad. Aquellos ámbitos son válidos principalmente hasta los estudios de secundaria de quienes aun estudian y hasta edades posteriores para quienes ahora trabajan. Antes de iniciar el análisis es importante señalar que nuestros informantes que estudian en la ciudad han permanecido inmersos por mayor tiempo en estas experiencias de sociabilidad externa. En cambio, quienes tuvieron esta experiencia por motivos laborales, actualmente trabajan en su mismo lugar de origen o muy cerca de la región. Es decir, es importante adelantar que la actividad del estudio representa una experiencia más sistemática en la sociabilidad externa para el grupo de jóvenes a quienes hacemos referencia en este apartado. Con esto señalamos que es menos probable que quienes trabajan en la ciudad lo hagan por mucho tiempo, debido a que sus trabajos son normalmente eventuales. Por otro lado, debemos comentar que de nuestros siete informantes clasificados en este grupo las mujeres se dedican a estudiar y los hombres hacen una u otra cosa en la ciudad.

La clasificación que hacemos para este grupo se basa en la importancia que han tenido las experiencias obtenidas en los espacios laborales o escolares en la ciudad. Esta importancia se debe principalmente a la cantidad de tiempo que se ha invertido en esas actividades en gran parte de su juventud. La sociabilidad extra-local o externa representa una especie de posición de bisagra entre dos espacios sociales que incide significativamente en las percepciones y experiencias de la vida cotidiana.

En este apartado integraremos también la noción de juegos culturales para explorar aquellos ámbitos culturales en los que se ven involucrados estos jóvenes. Tratamos de evidenciar así las diferencias existentes entre estos juegos con relación a los que se desarrollan en el ámbito local.

3.3.1. La escuela en la ciudad

Los jóvenes que estudian en la ciudad lo hacen por lo general a partir del nivel medio superior, en la actualidad la mayoría son mujeres. Ellos han experimentado, en el transcurso de estas experiencias, diversas situaciones culturales que guardan cierta distancia con la cultura de sus localidades. En los espacios escolares medios y superiores de la ciudad los jóvenes se insertan en nuevos juegos culturales para integrarse a la vida social en un nuevo ámbito. En primer lugar consideramos el impacto que genera el cambio de sistema educativo entre la secundaria y la preparatoria. Al igual que los jóvenes que experimentaron este trayecto en la misma región, estos reconocen mayor rigidez en las instituciones de educación preparatoria. Lo cual se refleja en la disminución de promedios de sus primeras evaluaciones. Este hecho da pie al reconocimiento, por parte de estos jóvenes, de nuevas pautas culturales que se expresan en el juego sobre el rendimiento escolar, el cual aparenta tener importancia para el reconocimiento de pares en este sector. Los bajos promedios de algunos son en muchas ocasiones objeto de burlas y estigmatizaciones, principalmente por los recién llegados a la preparatoria:

> O también luego los de primero, como la mayoría como, es en la Voca que te piden más aciertos, o sea, te piden cien aciertos para quedarte ahí ¿no? Ps ya, ps la mayoría llega con buenos promedios de la secundaria. Y ya entran ahí y este, los de primero, pues sí luego ven las listas de TS, se empiezan a burlar de nosotros, que no ps que seis, cuatro, tres… y ya cuando entran, yo al primer semestre también andaba viendo ahí las listas que tres que eso… y es cuando aprecian ya los seis, porque sí es lo más que sacas en el extra ese seis ¿no? Y es cuando entienden. Pero te digo así que todos entramos acá como que, no, pues nueve, ocho acá de la secu ¿no? Y ya entramos ahí y no, pues que seis, siete, y ya dices: no… [Miguel, 16 años, estudiante de preparatoria]

Las habilidades intelectuales pueden aparecer como una forma de reconocimiento, como en este caso, en el que los recién llegados juzgan a los estudiantes intermedios de preparatoria por sus bajas calificaciones. El testimonio de este informante apunta a la justificación de los bajos promedios mediante el sistema estricto de evaluación, el cual comienza a valorarse positivamente con el paso del tiempo. Sin embargo, el juego de las habilidades intelectuales o

cognitivas toma importancia en la medida en que la cultura escolar de las instituciones ubicadas en zonas de sectores medios no manifiesta tanta prioridad sobre los juegos violentos como en los sectores populares. Una parte considerable de estudiantes de estas escuelas provienen de familias de clases medias y por lo general no trabajan. Esto resulta importante en la medida en que los estudiantes, varones, no priorizan las demostraciones de fuerza física como un factor de reconocimiento social, sino otras actividades como las deportivas, el rendimiento escolar o el consumo (Guevara-Ruiseñor, 2006). Por otro lado, existe cierta tendencia hacia la flexibilización de los valores de masculinidad tradicional en los niveles educativos profesionales (ídem).

Encontramos que estos jóvenes también tienden a valorar más positivamente a las escuelas de la ciudad que a las de su lugar de origen, al atribuirles un "mejor nivel educativo". En general ellos no estarían dispuestos a dejar su escuela a cambio de ingresar a una de Chimalhuacán:

> Tal vez no porque… o sea si acabo ahí pues creo que es mejor porque por el mismo prestigio que tiene la escuela, porque pues ayuda más ya cuando quiera conseguir un trabajo, y también pues creo que aprendo más ahí en la escuela en la que voy que en una que esté por aquí. Como por ejemplo, con chavos que hablo así de aquí que van en escuelas por aquí; preguntándoles de todo lo que ven en la escuela así… pues ven cosas así que pues yo ya sabía, o cosas así ¿no? y pues creo que sí cambia mucho el nivel que hay allá con el que hay acá. [Miguel, 16 años, estudiante de preparatoria]

Suponemos que la atribución de prestigio a estas escuelas está relacionada con la propaganda oficial y la misma institucionalidad que ostentan, al tratarse de escuelas de carácter nacional, el IPN y la UNAM. Pero otros factores que contribuyen a tales atribuciones son la percepción de la rigidez en el sistema de evaluaciones, la misma enseñanza y el lugar en que las escuelas se ubican. De esta forma, el prestigio de las escuelas no sólo está dentro de la misma, sino también en las relaciones que sostiene con el contexto social a su alrededor. Estas relaciones son señaladas principalmente a partir de la percepción de mayor equipamiento cultural:

> Por ejemplo todo eso de conocer cosas a través de museos y todo eso que te mandan. Pues por ejemplo antes aquí pues nunca hubo una vez así que te mandaran a otro lugar fuera, para que conocieras más cosas. Sino que todo era dentro de aquí. O sea, aquí casi cuando me dejaban así tareas, investigación, este, pues era más del Internet,

así. Y allá pues cosas de investigación ya son más de ir a visitar o algo así… Porque antes aquí, o sea nada más me la pasaba en, en Internet, en la papelería y comprando monografías y así, pues no aprendía nada… [Miguel, 16 años, estudiante de preparatoria]

Un aspecto interesante de la experiencia escolar en la ciudad es que las posibilidades que los jóvenes aprecian para enriquecer su aprendizaje están ligadas no sólo a lugares "culturales" sino también al conocimiento mismo de la dinámica de la ciudad, como el transporte, etc., y los lugares recreativos y de consumo. Este "conocer la ciudad" brinda elementos importantes para el desenvolvimiento personal en los espacios citadinos:

De hecho ni sabía andar en metro. Empecé a conocer el metro cuando fui a la prepa. Entonces sí fue conocer el metro, conocer museos, conocer muchísimas cosas… cines ¿no? Que a veces, aquí nada más tenemos uno cerquitas, Los Reyes, y este pues sí, sí conocí muchas, muchos lugares… [Cintia, 21 años, estudiante de nivel superior]

Dentro de estas experiencias, los jóvenes se van formando percepciones de las desigualdades entre su lugar de origen y algunos lugares de la ciudad. Pero dentro de la misma escuela existen situaciones específicas de percibir la desigualdad, donde ellos mismos se ven involucrados. Nos referimos a una especie de juego de exclusión mediante la diferenciación social. Son dos los principales aspectos en los que estos estudiantes ponen atención: la desigualdad económica y el lugar de residencia. Sus opiniones dan a entender que aunque las instituciones escolares en sí no hacen discriminaciones, en el ámbito de sociabilidad entre compañeros éstas son evidentes:

No yo creo que la universidad, bueno en la UNAM… se caracteriza por eso ¿no? Por cobijar a personas de diferentes lugares. Entonces yo creo que el trato no es diferente. Yo creo que a todos nos sobrecoge de la misma forma. Ahí todos somos iguales, no creo que haya una diferencia. [E: ¿Y entre compañeros?] Entre compañeros sí. […] a lo mejor puedes ver que existe cada grupito, y… todo ¿no? Y clásico así como que les vale ¿no? Pero pues así como que de todo, sí hay como que un, no sé, el hecho de… tú eres de aquí, yo tengo más dinero que tú. A lo mejor, tú eres pobre y yo tengo más posibilidad económica. [Vilma, 22 años, estudiante de nivel superior].

Pues casi todos tienen que carros del año, este. O sea, ps más que nada en lo material sí, como que sí se ve la diferencia luego-luego, los que traen dinero. También pus ahí en la escuela, ps también luego piden material así muy caro, pensando en que ps la mayoría ps sí tiene el dinero suficiente para pagar. Más que nada es eso. […]
Luego a veces si llegan así a hablar, más son las chavas, así, que las fresitas, acá las que nomás se la pasan en compras, luego dicen acá que los del Estado [de México]

> que unos nacos y no sé qué. O también luego los maestros no más empiezan a echar coto con los de Chimalhuacán, acá del Estado nada más empiezan así a cotorrear a veces… con los del Estado. [Miguel, 16 años, estudiante de preparatoria]

Estos juegos de diferenciación social se desarrollan, como señalan los jóvenes, a manera de "cotorreo", de broma o sarcasmo, pero no dejan de tener una fuerte carga emocional. Nuestros informantes recurren a varias estrategias para enfrentar estos señalamientos y estigmatizaciones. El ganarse el respeto mediante la violencia física y simbólica puede no tener efectos tan eficaces. Un tipo de respuesta está dirigida a revalorizar la condición de igualdad desde algún aspecto general, como la condición humana, donde la idea es convencer que "finalmente todos somos iguales". Esta es una de las formas en que ellos tratan de habilitar su integración a la sociedad en la que se han involucrado. Otra de las formas puede ser tratar de diferenciarse o distanciarse de ciertas características que definen en ese contexto su lugar de origen:

> Yo creo que sí porque yo creo que las pautas de cada persona, cada persona pone las pautas de decir pues esto es zona VIP y esto es zona marginal ¿no? Entonces cada persona hace una diferencia, o sea pues las personas no dejan de [no] ser… diferentes porque seas de una zona o porque seas de otra. Finalmente todos somos iguales. [Vilma, 22 años, estudiante de nivel superior]

> Sí, así con mis amigos, cuando iba a la universidad y me dicen '¿de dónde vienes?', digo ah, de allá, ¿no? Dicen, ah donde no pasa Dios, o sea sí, cosas así ¿no? [E: ¿Y cómo hace uno para sobrellevar eso?] Pues una, no los pelas… Pero, o sea como que… tratar de, pues si no de demostrar… ellos al conocerte pues ya se dan cuenta de que, pues no por lo que digan que pasa ahí en donde vives, tú vas a ser así… [Amalia, 20 años, estudiante de nivel superior]

Esta respuesta puede ser entendida en términos de Goffman, como un esfuerzo para la creación de impresiones deseadas mediante la reorientación de los marcos de referencia (1981). Para Goffman la vida diaria se haya enredada entre líneas morales discriminatorias y cualquier definición proyectada de la situación tiene un carácter moral particular. Lo que suscita que el individuo puede sentirse avergonzado en los momentos en que su presentación ha sido desacreditada.

Las prácticas culturales a las que se enfrentan estos jóvenes en sus escuelas son producidas tanto por la misma institución como por los grupos de pares. En este ámbito se proyectan las formas de expresión verbal y las del vestuario. Tanto

las expresiones verbales como del vestuario son factores que contribuyen a la percepción de diferencias culturales entre este espacio y el de las localidades de estos jóvenes:

> Por ejemplo pues ahí ya como que de repente, en la escuela pues ya se da así que usas los términos que ves ahí en la escuela o cosas así y, y por ejemplo aquí si es así como que oyes la conversación de dos chavos y ya oíste ahí en media hora como ciento y cacho de groserías ¿no? Y allá pues sí como que, o sea no dejan de decirlas, o sea de repente sí se salen y las dicen pero no es tan, tan común como aquí. Esa parte… la forma de vestirse también ¿no? O sea por lo mismo también que vas a la escuela, a veces aunque no quieras, te piden ¿no? Así ve bien alineado. Y aquí pues sí cada quien se viste como quiere, que los peircing, el cabello largo y todo y allá como que, o sea no es tan prohibido pero sí como que, por lo mismo de que la mayoría va bien, pues *tienes que integrarte a esa mayoría*. No hay, claro sí hay uno que otro ah que se sale, ¿no? que anda ahí, afuera de, de todo pero sí son pocos. [Cintia, 21 años, estudiante de nivel superior]

El espacio escolar aparece como un entorno que tiende a integrar a los estudiantes mediante la adopción de prácticas y comportamientos específicos que se extienden más allá de lo académico. Sin embargo, un de las vías de integración al medio escolar es el establecimiento de sociabilidades horizontales. Es decir, la tendencia a la conformación de amistades entre jóvenes con características socioeconómicas y culturales similares. Algunos jóvenes tienden a asociarse con otros jóvenes que provienen también del Estado de México, o colonias populares de la ciudad:

> […] yo me empecé a juntar con una chava de Neza. Entonces yo creo que desde ahí como que también se va dando ¿no? Que está así, parecido, estamos casi igual, del Estado, lejos de allá. Entonces pues, aunque haya personas que sí tal vez así de ¡ay, tú de donde vienes! Pues sí hay personas con las que también como que encuentras cosas que te unen... [Cintia, 21 años, estudiante de nivel superior]

Este tipo de asociaciones se establece por afinidades subjetivas en torno a la condición social, pero también y sobre todo como una forma de suavizar la confrontación sociocultural. Es una forma de sociabilidad de solidaridad de clase. Los jóvenes aprenden entonces que para participar en los juegos de reconocimiento social –referente a la diferenciación sociocultural- también es posible establecer relaciones amistosas de horizontalidad social.

Sin embargo cuando estos jóvenes se han involucrado con amistades que poseen otras capacidades de consumo, enfrentar esas diferencias implica mayor dificultad:

> Pues es que es típico ¿no? que si te vas a ir a echar coto, pus necesitas dinero. Hay gente que tiene el privilegio, por así decirlo, de decir: bueno, sabes qué, me quiero ir a echar coto, dame dinero, a sus papás. Y pues como quiera, bueno 'ten, pa' echar coto'. En mi caso no es así, en mi caso es así de que bueno, quieres algo, que te cueste. En mi caso, pues el dinero que me daban era así como de que, pues ten, te gastas tanto de pasaje, y pues acaso te puedo dar tanto para que comas, y pues si te alcanza pa' que te eches coto pues si quieres y si puedes, y si no pus, pues no, o sea no… [Julieta, 18 años, con preparatoria incompleta]

> Pues luego así hay veces así de que pues vamos a comprar, pero así yo no traigo dinero ¿no? Hay veces que sí, así como que sí me quedo así de que ps yo qué. [Miguel, 16 años, estudiante de preparatoria]

En otro nivel, también podemos destacar los cambios que las actividades escolares imponen en el desenvolvimiento de los jóvenes con relación a su comunidad y en específico a sus relaciones de amistad. La extensa demanda de tiempo exigida por la escuela, debida no sólo a las tareas escolares sino también a la gran cantidad de tiempo invertida en el traslado diario a los establecimientos educativos en la ciudad, impide cada vez más practicar actividades de esparcimiento en la localidad. Los jóvenes estudiantes se ven obligados a limitar los contactos con los amigos de la localidad. Principalmente se distancian de quienes no estudian y acostumbran a salir por las tardes y noches a "cotorrear" y a "echar desmadre", es decir a pasar el rato fuera de la casa divirtiéndose con los amigos. Esto, tal como vimos en el apartado anterior, representa una práctica común y central de la sociabilidad local.

> Voy [a la escuela] en la mañana, pero pues también en las tardes así como que no salgo mucho pus ya nomás me pongo a hacer tarea o pus me pongo así que igual a ayudarles en la tienda así. O cosas así o luego voy a ver tele. Pero así de salir y… en la noche así, pues no ya no. [Miguel, 16 años, estudiante de preparatoria]

Este cambio en la estructura de actividades cotidianas locales genera efectos importantes en la integración local con el grupo de pares. En nuestra búsqueda de informantes resultó difícil establecer contacto con un joven -conocido por uno de nuestros informantes- que es estudiante de nivel superior. Una de las causas fue

precisamente la poca disponibilidad de tiempo, pues diariamente salía por las mañanas y regresaba por las noches de la escuela[44].

Los elementos que quisimos mostrar en esta sección son la relevancia de las habilidades intelectuales, el juego de la exclusión mediante la diferenciación social, y el distanciamiento de la sociabilidad barrial. Hemos señalado algunos mecanismos que fungen como estrategias para sostener la pertenencia social en la institución escolar, tales como el establecimiento de sociabilidades "horizontales" y el distanciamiento identitario con los aspectos estigmatizantes del lugar de origen. Exploraremos más adelante cómo estos mecanismos contribuyen en algún modo a la construcción de sentidos de integración a la sociedad en general.

3.3.2. El trabajo en la ciudad

Trabajar en la ciudad es otra de las actividades que promueve ciertas experiencias de sociabilidad extra-local, sin embargo, es importante señalar, que es menos frecuente que quienes acuden a la ciudad lo hagan por trabajo que por el estudio. Por lo general la mayoría de las personas de nuestra zona de estudio que trabajan en la ciudad rebasan la edad de 25 años. Hemos señalado con anterioridad que los jóvenes que abandonan el estudio entrando a la juventud por lo regular se emplean en la región. En este apartado recogemos los testimonios de dos varones que abandonaron la escuela, acerca de sus experiencias de trabajo en la ciudad. Señalamos que aunque también existen mujeres en esta condición la mayoría son hombres.

Trabajar en la ciudad es una experiencia significativa en cuanto al conocimiento de nuevas pautas culturales. El primer punto que queremos señalar es que el espacio laboral se diferencia del escolar por el tipo de relaciones sociales que se entablan con los compañeros o grupos de pares. Hablamos específicamente de los trabajos de carácter manual. A diferencia de las escuelas

[44] Cuando decidimos visitarlo por la noche, nos informaron que estaba muy ocupado o que estaba durmiendo. Suponemos que las disposiciones mismas del joven y las de su madre confluían en el poco interés por salir a conversar en la calle con mi acompañante y conmigo -la madre nos advirtió que su hijo "casi no sale" a la calle.

de la ciudad, especialmente las ubicadas en sectores medios, las relaciones entre pares en los trabajos son menos desiguales en términos socioeconómicos y culturales. El ámbito laboral establece al interior cierta homogeneidad social entre los trabajadores. Por lo tanto, las experiencias de conocer otras formas y prácticas culturales se establece más bien al exterior de la institución laboral, con los espacios sociales en los que se insertan los jóvenes indirectamente mediante el trabajo.

Los juegos culturales dentro del espacio laboral tienden a ser similares a los que se producen en cualquier tipo de trabajo manual. Por ejemplo las habilidades y destrezas para el dominio de herramientas y maquinaria, la demostración de fortaleza física, la masculinización de ciertos espacios y los juegos verbales, etc. Pero en este apartado nos detenemos en observar algunas de las experiencias significativas que los jóvenes tienen de la ciudad vía su actividad laboral. Nos referiremos principalmente a dos aspectos centrales para comprender nuestro problema de investigación. Estos son el establecimiento de las relaciones horizontales de amistad, en términos socioeconómicos, y el contacto con otras formas de consumo.

Las relaciones horizontales de sociabilidad están configuradas directamente por las estructuras laborales, en las que los jóvenes tienen más contacto directo con los otros trabajadores que con los administrativos, los clientes de la empresa o los patrones. Esta estructura de sociabilidad configura también la estructura de las relaciones de amistad. Incluso fuera del lugar de trabajo es poco probable que estos jóvenes establezcan amistades con jóvenes de un estrato social diferente al de ellos. Los testimonios que ofrecen los jóvenes al preguntarles sobre sus amistades en la zona del trabajo muestran la composición socioeconómica de las relaciones de amistad:

> Pues, por ejemplo, con los que venden comida, así con los que íbamos así a comer y todo eso, ps ya nos veían llegar y 'qué onda güey cómo estas, qué onda qué vas a querer' y todo eso. Si, sí también aparte conocí gente que no era de la chamba. Chavas así… ps a las que yo, yo les iba a dejar el producto [en las tiendas] las, las conocí. [Manuel, 24 años, con secundaria completa]

> Sí, empezaba [a hacer amistades], pero trabajaban ahí mismo, o sea, en los locales, pues qué onda, este, ¿no tienes cambio? Y pues ya empiezas a hablarles ¿no? y de

> ahí… no, pues sí. Cámbiamelo ¿no? Y así empiezas a interactuar y, qué onda pues qué haces y… no, pues cuándo vamos a cotorrear y eso… Pero, pues no mucho eh. O sea, yo creo que no porque pues también tienen… de hecho también venían del Estado [de México] ¿no? O sea, venían del estado a trabajar. [Ernesto, 26 años, con secundaria completa]

Las posibilidades de hacer amistad en los trabajos están delimitadas por las mismas estructuras de sociabilidad que se generan en ambientes culturales diferenciados socio-económicamente. A diferencia de lo que sucede en las escuelas, el establecimiento de relaciones de horizontalidad social en el trabajo no se presenta como una alternativa más sino como la más probable, debido a que en estos espacios es difícil la convivencia entre jóvenes de diferentes sectores sociales, menos aún en los mismos rangos.

La persistencia de una cultura popular dentro de los espacios laborales de estos jóvenes retroalimenta muchas nociones en torno a la vida cotidiana. El contacto con la desigualdad social entonces se presenta fuera del espacio laboral. La forma de vivir la ciudad se configura mediante el contacto con la cultura de sectores medios, por ejemplo desde el uso de los espacios públicos conexos a las zonas de trabajo. Sin embargo, ellos no se sienten interesados en integrarse a estos otros espacios, y en esa medida muchos de los aspectos de la cotidianidad citadina no resultan atractivos para ellos. La experiencia narrada de uno de estos jóvenes, que incluso residió por un tiempo en el lugar de su trabajo, es un ejemplo del poco sentido que guarda para él la vida cotidiana de los sectores medios:

> Por ejemplo, cuando estaba viviendo en Coyoacán, este, algo que sí no me parecía era, que *no estás haciendo nada* ¿no? Eh, yo tenía mi trabajo, interactuaba con la gente, interactuaba con el patrón, interactuaba con los compañeros del trabajo. Pero cuando ya se iban todos, pues yo ya me iba a mi departamento ¿no? y pues con quien convives ¿no? con nadie. O sea no está tu familia, *no tienes amigos por ahí*, porque la mayoría son este… de billete ¿no? entonces así como que se comportan de otra forma que tú ¿no? Entonces así como que, sales a la calle y ves puro carro ¿no? van a la nevería y van en el carro ¿no? 'vamos a comprar un helado', y van en el carro, 'vamos a la tienda' y van en el carro, pues a poca gente ves caminando [Ernesto, 26 años, con secundaria completa]

Por un lado, observamos que la ausencia de vínculos de amistad y familiares impide sociabilizar con los vecinos de la localidad. Pero por otro lado, las diferencias de comportamiento profundizan aun más la distancia subjetiva en torno a la integración, que se traduce en la sensación de inactividad. La experiencia

social, en la proximidad espacial con otros sectores, puede agudizar la percepción de las condiciones de desigualdad prevalecientes en la estructura social[45]. Se perciben con claridad las restricciones que se padecen tanto de consumo como de otros aspectos sociales. Se observan también formas de esparcimiento y de consumo distintas a las de su lugar de origen. Esta vía para observar las diferencias sociales también genera actitudes de incompatibilidad para formar amistades, lo que fundamenta su actitud en torno a las posibilidades de establecer amistad con los jóvenes de sectores medios de la ciudad:

> No, [son] muy fresas ¿no? muy juniors, o sea te ven y te ven cómo te vistes y así. […] Y hay gente que porque piensa que te está pagando el trabajo, también piensa que te va a hablar [mal]… pero pues uno también tiene dignidad ¿no? [Ernesto, 26 años, con secundaria completa]

Sin embargo, las posibilidades de contacto con otras formas de vida en la ciudad, que brinda el trabajo, pueden generar también curiosidad por experimentar lo que se siente estar del lado de quienes tienen más poder económico, aunque sea simbólicamente mediante el consumo o el estar en lugares que los jóvenes imaginan son para los "ricos":

> O sea es que estás harto de tragar lo mismo, estás harto de tragar tortas, tacos, tostadas, pambazos, quesadillas, las garnachas ¿no? Estás harto de tragar garnachas. Y de repente, se te antoja algo chido ¿no? Dices: voy a ver que come la gente de dinero. Y ya te metes. Luego había cosas que ni le entendía: Tú tráeme de eso, no hay pedo, 'orita te pago. Y, 'ustedes pidan'. 'Ah sí, igual lo que pidió ese güey'. [Manuel, 24 años con secundaria completa]

Es importante señalar que estos dos jóvenes actualmente trabajan en su comunidad, lo que nos habla de una tendencia a retornar a la dinámica de sociabilidad barrial. Pues como mencionamos antes, quienes trabajan permanecen más integrados a la dinámica del barrio que quienes estudian en la ciudad.

Lo que hemos querido señalar en este pequeño apartado es que la experiencia del trabajo en la ciudad representa para estos jóvenes una experiencia

[45] Diferente a lo que sucede en el mayor aislamiento social de quienes no tienen experiencia de proximidad con otros círculos sociales. En ese caso es menos probable entrar en contacto y visualizar los fuertes contrastes sociales.

muy diferente a la que brinda la actividad del estudio. Las principales características que deseamos destacar son el establecimiento de sociabilidades horizontales, socialmente hablando, delimitadas por la estructura del trabajo, y el contacto con la desigualdad social mediante formas indirectas, no de sociabilidad.

En este sub-capítulo hemos destacado algunos aspectos de la sociabilidad en la ciudad, de los jóvenes, que consideramos importantes para nuestra comprensión de nuestro problema. Tratamos de expresar las diferencias que imprimen las condiciones estructurales del espacio laboral y educativo en las experiencias de sociabilidad de nuestros informantes. Sostenemos que la escuela representa un espacio donde las relaciones sociales entre los pares establecen relaciones entre jóvenes de diversos sectores sociales y con marcos culturales diferentes. En el trabajo sin embargo las relaciones son más horizontales. Por otro lado, el establecimiento de amistades con jóvenes de otros sectores no es tan probable en el trabajo como en la escuela. Finalmente, observamos que la sociabilidad barrial de los jóvenes se ve afectada de diferente forma en la actividad escolar y en la laboral cuando ambas son realizadas en la ciudad.

Este capítulo en general estuvo orientado a desarrollar una presentación de los aspectos simbólicos, contenidos en los juegos culturales, que sirven de base al análisis comprensivo sobre las disposiciones y significados de la integración-exclusión social, para los jóvenes de Chimalhuacán. Aquí tratamos de mostrar los efectos que las condiciones estructurales imprimen sobre las formas culturales bajo las que viven estos actores. La pregunta sobre cómo se configuran las relaciones entre los significados y percepciones sobre el ámbito laboral-educativo y las dimensiones estructurales de la desigualdad social en los jóvenes de Chimalhuacán, puede ser resuelta de mejor forma retomando y conjugando los elementos que hemos analizado en este capítulo. Es decir, buscando las conexiones entre las tramas de significados de los juegos culturales.

Capítulo IV

Los sentidos de la integración social. Indicios de la eficacia estructural de la cultura

4.1 Introducción

En el capítulo anterior presentamos un análisis acerca de lo que he denominado rasgos de la eficacia cultural de la estructura. En este capítulo desarrollaremos los argumentos concernientes a los indicios de *la eficacia estructural de la cultura*. Aquí elaboramos una suerte de tejido analítico de elementos simbólicos para explorar la relación entre la construcción de significados y las prácticas significantes de los jóvenes en torno a la exclusión e integración social. Retomaremos por lo tanto aspectos de los juegos culturales, desarrollados anteriormente, referentes tanto a los espacios de sociabilidad local de los jóvenes así como los de sociabilidad en la ciudad. De esta forma intentamos ubicar el papel de las reglas de dichos juegos, relativos a los espacios familiar, escolar, laboral y barrial, en la constitución de los sentidos de integración y algunos de sus efectos.

El término de prácticas significantes, tal como se utiliza aquí, está directamente relacionado y se basa en el concepto de *habitus* de Bourdieu. Como señalamos en el primer capítulo, para Bourdieu el concepto de habitus hace

referencia a un sistema socialmente constituido de disposiciones estructuradas y estructurantes, adquirido mediante la práctica y siempre orientado hacia fines prácticos. Este concepto plantea el análisis social de la "objetividad del segundo orden", que aparece bajo la forma de sistemas de clasificación, de esquemas mentales y corporales, fungiendo como *matriz simbólica* de las actividades prácticas, conductas, sentimientos, pensamientos y juicios de los agentes sociales (Waquant, 1995). Hablar de habitus, es plantear que lo individual, e incluso lo personal, lo subjetivo, es social, a saber, colectivo. El habitus es entonces una subjetividad socializada (Bourdieu, 1995). Lo que planteamos desde el término de prácticas significantes es una forma de observar la constitución y función de los habitus en una población determinada. De acuerdo con una definición semiótica de la cultura, entendemos a las *prácticas significantes* como la traducción de impulsos subjetivos en comportamientos de carácter discursivo en sentido amplio; es decir, como expresiones simbólicas subjetivas, susceptibles a la interpretación de su carácter pragmático[46]. Las preferencias de los jóvenes por el estudio, por determinado tipo de empleo, por la sociabilidad con determinado grupo, la definición de "los otros" y del "nosotros", etc., constituyen elementos asociados a prácticas significantes que nos hablan acerca de sistemas de disposiciones estructuradas y estructurantes adquiridas por los jóvenes en circunstancias específicas. Por lo tanto, nos referimos al proceso en que las prácticas cotidianas se traducen en prácticas significantes mediante los habitus, ajustados de antemano a las exigencias de un campo y espacio social. En este sentido, una práctica significante puede constituir una expresión de la posición que ocupa un actor en el espacio social.

Para observar dichas prácticas y sentidos elaborados por los jóvenes, nos concentraremos en un tipo particular de ellas: las relacionadas con el estudio y el trabajo. Partimos de la hipótesis de que la juventud sobre la que realizamos el

[46] No obstante, en esta perspectiva semiótica suponemos que "El lenguaje y las representaciones simbólicas tienen un papel fundamental en la construcción de los procesos y las prácticas sociales, pero estas prácticas tienen dimensiones fácticas y extradiscursivas que no se pueden reducir a su dimensión textual si no es cayendo en un pansemiologismo estéril e idealista" (Callejo y Alonso, 1999: 67).

estudio, en la medida en que tiene posibilidades de socialización relativamente heterogéneas, construye y expresa sentidos diversos de la integración social. Para analizar tanto el proceso de construcción de estos sentidos como su contenido y sustancia, consideramos dos características claves en el grupo de jóvenes estudiados: la condición de género y el tipo de sociabilidad al que han estado expuestos. Como veremos en el transcurso del análisis hombres y mujeres presentan similitudes, pero también matices y contrastes en sus prácticas y sentidos en torno a la integración / exclusión social; lo mismo ocurre entre jóvenes con una preeminente y casi exclusiva sociabilidad local (dentro de la comunidad) y aquellos con experiencias de sociabilidad extra-local o externa (en la ciudad). Ambos ejes establecen una ruptura en cuanto a la construcción de significados vinculados a la exclusión social y por lo tanto en la generación de expectativas de integración.

La organización de este capítulo retoma estos dos ejes analíticos en dos apartados diferentes. Estos representan enfoques analíticos de fenómenos traslapados y su separación se justifica únicamente con fines interpretativos. Un apartado final integra una interpretación en torno a las construcciones de significado y predisposiciones de los jóvenes sobre su pertenencia social.

4.2. Matices de género y disposiciones socio-culturales en torno al estudio y el trabajo

La emergencia de la categoría de género en los estudios sociales ha representado un impulso importante en el desarrollo de su investigación, planteando nuevas problemáticas y áreas de estudio en las últimas décadas. Principalmente, esta literatura académica ha puesto de relieve los múltiples factores y espacios de dominación de la cultura patriarcal. En otro momento, hemos asistido también al surgimiento de literatura que reivindica el estudio de las masculinidades como una forma de complementar los estudios de género. En general, la emergencia de la categoría de género en la producción académica ha

repercutido en reflexiones desde los ámbitos históricos, políticos, económicos, culturales, sociológicos y psicológicos. De cualquier forma, lo que nos interesa retomar de este conjunto de estudios es la noción más general desarrollada sobre la categoría de género. Éste es concebido como: la construcción o fabricación sociocultural de las diferencias sexuales, que implica procesos complejos entre la construcción de identidades, la constitución de roles, normas y las diferencias sociales derivadas de ello (ver por ejemplo Rubin, 1986; Scott, 1990 y De Barbieri, 1992).

En este estudio miramos hacia la condición de género por representar un factor clave en la constitución de las prácticas significantes. Queremos, principalmente, centrar el análisis más en las diferencias que en las desigualdades[47] entre géneros. Por ello, priorizamos la mirada sobre las diferencias de las prácticas cotidianas entre las y los jóvenes. La categoría de género nos es útil en dos aspectos: para observar las distribuciones de las prácticas sociales entre las y los jóvenes (como el trabajo y el estudio). Y en segundo lugar para observar las particularidades de construcción cultural de los géneros en un sector popular urbano, el de Chimalhuacán. Partiendo de esta delimitación, podemos abordar las formas de significación, las disposiciones y expectativas, preferencias de tipos de trabajo, del estudio y de pertenencia a círculos sociales, contenidas en las prácticas significantes de ambos géneros.

Partiremos de un aspecto particularmente relevante observado en campo y confirmado por diversas estadísticas, referido a la distribución por género de los estudiantes de nivel superior. Las escasas posibilidades en campo para establecer contactos con varones estudiantes universitarios nos hizo suponer que nos enfrentábamos a un dato relevante con dimensiones estadísticas. En efecto, las cifras estadísticas muestran que existe una distribución desigual entre hombres y mujeres estudiantes universitarios en el municipio. El cuadro 5 muestra las tendencias de instrucción superior de los jóvenes de Chimalhuacán en el año

[47] El señalamiento interesante de García-Canclini (2004) podría ir también en este sentido. Las diferencias no representan necesariamente desigualdades (inequidades) sociales en la estructura, aunque este autor también señala la posibilidad que las diferencias impliquen una suerte de ocultamiento de las desigualdades.

2000. Lo que interpretamos con base en estos datos es que, contrario a las tendencias que muestran las estadísticas nacionales y estatales (por ejemplo en los estudios de Camarena, 2000 y Navarrete, 2001), en Chimalhuacán son las mujeres quienes parecen acceder en mayor medida que los hombres a la educación de nivel superior. Observamos que para el año 2000 las mujeres de entre 30 y 34 años que aprobaron uno o más grados de educación superior son minoría en comparación con los hombres respecto al mismo indicador. Lo cual demuestra que al menos en los doce años anteriores al levantamiento de este censo el nivel de instrucción superior en los hombres era más alto. Sin embargo, concentrándonos en el grupo de edades de entre 18 y 20 años, observamos que la tendencia se revierte.

Cuadro 5. Población de Chimalhuacán 18 a 29 años, por sexo y edad, y su distribución según nivel de instrucción, desagregando los grados aprobados en el nivel profesional

		DISTRIBUCIÓN SEGÚN NIVEL DE INSTRUCCIÓN							
	POBL. 18 AÑOS Y MÁS	SIN INS-TRUCCIÓN SUPERIOR	1 GRADO	2 GRADOS	3 GRADOS	4 GRADOS	5 GRADOS	6 Y MÁS GRADOS	MAESTRÍA Y DOCTORADO
Hombres									
Total	126549	120231	830	757	1045	1545	792	61	185
18 años	5490	5372	88	-	-	-	-	-	-
19 años	4542	4341	98	75	-	-	-	-	-
20 años	4832	4536	106	81	73	-	-	-	-
21 años	4049	3749	71	74	80	37	-	-	-
22 años	4915	4569	75	66	83	51	27	-	4
23 años	4771	4428	42	58	86	90	30	3	3
24 años	4585	4268	41	46	78	85	24	0	9
25 - 29 años	20244	18948	98	136	230	407	214	10	35
30 - 34 años	18269	17289	95	93	139	291	148	9	36
Mujeres									
total	133084	127745	704	704	859	1321	495	30	101
18 años	5381	5222	124	-	-	-	-	-	-
19 años	4791	4527	130	92	-	-	-	-	-
20 años	5151	4745	127	122	102	-	-	-	-
21 años	4339	3966	77	88	95	69	-	-	-
22 años	5297	4891	50	85	112	85	29	-	3
23 años	5020	4662	33	57	83	110	31	1	9
24 años	4838	4539	25	40	49	112	31	1	3
25 - 29 años	22000	20838	72	108	201	402	165	11	26
30 - 34 años	19850	19146	29	49	84	240	105	8	23

Fuente: INEGI, XII Censo General de Población y Vivienda 2000

Por un lado, del total de jóvenes que asisten o han asistido a la universidad, el 57.2% son mujeres, frente al 42.8% de hombres. Por otro lado, siguiendo con este mismo grupo de edad, mientras el 3.5% de los hombres han alcanzado al menos un año de educación superior, en el caso de las mujeres este porcentajes es leve, pero significativamente superior, 4.5%. De ahí podríamos deducir que existe una tendencia a una mayor instrucción del género femenino en el municipio en general[48]. Pero la cuestión a explorar es por qué en este contexto más mujeres que hombres acceden a los niveles de educación superior.

Para reflexionar sobre ello nos apoyamos en el papel de la ideología[49] familiar de este sector y de la sociabilidad barrial de sus jóvenes. Nuestra investigación nos permite sugerir que al menos en esta región de la ciudad, los cambios en la ideología familiar, respecto al futuro de las hijas, es un factor cuya contribución es fundamental para entender esta mayor participación femenina en la educación superior. Por un lado, el proceso de desarrollo social durante las últimas décadas favoreció el incremento de los niveles educativos de los sectores populares, particularmente en áreas urbanas. Por otro lado, suponemos que la apertura ideológica en cuanto a los derechos de la mujer, jugó un papel importante en la medida que tendió a homologar la valoración, al menos en las zonas urbanas, sobre el derecho a la educación para ambos géneros. En la actualidad es poco probable encontrar familias que no estén dispuestas a educar a sus hijas. El hecho de que en Chimalhuacán las jóvenes estudiantes universitarias sean mayoría está relacionado directamente con este cambio de ideología. Este cambio ideológico, sin embargo, no explica por sí mismo el fenómeno señalado, opinamos que los valores locales en torno al género también tienen fuertes implicaciones.

[48] Otra interpretación posible puede ser (con relación a los jóvenes de entre 22 años y más, donde los hombres son mayoría) que los jóvenes estudian la universidad cuando son mayores.

[49] No nos referimos a su acepción política desarrollada en la tradición marxista. Usamos el término de ideología desde su acepción cultural más general, como el conjunto de ideas y creencias de un grupo social, en este caso la familia de los sectores populares urbanos, sobre aspectos constituyentes de su realidad social. En el capítulo 3 exploramos parte de ella, sobre la que destacamos la existencia de una autoridad familiar, la distribución de obligaciones por género y la reciprocidad económico-moral.

En el trabajo de campo establecí contacto con dos familias jóvenes, cuyos hijos (tres hombres en una y tres mujeres en otra) son de las mismas edades, entre trece y veintiún años -de hecho los jefes de ambas familias son hermanos. En la actualidad la familia cuyas hijas son todas mujeres, mantiene a todas ellas en la escuela, dos en educación superior. La familia de los hombres solo mantiene dos hijos estudiando, el mayor de 21 años abandonó los estudios desde la secundaria, iniciando su vida laboral como chofer de bici-taxis y de combis, entre otras cosas. El segundo hermano, quien fue uno de nuestros informantes, está por terminar la educación preparatoria y entre sus planes mediatos mencionó el postergar sus estudios un año para dedicarse al trabajo:

> Pues, ahorita, tengo el plan, sí se podría decir plan de vida de trabajar un año. O sea ahorita no meterme a la universidad, trabajar un año y de ahí sacar para un negocio familiar ¿no? del cual pueda salir una feria, para no darle tantos gastos a los papás… (Gabriel, 18 años, estudiante de preparatoria)

Un dato interesante lo constituye el hecho de que la familia cuyos hijos son todos varones posee mayor capacidad económica que la de las mujeres. Gabriel, miembro de esta familia, señala la disminución de gastos de sus padres como una justificación para abandonar la escuela. Sin embargo, cabe preguntarse por qué sus primas no muestran una actitud similar, incluyendo que su familia posee una posición económica más crítica. La justificación del abandono escolar desde la reciprocidad económico-moral hacia los padres es un aspecto importante, señalado también por mujeres que desertaron de la escuela. No obstante la carga identitaria con respecto al rol masculino, es decir el hecho de que este joven y su hermano son varones, constituye otra condición que culturalmente moldea la decisión de optar por el trabajo y postergar los estudios o en su defecto abandonarlos definitivamente. Es muy probable que la familia de este joven acepte en poco tiempo su decisión, y disminuya sus presiones para que él continúe estudiando, en cuanto obtenga un empleo tal como sucedió con su hermano mayor. El sentido de esta práctica se asocia con el valor que las familias de estos sectores depositan sobre el desempeño de los hijos varones en los espacios públicos y laborales a diferencia de las hijas:

> Como que en el hombre sí es así de, bueno, yo lo vería en mi familia que en mi hermano… pues, si quieres… [ir a la escuela]. Aunque también le daría un poquito de coraje a mí mamá, así de, bueno ya te pagué tanto para que nada. Es que en mi familia sí… te digo, de parte de mi papá siempre ha sido, o sea su ideología así de que quería que su hijo trabajara y yo no. O sea esa siempre ha sido su ideología así de que él deseaba que mi hermano trabajara y yo estudiara… Pero por parte de mi mamá, si ha sido diferente y así como que más igualitario para los dos. (Cintia, 21 años, estudiante de nivel superior)

Es en especial la función normativa del padre, jefe de familia, lo que ejerce la aprobación de estas disposiciones, aunque en muchos casos la madre también contribuye. Esta ideología desde la autoridad familiar contribuye también a la conformación y permisibilidad de expectativas de los jóvenes en torno a su desempeño social. Por ejemplo, el poseer solvencia económica y la posibilidad de tener contacto con mujeres es una condición que se aprueba, e incluso que se estimula desde temprana edad para los hijos varones.

> Si lo vemos a nivel más personal mi papá sí es así de, Mario debe de traer dinero ¿no? O sea mi hermano. Por parte de mi papá si es así de, él debe de traer dinero, o él debe de salir con las chavas. O sea cosas así de… Bueno esos son pensamientos de mi papá. Y la mujer encerrada ¿no? Nada más en su escuela y ya. (Cintia, 21 años, estudiante de nivel superior)

La construcción histórica del rol masculino como proveedor subyace en esta sociedad, especialmente en las personas adultas que provienen de una familia de tipo tradicional. Esta visión implica una división sexual del trabajo y del desempeño social. Esto contribuye a reproducir una distinción entre el hombre para la calle y el trabajo, y la mujer para el hogar y la escuela. Los efectos de esta distinción suelen expresarse en otras prácticas juveniles al margen de la actividad escolar o educativa, que sin embargo guardan relación con las disposiciones por ambas. La constitución del habitus masculino en los jóvenes de este sector social (y tal vez de otros) incorpora la práctica de procurar ingresos propios para construirse como varones. Frente a los amigos, es “conveniente” llevar “unos pesos en la bolsa” para demostrar su virilidad, y entre otras cosas consumir artículos que fungen como símbolos de adultez y masculinidad, como cigarros, cervezas, etc., además de ropa y calzado. Pero por otro lado, estas actitudes son significativas en la presentación de sí mismos como pareja disponible frente a las mujeres, ya que se asocia con la capacidad de generar ingresos. Disponer de dinero representa para

un joven estar en condiciones para pretender a una mujer, es decir de “buscarse una novia”.

No obstante, esta capacidad de solvencia económica para establecer relaciones de pareja no es tan necesaria para las mujeres, aun en el caso de quienes no estudian. Veamos. La juventud constituye en los hombres solteros una etapa crítica de tensión entre el estudio y el trabajo, que puede experimentarse diferencialmente según el género. Los testimonios de un joven sobre su experiencia al sostener por poco tiempo ambas actividades y la opinión de una joven estudiante sobre el valor del dinero para los hombres ejemplifican la tensión entre el estudio y el trabajo a partir de la situación masculina en la juventud:

> Después (de entrar a la preparatoria) ya me empezaron a dar ganas de trabajar y de decir pus tengo mi propio dinero. Igual ya sabía que no iba a contar yo con todo ese dinero ¿no? Pero en esa edad pues te las ingenias ¿no? Le echas un choro a tu papá o a tu mamá: pues sabes qué, es que necesito ahorita dinero ¿no? Yo qué sé, para algún examen ¿no? Pus ya no te quitaban tu dinero ¿no? Pero pus eso lo ocupabas igual para el desmadre ¿no? Para irte al cine, para invitar a alguna chava a tomar un helado o invitarla a la feria. (Gabriel, 18 años, estudiante de preparatoria)

> Cuando empiezas a trabajar dices chin, pues aquí esta el dinero y si estudio no tengo dinero, nada más es lo que me den mis papás para mis estudios. Y como que sí es más visto que el hombre debe de traer dinero. A veces uno mismo como mujer lo exige ¿no? así de… más a esa edad que estás queriendo dinero y si ya tienes una novia y todo… ‘Y es que la tengo que invitar allá y la tengo que invitar acá’. Y estando en la escuela sí es así de, pues a dónde la invito si no tengo dinero. (Cintia, 21 años, estudiante de nivel superior)

De manera consistente con estos contrastes, puede observarse también que cuando las mujeres estudiantes expresan su deseo por trabajar, éste no se justifica a partir de la posibilidad de “invitar a salir” a sus parejas, sino por los gastos escolares o por apoyo a la familia. Es decir, a ellas no les tiene tan preocupadas la solvencia económica para salir con sus novios, y más aún, no es una condición para conseguir pareja. Las jóvenes estudiantes no obstante suelen requerir dinero cuando van a divertirse con su grupo de amigas, por lo cual es muy normal que sus padres les brinden recursos extras para estas situaciones. Algunas de ellas suelen también emplearse eventualmente y seguir estudiando, pero a pesar de ello es más visible el hecho de que se mantengan exclusivamente dedicadas al estudio. Nuestras informantes estudiantes, por ejemplo, han tenido

sólo esporádicas experiencias en empleos eventuales y algunas de ellas sólo se han dedicado a estudiar:

> No, ahorita no. Nada más lo que fue mi servicio social pero pues fue como, siete meses. Pero no o sea, no me he metido a trabajar por lo mismo de que aquí (en la tienda] nunca se acaba el trabajo. O sea, cuando estuve en vacaciones, de hecho sí estuvo así como que feo porque la tienda, tener que atender. Entonces sí, sí fue pesado, o el quehacer de la casa. O sea, al final de cuentas nunca estoy así sin hacer nada… Pero sí, buscar trabajo no. (Cintia, 21 años, estudiante de nivel superior)

Por otra parte el hecho de dedicarse al estudio no representa para las jóvenes desligarse de las actividades del hogar, pues la responsabilidad hacia el espacio doméstico no es exclusiva de las jóvenes que no estudian. Las actividades escolares y del hogar pueden absorber casi la totalidad de su tiempo, lo que repercute además en una disminución de la vida social en el espacio barrial. Sostenemos entonces que el ámbito económico implica diferencias entre hombres y mujeres en la constitución de su capital simbólico, especialmente para las relaciones inter-género, y que esta distinción repercute en las posibilidades y disposiciones hacia el estudio.

La dedicación exclusiva al estudio sin embargo suele ocasionar remordimientos en las jóvenes, por sentirse improductivas, o una carga para la familia, lo cual puede percibirse como una desventaja del estudio:

> Te vuelves una mantenida… Ay no es cierto. No bueno, o sea es que si no trabajas, si no tienes otras cosas que hacer como trabajar y nada más estudiar y en tu casa y ni hacer quehacer ni nada, como que sí llega un momento en el que cuando terminas tu carrera entras así como… y ahora que voy a hacer ¿no? Sí porque nunca has trabajado. En cambio ya cuando has trabajado, o has vivido otras cosas, pus ya como que está más acostumbrado ¿no? Ya tú rehaces la vida al ámbito laboral. Esa es una desventaja. (Cintia, 21 años, estudiante de nivel superior)

> Alguna vez he trabajado en una empresa, un año y medio, este, estuve ahí laborando este, por cuestiones la empresa cerró, entonces pues estoy aquí de vaquetona [mantenida]. Ahorita me dedico a la escuela, o sea que viéndome, mal no me vendría un trabajo, pero pues me dedico a la escuela, ya próximamente en seis meses termino y ya… (Vilma, 21 años, estudiante de nivel superior)

Este sentimiento de improductividad puede generar sentimientos de angustia e inconformidad, pero difícilmente se constituye en un factor determinante para abandonar los estudios. En contraste, como mencionamos anteriormente, los hombres enfrentan mayores dificultades para sostenerse en esta situación, lo cual

está asociado con las expectativas depositadas en el rol masculino en este sector social. Los hombres estudiantes tienen mayor dificultad para sostenerse con los gastos que la familia les otorga, irremediablemente buscarán formas de trabajo o de obtener ingresos -a menos que la familia les brinde lo necesario. La lógica cultural local implica la búsqueda de independencia económica de los hombres a temprana edad. Un hombre puede ser mal visto si a los 20 años todavía es un "mantenido", un hijo de familia. Esta percepción se asocia con rasgos femeninos y de dependencia entre los jóvenes, pues la dependencia económica hacia los padres está vinculada con la dependencia de sus decisiones personales. La situación de las mujeres estudiantes "mantenidas", por otro lado, se justifica mediante la expectativa de la familia sobre su permanencia en el hogar por un lado, y por el otro en una esperanza de movilidad social mediante el estudio[50]. Aunque esta esperanza de movilidad social desde el estudio de los hijos no parece ser abiertamente discriminatoria por cuestiones de género, lo cierto es que las situaciones reales pueden sugerir otra cosa. Lo que sostenemos con estos argumentos es que la condición de género, es decir las expectativas familiares depositadas en los jóvenes de acuerdo con esta condición, constituye un factor de peso para comprender las diferencias en los niveles de abandono escolar de hombres y mujeres.

Aunado a los argumentos anteriores, debemos destacar también la mayor reticencia de las familias a aceptar que las hijas abandonen la escuela –particularmente en el nivel medio y superior- para dedicarse a trabajar, y más aún si se trata de un trabajo en la misma comunidad. Los padres difícilmente aceptarán que ellas laboren en empleos precarios como los disponibles en la región. Las posibilidades laborales para las jóvenes en general son restringidas en la localidad, a no ser que se trate de atender un pequeño negocio o como empleada en pequeños talleres textiles. Pero estos empleos son ocupados normalmente por aquellas jóvenes que no continuaron con sus estudios. A esto se añade la expectativa misma de estas jóvenes, pues ellas (al igual que su familia) muestran cierta preferencia por emplearse en trabajos formales, lo que se vincula

[50] Una reflexión interesante se desprende con respecto a la posición futura de estas mujeres en el

con la expectativa del estudio en este sector. De cualquier forma, la dificultad para encontrar trabajo en la ciudad, sitúa a los empleos locales como primera posibilidad, y esta condición también es una causa por la cual las mujeres estudiantes suelen dedicarse generalmente al estudio de manera exclusiva.

Una afirmación que hicimos anteriormente es que las familias tienden a retener a sus hijos en el hogar por medio del estudio, principalmente a las mujeres. Esta tendencia se asocia con la estigmatización de la sociabilidad de los jóvenes en la calle, por un lado, pero también está relacionada con los sitios de trabajo en los que se desempeñan los jóvenes que no estudian. En el imaginario local se configura cierta incompatibilidad entre la actividad educativa y la actividad callejera. Cabe retomar un ejemplo de una conversación que sostuve hace pocos años con un amigo de la comunidad que se encontraba estudiando, al comentarme sobre un encuentro con un grupo de jóvenes en la calle:

> La señora S le dijo a mi jefa que se le hacía muy raro que yo estuviera cotorreando con esos güeyes, porque estábamos en la banqueta tomando chelas. Le dijo que yo no era así, que yo me veía muy educado, pues que si yo estudiaba entonces por qué me juntaba con ellos, que hasta sentía feo de verme ahí… (Nota de campo)

Esta suerte de incompatibilidad está conformada por la oposición entre el estudio y la calle, por lo que significan ambas cosas en la cultura local, influida en parte por una percepción externa. El estudio implica para las familias atributos como ser "buena gente", educado, respetable; la cultura de la calle en contraste está asociada a lo irrespetuoso, lo grosero, y lo "mal educado". Es en este sentido que cuando los jóvenes estudian, las familias pueden adoptar la actitud de evitar que sociabilicen con la cultura callejera del lugar, que está presente en muchos de los trabajos locales. Las palabras de un joven estudiante ejemplifica esta percepción familiar, que influye relativamente en su propia percepción:

> Pues de aquí, como cada vez hay más gente que le entra al vicio. O sea de tomar, drogarse, pues es lo que veo de por aquí, o sea ya la mayoría de hecho pus ya dejó la escuela, ya andan así na'más este, puras pachangas[51], acá tomando, fumando, así cosas así. Ps es lo que yo veo más así en la mayoría. Ya la mayoría anda en bici-taxis, en cosas así. También luego le he dicho a mi mamá: me voy acá a un bici-taxi. Dice, 'no, en otro trabajo menos ahí, pues ahí el ambiente luego-luego lo agarras,

---

hogar. Es decir su posible función como proveedoras.

[51] Fiestas barriales, por lo general celebradas en la calle.

> estar ahí nada más jugando… O casi todos vienen [a la tienda] así a tomar; comprar chelas…' (Miguel, 16 años, estudiante de preparatoria)

Esta oposición entre la escuela y lo barrial, tiene fuertes implicaciones para las disposiciones familiares hacia sus hijos en general, pero aun en mayor grado para las mujeres. Las mujeres, al mantenerse con mayor posibilidad de estudiar, permanecen al mismo tiempo más alejadas de la cultura de la calle. Cierto es que ellas pueden tener noviazgos con jóvenes del lugar y salir a divertirse con ellos, sin embargo, las afinidades de pareja tienden a darse por niveles educativos similares. Obviamente también hay muchas jóvenes que desertan de la escuela y que también frecuentan los grupos de amigos en la calle, incluso algunas estudiantes. Por otro lado, no sólo es la percepción de la familia en donde está presente la oposición entre la cultura barrial y el espacio escolar, pues en la percepción propia de algunos jóvenes también se reproduce. Los jóvenes que estudian y permanecen más anclados al ámbito escolar y del hogar, por ejemplo, también refuerzan la idea de esa incompatibilidad. Esta actitud se constituye desde los vínculos con la identidad como estudiante. La construcción de la identidad a partir de la condición de estudiante puede implicar asumir esta oposición:

> Ah, pus yo creo que soy como… digamos yo ¿no? creo que soy así como que muy centrada y sé lo que quiero. Y entonces así como que [soy] una persona que no es así, como que resentida por lo que pasa a mi alrededor… digamos con la sociedad, por todo lo que estamos viviendo aquí. Como que yo busco otra alternativa que no sea refugiarme en las drogas y eso. (Amalia, 20 años, estudiante de nivel superior)

Vale la pena señalar que esta joven está integrada a un grupo musical de la iglesia de su comunidad. En este grupo es significativa la presencia de mujeres, además muchas de ellas estudiantes. A lo que este testimonio se refiere es que la cultura barrial de la calle está estigmatizada por ciertas prácticas masculinas asociadas a lo "mal educado" y lo "descentrado", por ejemplo de la cultura laboral en los bici-taxis. La configuración cultural local ha instaurado relativamente una valoración de la actividad escolar, de los jóvenes, en oposición a las prácticas barriales-laborales, pues éstas aparecen como menos respetables para los padres, así como para algunos jóvenes estudiantes.

Este juicio aparece como uno de los efectos de la estigmatización del lugar desde otros sectores, como señalamos en el capítulo tercero. Se ha señalado que la conformación de una cultura juvenil dominante, expresada en una cultura de la calle, en los barrios con alta concentración de pobreza tiene efectos estigmatizantes desde el exterior sobre la comunidad, y aún en el interior, en particular sobre los jóvenes[52] (Saraví, 2004c) En este caso debemos señalar que ciertas prácticas laborales se suman a esta cultura de la calle, posibilitando su estigmatización. En estas localidades la estigmatización está presente sobre todo desde los adultos y los jóvenes estudiantes que no sociabilizan en la cultura de la calle, pues quienes sí lo hacen tienen una noción diferente, como veremos más adelante.

Hasta este momento hemos dedicado nuestro análisis a los contrastes entre las mujeres que estudian en niveles superiores y los hombres que abandonan prematuramente el estudio. Estos contrastes nos permiten clarificar con mayor precisión las diferencias en las percepciones y expectativas familiares depositadas en cada género. Tales diferencias de expectativas constituyen una fuente de construcción identitaria que alienta diferencias en los desempeños sociales de las y los jóvenes, y en este sentido sus disposiciones hacia el estudio y el trabajo.

No obstante, resulta necesario considerar las situaciones de los jóvenes cuyas condiciones son diferentes, es decir, de aquellas mujeres que no estudian –quienes son la mayoría- y de los hombres que estudian a niveles superiores –quienes son minoría. La vida cotidiana de las jóvenes no estudiantes generalmente transcurre en el hogar y en actividades económicas relacionadas con el comercio y los pequeños negocios familiares. También es frecuente que además tengan grupos de amigos en la localidad con quienes sociabilizan en el espacio laboral y barrial. Una de las características que las define es que ellas tienden a iniciar una vida familiar propia a menor edad que las estudiantes. Esta práctica está relacionada con los valores sostenidos en este sector. Generalmente el estudio representa una alternativa para postergar el matrimonio, pues se supone que casarse imposibilita continuar los estudios, principalmente en términos

[52] Este efecto es considerado como un aspecto de la dimensión cultural de la segregación urbana

económicos. Sin embargo quienes abandonan los estudios se encuentran apartados de esta condición. Es decir, cuando el estudio deja de figurar en las expectativas de los jóvenes, la probabilidad de casarse o unirse conyugalmente aumenta. En este sentido, aquellos jóvenes que sin estudiar postergan el matrimonio más allá de cierta edad, regularmente están expuestos a la presión social de la comunidad y de sus familiares. La unión conyugal ciertamente suele fungir como un medio más de integración a la sociedad, en la medida en que representa un símbolo de madurez y responsabilidad. Por ejemplo, una de nuestras informantes que dejó la escuela señaló el casamiento como una de sus principales expectativas:

> Lo único que te pudiera decir es que dentro de cinco años ya voy a estar casada, cómo, no sé. [..] Ya estar casada, ya estar con él, sin hijos, no quiero tener hijos… trabajando, viviendo, no te voy a decir, uy súper bien en lujos, pero modestamente ¿no? con una casa bien, que tenga lo que necesitemos… (Julieta, 18 años, con preparatoria incompleta)

La unión conyugal surge como una de las expectativas que ganan fuerza también frente al estudio, sumado al interés por seguir trabajando, pues esta joven actualmente trabaja como empleada en la región. Los casos como el de esta joven, que optó por abandonar la escuela, reflejan que la disposición al matrimonio y al trabajo son prácticas significantes que nos hablan sobre las expectativas de integración a un tipo de sociedad como la local. Estas prácticas además valen también para los hombres. La transición a la adultez en estos contextos se define principalmente por la independencia económica respecto de los padres y por el inicio de una vida familiar propia, es decir el matrimonio o unión en pareja. Estas dos condiciones otorgan a los jóvenes un nuevo estatus altamente valorado y reconocido en el entorno local, pues las dos constituyen pasos claves en la transición a la adultez. De esta forma, tanto el matrimonio[53] –estrechamente ligado

---

que actúa simultáneamente como efecto y causa de la exclusión social (Saraví, 2004c).

[53] Algunos estudios en Latinoamérica, por ejemplo, han señalado que la transición familiar, mediante la unión de pareja y la maternidad, brinda a las mujeres un mecanismo socialmente aceptado para adquirir un nuevo estatus o rol (Saraví, 2004c). En este sentido, la nueva identidad como madres, esposas o amas de casa suele fungir como una fuente de identidad, estatus y por lo tanto de integración social.

a la maternidad y paternidad- como el trabajo son fuentes de integración a la sociedad local en este sector.

Por otro lado, las mujeres que no estudian también son co-responsables en las actividades domésticas con la madre, lo cual favorece que permanezcan ancladas al hogar. Esta situación de permanencia en el hogar es además mayor para quienes tampoco trabajan. La búsqueda de trabajo puede ser una medida para entablar sociabilidad y contacto con el espacio público, pero también una forma de buscar independencia económica, así como de desligarse de las labores del hogar, aunque difícilmente lo logran. Estas jóvenes, al no estudiar, generalmente no reciben dinero por parte de sus padres fuera de lo que representa su manutención. Sin embargo, desde el comienzo de la adolescencia las mujeres suelen requerir artículos personales (normalmente relacionados con el arreglo personal), los cuales muchas veces se suministran ellas mismas. Como en el caso de los jóvenes, ellas también recurren a esta práctica para afianzar su participación ante el grupo de pares y presentación ante los varones. En esta medida, el dinero suele representar una ayuda para ingresar en el mercado matrimonial, aunque en menor medida que para los jóvenes ya que a éstos se les atribuye explícitamente la función de proveedores. Estos factores contribuyen a que las jóvenes que no estudian busquen trabajo, como muestra el siguiente testimonio:

> Diario me la pasaba en mi casa, haciendo el quehacer, y ya terminaba de hacer mi quehacer y pus ya me ponía a ver la tele, todo el día acostada, no hacer nada y pus… ya cuando , a menos que iban por mí, ya salía yo, pero pues na'más era viernes sábado y domingo. Entonces 'orita, pues ya me volví a meter a trabajar, pues ora sí me dijeron: ponte a trabajar porque ya no, ya no te queremos aquí. Entonces pues ahorita estoy trabajando en un mercado, en el mercado de acá. Entonces pues sí ya otra vez me volví a rebelar otra vez un poquito. Porque, en mi casa tienen la costumbre de que la mujer tiene que hacer todo, que, así trabaje, tiene que hacer todo lo mismo que hacía antes. Entonces pues ya, a mi me molestaba eso. Que a pesar de que doy gasto, trabajo, me dicen que tengo que hacer todo lo que hacía antes, ahorita. Le digo, pues es que ya no es lo mismo. Entonces pues ya me empecé a rebelar un poquito más, ya cuando salgo, salgo a las nueve y pus ya entro hasta las once doce de la noche, y por eso también me regañan. (Miriam, 17 años, con secundaria completa)

En lo que respecta a los jóvenes estudiantes que prolongan los estudios hasta el nivel superior, su condición suele ser diferente a la de las mujeres que

también estudian. Ellos, como mencionamos anteriormente, han aprendido que su solvencia económica es trascendental para cumplir con las expectativas de su condición masculina. En este sentido, las dificultades para subsistir con los apoyos económicos de sus padres son mayores para ellos. Por esta razón, generalmente estos jóvenes buscan actividades laborales de medio tiempo para acceder a otras fuentes de ingreso complementarias. Pero, como hemos señalado, los empleos de medio tiempo son escasos, principalmente los de mayor formalidad. En este caso, muchos jóvenes estudiantes ejercen actividades informales que requieren poco tiempo, como ayudantes o comerciantes, por ejemplo. En ocasiones ellos encuentran empleos eventuales en la ciudad gestionados por las relaciones sociales que han establecido en la escuela. Pero debemos mencionar que ésta es una posibilidad escasa, debido al también escaso capital social que poseen aún estos jóvenes y principalmente sus familias. Lo que representa que en un futuro sus posibilidades de ejercer, y de integrarse a la sociedad mediante su profesión, dependerán fuertemente del esfuerzo personal y del uso que hagan de su capital social acumulado. Esta también parece ser la condición de las mujeres, aunque aquí entrarán en juego los condicionantes de género con respecto a los tipos de profesiones[54].y las posibilidades de ejercerlas. Por otro lado, una similitud que existe con respecto a las mujeres estudiantes es que también los jóvenes experimentan un distanciamiento de la sociabilidad local, lo cual puede generar expectativas particulares en cuanto a la forma de integrarse socialmente.

Mediante todo lo anterior queremos argumentar que las expectativas de género aprendidas especialmente en el espacio familiar y barrial tienen un peso sustancial en la toma de decisiones respecto a continuar con el estudio, trabajar, o realizar ambas cosas. Estas decisiones representan prácticas significantes orientadas por los marcos de sentido que fluyen en sus espacios de socialización, y que tienen un impacto importante en cuanto a sus expectativas de integración social. Es decir que la preferencia, combinada con la posibilidad, de estos jóvenes,

[54] Una diferencia interesante es que normalmente los hombres profesionistas de esta región se emplean en actividades diferentes a las de las mujeres. Es decir, normalmente no se emplean como docentes de escuelas privadas, sino en actividades relacionadas con la administración pública, o en empresas.

hombres y mujeres, en cuanto al estudio y el trabajo, conforman tendencias diferenciadas por género en torno a la integración social.

Otro tema importante para nuestro estudio lo constituyen las diferencias en las prácticas significantes con relación al género entre los sectores populares y los sectores medios. Algunos estudios han señalado una transformación en las relaciones de género a partir de los cambios políticos, económicos y culturales implantados por la modernidad (Montesinos, 2004). Entre los efectos de este cambio social se ubica por ejemplo la transformación de la identidad masculina, que parece abandonar el modelo tradicional; derivado de la emergencia de nuevas identidades femeninas ostentadas por las mujeres con poder. Sin embargo cabe señalar que esta transformación no puede ser generalizable a todos los sectores sociales. Este fenómeno nos habla de transformaciones ocurridas principalmente en sectores medios y altos. Por lo tanto sostenemos que la situación de los sectores populares guarda aun cierta distancia de este proceso, aunque no sabemos por cuanto tiempo. De esta forma, asumimos que existen diferencias significativas en torno a las formas de construcción de los géneros entre los sectores medios-altos y los sectores populares.

Resulta importante observar que el tipo de socialización en los valores de género se vincula a los significados de pertenencia social y de integración. Por ejemplo, algunos estudios en México han señalado que los jóvenes varones de sectores populares urbanos se socializan en medios más hostiles y violentos, y afirman su virilidad de esta forma (Selby, 1994 y Gutmann, 2000) mientras que los de sectores medios priorizan las prácticas deportivas y de consumo (Guevara-Ruiseñor, 2006). Asociado a ello encontramos que los tipos de trabajo en este sector de Chimalhuacán guardan una simbología de género a partir del mayor o menor uso de la fuerza como símbolo de violencia. Un trabajo que requiere fortaleza y desgaste físico representa un ejercicio de la masculinidad. Este aspecto muestra cierta tradicionalidad en las relaciones de género donde el hombre monopoliza el uso de la fuerza y la violencia mientras que a la mujer se le atribuye debilidad y docilidad.

Encontramos que los empleos de oficina o de carácter mental guardan cierto estatus, sin embargo a quienes se desempeñan en ellos, les suelen ser atribuidas características femeninas, por ejemplo desde la apariencia de las manos, o el cuidado personal. Para algunos jóvenes, y adultos, el tener las manos sin callosidades representa una característica femenina, es decir "tienen manos de mujer" en la medida en que no se muestran indicios de practicar actividades rudas en el trabajo. De este aspecto resultan implicaciones primordiales para la comprensión de los sentidos locales de integración. Sucede que la vía de integración mediante un trabajo de oficina o de la actividad escolar -que significaría ascender a la clase media- es estigmatizada y ridiculizada asociándola con rasgos femeninos. Lo cual nos habla de un proceso de *estigmatización desde abajo*, hacia los sectores medios, también expresada en otros aspectos. Este puede interpretarse como un mecanismo de evasión de las evidencias de la exclusión, mediante la resignificación del deber ser, donde la sociedad exterior se convierte en una realidad amenazante (Saraví, 2004c). En este caso se puede censurar, ridiculizar, a los hombres que estudian, o trabajan en actividades no manuales, o que se alejan del medio local, asociándoles rasgos femeninos o buscándoles conflictos. Este proceso de estigmatización desde abajo, también puede ser interpretado como una "penetración" en el sentido de Paul Willis (1976), que sin embargo puede posibilitar también limitaciones en cuanto a transformar la posición en la estructura.

Los hombres de sectores medios y altos de la ciudad reúnen algunas características vinculadas con el modelo de feminidad que prevalece en esta región. Tanto el aspecto de las manos, por el tipo de trabajo, como el comportamiento de algunos jóvenes de clase media y alta (por su supuesta mayor dependencia de los padres) son ejemplos de esta caracterización[55]. Lo anterior nos habla entonces de una práctica significante de pertenencia social expresada en la particular forma de percibir la identidad colectiva local frente a la de los otros,

[55] Algo similar ocurre con el lenguaje y el vestido. El tipo de palabras, los contenidos y la propia entonación, así como el tipo de prendas de vestir constituyen indicios de apropiación de valores locales o de otros sectores. Lo cual suele ser evaluado mediante este tipo de criterios genérico-clasistas.

en términos genérico-clasistas, lo cual contribuye a reforzar ciertas disposiciones de algunos jóvenes hacia el trabajo frente al estudio, y mediante esto a las vías de integración social. Sin embargo estas, como otras percepciones, suelen matizarse por las experiencias de sociabilidad externa, como veremos más adelante.

Lo que presentamos hasta aquí, aporta información relevante para comprender el proceso por el cual se desarrollan algunas diferencias en las disposiciones al estudio y al trabajo entre la población juvenil femenina y masculina. Por un lado la disposición de las mujeres al estudio –en mayor medida que los varones- y de los hombres al trabajo, representan prácticas significantes constituidas en gran parte por la participación en los juegos culturales del espacio familiar y barrial. Estas prácticas son, para los hombres, la orientación por la solvencia económica y la mayor predisposición al trabajo; y para las mujeres, la disponibilidad para subsistir con el apoyo económico familiar y una mayor predisposición al trabajo doméstico en el propio hogar. Hemos sostenido que en general las mujeres en la etapa del estudio no privilegian tanto el trabajo y que los hombres se sitúan en una posición contraria, lo cual contribuye al fenómeno de la mayor instrucción femenina. Sin embargo, no podemos generalizar diciendo que todas las jóvenes, mujeres, se dedican a estudiar y los hombres a trabajar, sino matizar diciendo que las mujeres tienden a continuar en una proporción levemente superior que los hombres la educación universitaria. Con todo ello, de acuerdo a nuestros argumentos, estamos entonces frente a un proceso de generización de las actividades laborales y educativas que repercuten en las modalidades de inserción y de contacto con otros sectores sociales, así como de posibilidades diferenciadas de integración social mediante los tipos de empleo que ejercerán en un posible futuro. No obstante, debemos subrayar que la condición de género también implica obstáculos y barreras diferenciadas en estos mecanismos de integración.

En segundo término quisimos subrayar que la importancia de los estudios sobre las inequidades de género y la contribución de éstas a la desigualdad de oportunidades entre hombres y mujeres no debe ocultarnos las diferencias

sociales y culturales intra-géneros. Es decir, no debemos perder de vista la clase social cuando se habla de género. Por ello, no asumimos únicamente la relación entre la división sexual y social del trabajo (o el estudio) como eje principal de conexión entre las categorías de clase y género (por ejemplo Ariza y Orlandina, 1999), ni tampoco la participación femenina en el mercado de trabajo (Baca-Tavira, 2002). Pues otro aspecto de suma importancia, que nos interesa aquí, es la diferenciación cultural de las formas del género entre las clases sociales. El hecho de subrayar este enfoque tiene importancia para nuestra investigación en la medida en que el conjunto de prácticas significantes de integración social es evaluado en este contexto mediante criterios genérico-clasistas que expresan una oposición a las prácticas de los sectores medios y altos. Por otro lado, la sociabilidad con sectores medios implica la aprehensión de nuevos marcos para la configuración de sentidos de pertenencia social, donde se involucran las construcciones culturales de los géneros. Así, las expectativas de pertenencia social se configuran de diferente forma para un/a joven que estudia en la ciudad que para uno/a que lo hace en Chimalhuacán.

Sin embargo, las diferencias en la significación de pertenencia social desde el trabajo no están dadas únicamente por la condición de género, sino también por la condición de sociabilidad local o externa, por un lado, y por la condición de ser o no estudiante. A este punto le dedicamos el siguiente apartado.

4.3. Sociabilidades diferenciadas y prácticas significantes

En el capítulo 3 exploramos los juegos culturales implicados en las experiencias de los jóvenes que sociabilizan tanto en un entorno local como de quienes lo hacen en la ciudad. Allí distinguimos también entre los tipos de relaciones sociales comunes entre el espacio laboral y el espacio escolar de los jóvenes, tanto en el ámbito local como en el de la ciudad. En este apartado nos remitimos a las posibilidades que estos jóvenes tienen para adoptar ciertas actitudes y percepciones con relación a su posición social y a su identidad. Para

ello exploramos diversas prácticas significantes relacionadas con el tipo de sociabilidad.

En primer lugar observamos estas diferencias en la aprehensión simbólica del trabajo. Una hipótesis que se plantea con base en la información empírica es que los significados que se vinculan al trabajo pueden tender un puente hacia las disposiciones del sujeto como agente en la transformación o mantenimiento de su posición en la estructura social. Es decir, que las condiciones materiales se significan a partir de ciertos marcos de sentido en torno al trabajo. La construcción de estos marcos está mediada por las pautas de los juegos culturales que alientan o inhiben los tipos de sociabilidades mediante prácticas significantes.

En la tradición sociológica el trabajo ha representado una de las principales vías de afiliación social, en la medida en que constituye un mecanismo por el cual se accede a un conjunto de derechos sociales. Sin embargo se debe subrayar que este acceso a derechos sociales mediante el trabajo se condiciona por su carácter formal. El término de empleo informal y/o precario se refiere a la carencia de derechos sociales asociados al mismo, por ejemplo la seguridad en materia de salud, el disfrute de vacaciones, horarios de jornada, etc. La precariedad laboral en este sentido establece una ruptura en el vínculo con la sociedad a partir de la privación de derechos sociales. De tal forma, como señalamos en el capítulo 1, para algunos enfoques las condiciones de informalidad y precariedad del empleo constituyen una fuente clave de exclusión social. En este sentido, asumimos que las percepciones sobre las condiciones de trabajo son una vía para explorar la percepción de la exclusión. Es decir, que una dimensión subjetiva de la exclusión social estaría dada por el reconocimiento de las condiciones precarias del trabajo.

Analizaremos en primer término los contrastes existentes entre los significados del trabajo -en torno a su formalidad- atribuidos desde la experiencia local y externa. Asumimos que en el espacio escolar son los empleos de profesores los principales referentes sobre un trabajo formal, aunque las diversas profesiones a las que están dirigidas las carreras universitarias también forman parte de estos referentes. Por otro lado, para los jóvenes que trabajan en la ciudad ha sido el carácter asalariado de algunos de sus empleos y la observación de

otros tipos de trabajos de las clases medias lo que construye un referente. Pero queremos señalar que en términos generales la construcción de referentes laborales desde la sociabilidad en la ciudad se relaciona con el encuentro de un mundo con mayor presencia de la estructura institucional en términos laborales. Como hicimos mención en el capítulo 2, la región de Chimalhuacán se caracteriza por poseer fuentes de trabajo mayoritariamente informales y precarias. En este sentido, los jóvenes que se emplean predominantemente en este espacio tienen mayor familiaridad con estos empleos que con aquellos que denotan mayor formalidad. Ello nos remite al proceso de socialización secundaria que plantean Berger y Luckman (1967) en el que la internalización del mundo de instituciones, hace consciente al sujeto de un orden social institucionalizado. En este sentido, podemos interpretar la condición de la sociabilidad extra-local como una experiencia de esta socialización secundaria, en la medida en que el contacto con la ciudad representa el contacto con un espacio institucional de diferente orden que el espacio local. Aquí nos referimos específicamente a la estructura del mercado de trabajo que poseen ciertas áreas de la Ciudad de México, constituida tanto por instituciones educativas, administrativas, complejos de oficinas, empresas medias y macro, etc., en las que se garantizan ciertos derechos básicos al trabajador. Ante la experiencia de sociabilidad en la ciudad, los jóvenes conforman una noción del trabajo ideal retomando algunas características de estos empleos. Como pudimos observar, ellos expresan aspectos asociadas a la definición formal para definir el tipo de trabajo preferido:

> Más formal porque sabes que tienes tu dinero a la semana y que si trabajas horas extras pues te las van a pagar dobles, pero tú tienes, el sábado, tú tienes tu sueldo ¿no? y si no lo tienes el sábado, lo tienes el lunes, pero toda la semana tienes tu dinero (Ernesto, 26 años, con secundaria completa)

> Para mí sería ideal tener dos trabajos. Que puedas deslizarte de… Que tenga prestaciones, *las prestaciones de ley como tal*, que haya un buen ambiente de trabajo en todo. (Vilma, 22 años, estudiante de nivel superior)

La preferencia por un empleo formal se asocia a la percepción de los riesgos asociados al trabajo informal, como es la incertidumbre del ingreso para solventar los gastos semanales o tener horarios establecidos para la jornada laboral. Los

empleos formales se asocian a cierta rigidez en su estructura, por ejemplo en la regularidad del salario y los horarios, lo cual brinda certidumbre sobre ciertas necesidades de consumo. Esta y otras características, como el acceso a la seguridad social por ejemplo, engloban lo que el segundo testimonio refiere como las prestaciones de ley, que en general son fuentes de certidumbre económica y social.

En contraste, los jóvenes que tienen mayor sociabilidad local, quienes generalmente han tenido experiencias de trabajo informales en sus localidades, no comparten esta misma percepción. Estos jóvenes han sido socializados en mayor parte dentro de una estructura laboral cuyas condiciones precarias es una de sus principales características. Esto constituye una de las principales razones por las cuales ellos privilegian más la remuneración económica que las "prestaciones de ley". Es decir, que estos jóvenes al tener menos familiaridad con los empleos formales construyen un ideal del trabajo en otros términos. Cuando se les preguntó por el tipo de trabajo ideal, el factor de primera importancia fue el ingreso, sin tomar demasiado en cuenta su carácter informal o formal:

> […] tener uno su mismo negocio pus pa' progresar así, pus ya uno tener su mismo negocio o algo que te deje pa' ti y ya no andar acá en chinga. Sabiendo que deja dinero. Así, sí, así solamente para, para hacer dinero y tener algo pus chido. (David, 22 años, con primaria completa)

> […] en mi caso sería tener este, cómo te diré, tener máquinas, meter a gente a trabajar y tener responsabilidad seguramente sobre ellos. Más que nada este, en sus pagos, y en que ellas me entreguen bien el trabajo. (Rosa, 21 años, con primaria completa)

Estos dos jóvenes están empleados en negocios familiares, lo que señala también la importancia del capital social adquirido en la familia y con las amistades, especialmente cuando la deserción escolar se da a temprana edad (ambos terminaron sólo la primaria). Los marcos de sentido construidos en torno al trabajo también están ajustados por las condiciones de pobreza estructural prevaleciente entre estos jóvenes. La persistencia por generaciones de las condiciones de pobreza y de trabajos precarios e informales contribuye a la escasa familiarización con empleos formales. Por ejemplo, en sectores recientemente empobrecidos, con antecedentes de empleos asalariados, la

situación suele ser diferente. En ellos puede persistir la imagen del trabajo asociado a los derechos sociales (Bayón, 2003). Cristina Bayón, señala que en los sectores pobres de la sociedad mexicana, caracterizada por fuertes tradiciones y circuitos de empleo y consumos informales, el trabajo tiende a estar más asociado a la generación de ingresos que a la estabilidad y protección, además de que el desempleo aparece como una categoría poco reconocible por esta población (2007: 141). Lo anterior nos habla de los efectos socioculturales inmersos en la estructuración de la pobreza. Estos aspectos resultan interesantes para arrojar luz sobre estas prácticas significantes, como disposiciones para emplearse en diversos tipos de empleos, bajo fines de integración diferenciados. La misma autora plantea que este aspecto junto con la creciente inequidad en la distribución de oportunidades laborales y educativas conducen al entrampamiento de oportunidades de vida signadas por una espiral de precariedad (social) en la cual las desventajas se retroalimentan y acumulan (Bayón, 2007).

El énfasis en las diferencias de percepción de la integración, entre la experiencia de sociabilidad local y externa de los jóvenes, toma sentido cuando lo trasladamos a sociabilidad entre espacios con pobreza estructural y áreas de sectores medios. Por un lado los jóvenes que han ido a la ciudad están más en contacto con la idea de integración asociada con derechos sociales, por medio del trabajo, en la medida en que prefieren trabajos formales que garantizan ciertos derechos básicos. Es decir, que ellos están en condiciones de percibir la precariedad de los trabajos informales que no brindan dichos beneficios. Por otro lado, podemos observar que esta noción de integración social parece soslayarse en los jóvenes que permanecen anclados al territorio local, debido a la influencia de factores estructurales, como la condición de pobreza estructural de sus comunidades. Ellos permanecen distantes a una idea de integración por medio del trabajo en términos de derechos, lo cual se observa en la escasa importancia que dan a ellos.

Aquí resulta interesante reflexionar sobre el modelo de integración a la sociedad inherente al concepto de exclusión social. Mientras que este concepto hace énfasis en aspectos “objetivos” como la precariedad laboral y la debilidad de

los derechos de ciudadanía, entre otros aspectos, los datos de nuestra investigación muestran que la dimensión subjetiva, referente a las expectativas de integración, no siempre se corresponde con contrarrestar estas condiciones.

Otro aspecto que nos brinda elementos para la comprensión de las disposiciones al tipo de trabajo, se refiere a la importancia simbólica de las prácticas de consumo y de las relaciones de amistad. En Chimalhuacán la mayoría de los jóvenes están más preocupados por las posibilidades del ingreso y del consumo, así como de las relaciones de amistad, que por tener un empleo formal o tener acceso a altos niveles de estudio. Por ejemplo, los motivos para continuar en los estudios y tener una profesión pueden ser, más que tener una vida estable, tener mayores posibilidades de consumo. El consumo de artículos que puede representar el ingreso a la modernidad y posiblemente una expectativa de clase, funge como un medio de integración social y bienestar. En 2004 el informe realizado por la CEPAL y la OIJ (Organización Iberoamericana de Juventud) sobre la juventud iberoamericana señaló como uno de los fenómenos de mayor importancia la centralidad del consumo de medios en una creciente convergencia de tecnologías de comunicación. Ya no es sólo la televisión o la radio en su sentido tradicional, sino una diversificación de medios que incluye el consumo de TV por cable, videos, DVD, Internet y otros dispositivos (Hopenhayn, 2004b). Sin embargo, también se señala en este estudio que actualmente se produce una tensión entre la expansión del consumo simbólico y la restricción en el consumo material. Es decir, a medida que se expande el consumo simbólico -por mayor acceso de la juventud a educación formal, medios de comunicación, mundos virtuales y a los íconos de la publicidad-, se estanca el consumo material, ya que la pobreza juvenil no ha mostrado disminución y las fuentes de generación de ingresos se restringen. De tal forma se genera una situación en la que se abren las brechas entre expectativas y logros. La democratización de la imagen convive con la concentración del ingreso (ídem, p.20), proceso en el que el fenómeno de tensión entre expectativas y logros se agudiza aun más en los sectores pobres. Por tales motivos, la importancia del consumo puede vincularse con la expectativa de integración social, lo cual le otorga una centralidad fundamental a la generación

de ingresos. En los jóvenes de Chimalhuacán en general encontramos una fuerte asociación del estudio con las posibilidades de consumo que puede brindar en un futuro. El testimonio de un joven que estudió en la región ejemplifica esta expectativa cuando expresa sus intereses por continuar con sus estudios a nivel superior. En su discurso destaca el impacto experimentado al observar la forma de vida de otro joven de sector medio a partir de su condición laboral profesional:

> Pues fíjate que ya hasta ahora que salí de la prepa me fui a chambear con mi papá otra vez un rato en a la Villa Olímpica. Son unas unidades… y había un cuate con el que estamos trabajando, era un departamento, su casa bien bonita, tenía pantalla de esas de 69 pulgadas, un mueblesote arriba, otro abajo, y ese güey tenía su DVD, multi-región, tenía su X-Box, tenía dos X-Box 3-60; tenía un X Box normal; tenía un chingo de juegos; tenía dos laptop, tenía un iPod de esos de 80 gigas, de esos que ya puedes ver películas. Y fue cuando, cuando dije: no, pues si esto es el estudio…, él era retocador, según retocaba las la fotos de las modelos, las ponía acá con su bronceado, les quitaba los son barritos y todo, y pues así me latió ¿no? Porque pues a la vez de estar viendo fotografías de modelos, y en bikini y todo, pues se ganaba un buen billetote ¿no? Y pues te das cuenta de lo que puede hacer el estudio y dices, no pues, pues yo voy a estudiar, para echarle ganas y estar como este güey, hasta mejor. Te empiezas a poner… porque pues a la vez sí te dan un chingo de envidia ¿no? Y este… pues sí fue mi propósito ¿no? Yo pienso que la envidia es lo que te hace ser mejor ¿no? porque como que se te levanta el ánimo. Pues este güey tiene eso, pues yo voy a tener más ¿no? Sí pus, o sea pa' tener departamento, dos laptop, un chingo de aparatos… y pinches telesotas ¿no? Tú dices no, pues este, güey ya tiene el puro camarón, y por estudiar. El se iba ir a Estados Unidos… cuando yo fui se casó en Acapulco, lujoso y todo. Y este, ps su novia también era de billete pues era, era hija del dueño de la Cruz Roja, pues puro camaronsote. Y pues sí me dio muchas ganas de estudiar y además de que entras a otro entorno social ¿no? como él entró a otro entorno social y pues conoció a esa morra ¿no? (Alberto, 19 años, con preparatoria completa)

El énfasis de este testimonio en el anhelo de consumir artículos de alta tecnología nos muestra que el consumo juega un papel importante en el sentido de integración para estos jóvenes. Lo cual nos hace reflexionar sobre un sentido consumista de integración por encima de otro tipo de derechos sociales, como un empleo formal. Este aspecto consumista nos habla de una práctica significante de integración social explícita, la cual está más o menos generalizada por la difusión de prácticas de consumo de la clase media y alta[56]. Es muy probable que estos

[56] Para Mary Douglas y Baron Isherwood, el consumo es una actividad ritual. Este es un proceso activo en el cual todas las categorías sociales son continuamente redefinidas, donde los bienes son utilizados para "marcar", en el sentido de clasificar categorías. De esta forma, el individuo utiliza el consumo para decir algo sobre sí mismo, sobre su familia, su localidad, ya sea rural o urbana, la residencia fija o vacacional, etc. (1979). En este sentido, una de estas posibilidades expresivas del consumo están referidas a las expectativas de integración social y de clase.

jóvenes perciban la integración de los sectores más favorecidos a partir de sus prácticas de consumo, y no de sus derechos laborales y sociales. Por otro lado, este sentido de integración desde una profesión está relacionado con una posibilidad de movilidad social, de ingreso a otro estrato social. Observamos también que el sentido de integración mediante el consumo subyace incluso en los jóvenes que estudian en niveles superiores en la ciudad. Una de las jóvenes estudiantes de nivel superior, expresó que su ideal de "tener dos trabajos" se fundamenta en el ingreso y el consumo:

> Porque hay más remuneración económica y porque te puedes ganar más dinero y puedes solventar más cosas y puedes llegar a tener auto y cosas así. (Vilma, 21 años, estudiante de nivel superior)

Estas prácticas de consumo, como tener un auto (aunque sea con algunos años de antigüedad), son en las comunidades de estudio otra forma de afirmarse como una persona respetable. El estatus social entre estos jóvenes, mediante el consumo, no sólo se dirige a poseer artículos de alta tecnología, sino también otros objetos materiales como los autos y las prendas de vestir. Pero debemos matizar esta afirmación en el caso de quienes sociabilizan sustancialmente en el entorno local y que además han dejado de estudiar. La esperanza de consumo no necesariamente significa para ellos una expectativa de ascenso a la clase alta o media. En esta región se aprecia, como veremos, cierta antipatía hacia la "gente de dinero". De cualquier manera una gran parte de jóvenes han asimilado en la socialización local una forma de integración y respetabilidad en la que los derechos sociales, laborales y educativos, no figuran como los principales.

No obstante, como hemos vislumbrado, al igual que en el proceso de significación del trabajo, la expectativa de integración social se transforma a partir de un mayor contacto con otros espacios y sectores sociales. Esta tendencia se observa especialmente desde las experiencias de ser estudiante de nivel medio y superior, donde se posibilita más la sociabilidad con esos espacios y sectores.

Por otro lado, como mencionamos párrafos arriba, la tendencia a significar una integración social desde las prácticas de consumo se complementa con la valoración de los lazos de amistad, principalmente en la perspectiva local. Estos

ámbitos funcionan como elementos de membresía social que se imponen por encima de los débiles lazos sociales al sistema estatal de integración. Las relaciones de amistad se perfilan como un ámbito de estabilidad social en la medida en que sustituyen la ausencia de ciertos derechos sociales. Cuando pregunté a los jóvenes entrevistados sobre lo que era necesario para llevar una vida estable, las respuestas se centraron, junto con el ingreso, en la importancia de la amistad y de tener un trabajo honrado, no necesariamente formal.

> Y lo que siempre coincidimos él, mi cuate, y yo es de que no hay nada mejor que *hacer mucha amistad*. Porque la amistad con nada la pagas. No hay dinero para comprar la amistad y la buena amistad pues no se gana con dinero, se gana con otra amistad, con la amistad. O sea, el cariño que le puedas dar a la persona o la amistad que le puedas dar a la persona. Y yo siento que haciendo eso eres feliz, aunque no tengas dinero porque así en cualquier lado te reciben, dicen: 'no, pus él es amigo, él sabe ser amigo…' (Manuel, 24 años, con secundaria completa)

> Ahorita yo por ese trabajo a lo mejor 'orita ya tengo mi casa. Y pus de las chavas pensar na'más que ps igual y si siguen estudiando, ps que les vaya bien en su carrera. Y pues o sea no, también no me sentiría mal porque pus yo dije que, yo digo que es un trabajo que digamos, o sea vale la pena y que pues al rato este, pus como te digo, *gracias a ese trabajo, pus tengo amistades*. (Rosa, 21 años, con primaria completa)

Este sentido está además fuertemente ligado a la práctica laboral para quienes han abandonado los estudios. El trabajo, más que significar una afiliación social mediante los derechos sociales, representa un vínculo social mediante lazos de amistad. El papel de las relaciones de amistad en el sentido de la integración nos habla de una protección proveniente en mayor medida de los amigos que del Estado. Lo importante es señalar que la noción de ciudadanía está ausente, así como la de un trabajo formal, lo cual nos habla de un débil reconocimiento de sus derechos sociales.

Debemos reflexionar entonces sobre la divergencia del sentido de integración entre la definición formal, que se basa en el trabajo formal y los derechos de ciudadanía, y el significado de integración social para éstos jóvenes, fuertemente orientado hacia el valor del consumo y las redes sociales (de amistad, por ejemplo). Es importante recordar que la tensión existente entre las expectativas de consumo y sus logros se agudiza en la medida en que para este sector las oportunidades de bienestar material están restringidas. El sentido de la integración social para estos jóvenes pasa por la expectativa de cierto tipo de consumo que

sin embargo materialmente no puede lograrse. Este aspecto nos remite a la caracterización de estos sectores como seducidos y abandonados (Kaztman, 2001); seducidos por los modelos de bienestar difundidos en la cultura global y abandonados por el Estado, a partir de la privación de oportunidades de bienestar. Retomando la idea señalada por Bayón (2007), aquí sostenemos que al igual que en el proceso de significación del trabajo, el significado de la pertenencia e integración social toma sentidos divergentes al de una definición oficial, en la medida en que este grupo social ha permanecido por generaciones en condiciones de exclusión social, específicamente respecto del trabajo y el Estado. Dado lo anterior, estamos en condiciones de señalar que las expectativas de integración social generalmente difieren entre los sectores populares y medios-altos. Es decir, objetivamente observamos condiciones sociales de integración / exclusión, referidas a las condiciones laborales, entre otras; empero, subjetivamente podemos ver que las expectativas de integración difieren en los distintos sectores sociales –y aún entre los sectores pobres, en función de su proceso de empobrecimiento. Bajo estos argumentos queremos subrayar la necesidad de profundizar en la dimensión subjetiva de la exclusión social.

Dentro de nuestro estudio observamos también aspectos interesantes dentro de las relaciones entre el trabajo y el estudio. Hemos encontrado que estas relaciones son percibidas diferencialmente a partir de la condición de ser estudiante o trabajador, principalmente en la valoración y la combinación de ambas actividades. Pero como observamos anteriormente, esta división de actividades –matizada por la condición de género- se traslapa con los espacios de sociabilidad. Para los jóvenes con experiencias de sociabilidad en entornos locales, que normalmente han abandonado los estudios, el valor del trabajo se reivindica por sobre el estudio, por ejemplo cuando las habilidades productivas pueden no estar siempre en función de la instrucción educativa:

> Y porque hay muchas chavas que dicen: yo estudié para ser costurera, porque me gusta el oficio de ser costurera, pero hay unas que no estudian y creo que saben mejor, saben hacer mejor las cosas que las que estudian. Y te digo porque pues en la fábrica había una chava que estudió para eso. Tiene sus papeles y todo, y su carrera. Y tan sólo pues a lo mejor a mí me dicen: ¿tú cómo aprendiste? Pues yo nomás viendo. Y pus como hay gente… O sea, de qué sirven tantos papeles, tanto gasto en

> un estudio, si sabes hacer menos cosas que yo. Y pus es como dicen… o sea, a lo mejor y pasan chavas y se burlan de: 'hay yo quiero ser deshebradora, yo quiero ser esto'. Pero pus a lo mejor lo dicen en broma, pero después es donde caen. O dicen 'yo estudié y a lo mejor podría ser una gran ejecutiva, no sé, una diseñadora', pero pus igual quedan en lo mismo. (Rosa, 21 años, con primaria completa)

En contraste, los y las jóvenes estudiantes, principalmente los que estudian en la ciudad, tienden a valorar el estudio a partir de la posibilidad de capacitación personal, tanto para el desempeño laboral, como en el de la vida personal:

> Lo positivo [de estudiar] es no sé el conocimiento como te repito, y el tener la educación como algo muy, muy importante porque en esta época los, las personas no tienen tanto acceso a la educación. Son muy pocos los que llegan a terminar una carrera ¿no? Y a lo mejor, bueno, yo no le veo a ser estudiante algo negativo. Yo creo, considero, que ser estudiante es algo muy positivo. (Vilma, 22 años, estudiante de nivel superior)

> Tienes muchísimas más oportunidades. O sea llegas a algún lugar a pedir trabajo y lo primero que te piden es la escolaridad ¿no? Y en eso, depende de lo que hayas estudiado, hasta donde hayas llegado, es para lo que te contratan. O sea digo, tienes así como que unos horizontes así como que ves más allá de, de… puedes digamos ir a una empresa y te den un puesto, si no directivo, pero al menos no así en medio o… un puesto bien. Yo como que en ese aspecto sí es así como… no sé, sí tienes ventajas dentro de esa parte, de que te puedan dar un puesto pues más o menos bien remunerado… (Amalia, 20 años, estudiante de nivel superior)

De esta forma, la valoración sobre el estudio se relaciona con la sociabilidad establecida en diferentes espacios, orientada especialmente por las actividades y disposiciones sobre el trabajo y hacia el estudio.

Finalmente debemos anotar un matiz existente en la significación del trabajo derivada de la sociabilidad entre los espacios laborales y escolares de la ciudad. Señalamos esto porque observamos que la experiencia escolar en la ciudad tiene mayores implicaciones en la transformación de los marcos de sentido que la experiencia laboral (también en la ciudad). Este proceso está dado principalmente por el grado de diferenciación social en las relaciones entre pares. El espacio escolar deviene en un entorno donde los jóvenes están más expuestos a sociabilizar con otros jóvenes con mejor posición económica. Por el contrario, en el espacio laboral este tipo de relaciones son más restringidas, ya que es menos probable que jóvenes con posición económica favorable laboren en los mismos lugares y en las mismas jerarquías. En resumen, la escuela no establece las mismas horizontalidades socioeconómicas con los grupos de pares que el trabajo.

La condición diferencial de las relaciones sociales entre la escuela y el trabajo representa la diferencia en cuanto a tener un contacto más directo o indirecto con las prácticas culturales de la clase favorecida. A razón de ello, los jóvenes que trabajan en la ciudad tienen una alta probabilidad de regresar a su lugar de origen en busca de trabajo y de espacios de sociabilidad. Este es el caso de nuestros dos informantes que trabajaron en la ciudad y que actualmente se emplean en Chimalhuacán. Anteriormente mencionamos que ellos tienen o expresan una noción de trabajo más formal que quienes no se trasladan a la ciudad, pero a pesar de ello las expectativas depositadas en la actividad laboral suelen ser ambiguas, dominadas por dudas y conflictos en torno a las ventajas y desventajas de la formalidad y la informalidad:

> Pues yo siento que, un buen trabajo, para que tengas un buen trabajo, primero debe de gustarte lo que haces, primero debe de gustarte porque si no te gusta nada más no, no lo vas a hacer. Si no te gusta un trabajo ps, así te paguen bien y, y lo que quieras, no lo vas a hacer, no lo vas a desempeñar así como, como algo que te gusta. Por ejemplo el tianguis… pues sí me gusta, la neta, o sea lo que a mí más me gusta es vender. (Manuel, 24 años, con secundaria completa)

Nuestra argumentación asume que el espacio escolar tiene mayores implicaciones que el laboral, sobre el grado de valoración del trabajo formal. Son dos los factores que hacen que la sociabilidad externa basada en el estudio se exprese en una mayor valoración de la formalidad del empleo: el papel educativo en sí de la escuela y la diferenciación social. Los jóvenes estudiantes se encuentran en situaciones en las que su vulnerabilidad económica se ve confrontada con la mayor capacidad de consumo de sus compañeros; al igual que otros contrastes que denotan una pertenencia de clase diferente. Sin embargo, pensamos que el papel educativo en sí mismo no es suficiente, ya que nuestros informantes que estudiaron la preparatoria en el espacio social local no se caracterizan precisamente por anhelar un trabajo con características formales. Citamos arriba el caso del joven que tiene planes de dejar la escuela preparatoria para emprender un negocio familiar. Es entonces la convergencia de estos dos aspectos –la instrucción escolar y las posibilidades de interacción con jóvenes

pertenecientes a otros sectores y clases sociales[57]- lo que da fuerza a la expectativa de integración social desde un sentido formal. Ya hemos visto que la condición del género también contribuye a diferenciar las expectativas de estudio, con lo cual podemos deducir que un grupo mayoritariamente femenino pudiera estar generando unas expectativas laborales y de integración en ese mismo sentido.

En este apartado hemos presentado argumentos para sostener, por un lado, que los jóvenes que sociabilizan en la ciudad, ya sea por motivos escolares o de trabajo, han desarrollado una percepción del trabajo en términos más formales, posibilitada por el contacto con una estructura institucional laboral diferente a la de sus comunidades. Por otro lado, señalamos brevemente que hay diferencias entre quienes estudian y quienes trabajan en la ciudad, estos últimos tienen una posición más ambigua. Este matiz es producido principalmente por las particularidades de las diferencias en las relaciones sociales y culturales que existen entre los espacios laborales y los escolares de la ciudad en los que se insertan los jóvenes. Resaltamos también que el sentido subjetivo de integración social, para los jóvenes socializados en el espacio local, presenta especificidades propias que no siempre coinciden con los supuestos implícitos en la noción de exclusión social. De tal forma sostenemos que esta divergencia alude a la complejidad de la exclusión social en términos de su dimensión simbólica, intersubjetiva, la cual es sensible al proceso de exclusión de cada sector. En términos generales quisimos mostrar que el tipo de relaciones y experiencias que permiten entablar los distintos espacios de sociabilidad de los jóvenes repercute fenomenológicamente en las disposiciones subjetivas hacia distintos entornos y formas de integración y/o exclusión. Estas diferencias subjetivas repercuten en la valoración de las condiciones objetivas y, en consecuencia, en las vías para su reproducción o transformación. Estas disposiciones hacia el cambio parecen estar menos presentes en quienes no confrontan directamente sus marcos de sentido fuera de la sociabilidad local. De esta forma, nos aproximamos a comprender un

[57] Las escuelas públicas de nivel superior son de los pocos espacios que aún permiten este tipo de

aspecto de las disposiciones estructuradas y estructurantes implicadas en el aislamiento y la exclusión social urbana.

4.4. Los sentidos de la exclusión-integración social y sus efectos

En este apartado hablaremos de las prácticas significantes concernientes a la pertenencia social. Esto nos lleva a explorar las percepciones en torno a sí mismo y a los otros, al lugar de pertenencia y la ciudad, y en último término sobre las perspectivas a futuro. Aquí queremos desarrollar el argumento concerniente a que los sentidos de integración social, derivado en parte por las diferencias culturales entre sectores sociales, contribuye a generar prácticas sociales significantes en los jóvenes que alientan el aislamiento de los sectores marginados respecto de los centros de poder.

Tomando en cuenta la distinción de espacios sociales en los que los jóvenes de Chimalhuacán se involucran, observamos que los juegos culturales se insertan en procesos de autoafirmación o cuestionamiento de la identidad. En el capítulo 3 hicimos referencia a la suerte de dilema que expresan los jóvenes con relación a la presentación de su persona (Goffman, 1981) en ciertos espacios de la ciudad como la escuela y el lugar de trabajo. En la percepción de los jóvenes que sociabilizan en otros espacios fuera de su localidad las prácticas culturales locales pueden aparecer como denigrantes. Es decir, en la medida en que ellos observan la forma en que su lugar de pertenencia y sus prácticas culturales son categorizadas desde afuera ocurre una transformación en su propia mirada. Un claro ejemplo es representado por las relaciones inter-géneros, entre jóvenes. El juego del ligue o de los piropos es una práctica cotidiana para los jóvenes “del barrio”, hombres y mujeres, principalmente para quienes no estudian. Cuando los jóvenes tienen experiencias de sociabilidad en escuelas de la ciudad, esta práctica es significada como una “grosería”. Como señalamos anteriormente, las prácticas significantes de masculinidad o feminidad no son las mismas para los sectores

---

interacciones entre sectores sociales.

medios que para los populares. A esto se suma la estigmatización de los sectores populares desde la clase alta y media, en donde se incluyen sus prácticas culturales; desde la forma de vestir, hasta la música de preferencia, las maneras de relacionarse y la forma del lenguaje. Los jóvenes que sociabilizan estrechamente en sectores donde se expresa esta estigmatización pueden adoptar paulatinamente criterios similares aunque vayan de por medio parte de ellos mismos. Por ejemplo, para una joven estudiante universitaria, resulta poco tolerable la forma en que sus compañeros de trabajo interactuaban con sus compañeras mujeres:

> Y lo que no me gustaba es que como era en una tlapalería y ferretería, nada más éramos tres mujeres y los demás hombres… entonces a veces los hombres suelen ser un tanto groseros y arrogantes [con las mujeres]. (Vilma, 22 años, estudiante de nivel superior)

En cambio, para otra joven no estudiante que sociabiliza esencialmente en el espacio local de la comunidad, esta práctica forma parte de su integración social. Esta posición explica por qué para ella no representa ninguna ofensa ser interpelada mediante silbidos o palabras por jóvenes que se encuentran trabajando en una base de bici-taxis o en alguna esquina del barrio.

> Ps sigo echando coto y, así como que no pasó nada. Y es como te digo cada pensar de cada chava. Porque yo creo que para una puede ser ofensa, como para otra puede ser así, o sea a lo mejor a mí me gusta ¿no? Que me estén chiflando. O como te digo, mi pensar, no tengo porqué enojarme, porque pus igual y a lo mejor yo también lo hago. (Rosa, 21 años, con primaria completa)

Una valoración de la pertenencia social se pone de manifiesto en las prácticas significantes de las relaciones inter-género. Estos testimonios representan una forma de diferenciación que se va construyendo en el tránsito a la sociabilidad extra-local, pero más específicamente en el ámbito escolar mediante el contacto con otros sectores sociales. Es también notable el hecho de que un nivel más elevado de instrucción tienda a desvanecer las preferencias por ciertas costumbres cotidianas, por ejemplo el uso excesivo de palabras ofensivas, el gusto por cierta música, la forma de vestir, etc. El efecto de la confrontación de clase, vinculada a la estigmatización del grupo de pertenencia fomenta una

reconfiguración de las expectativas de pertenencia. Este aspecto está relacionado con la percepción del mismo lugar. La adopción de una imagen del lugar como un todo estigmatizado puede incluso reproducir estereotipos sobre el comportamiento de sus residentes, por ejemplo apelando a una supuesta "falta de cultura". Otra de nuestras entrevistadas que actualmente estudia apeló a este mismo argumento para justificar su decisión de evitar amistades en su localidad:

> Es que por la misma poca cultura que tienen, les da por meterse en vidas ajenas, les da por hacerles maldades al vecino, les da por molestar a, has de cuenta, si va una chica caminando los hombres se ponen de vulgares… Pues ya les empiezan a silbar, les empiezan a hablar… (Andrea, 20 años, estudiante de nivel técnico)

La percepción del lugar para estos jóvenes combina además una suerte de imagen negativa en términos de marginación material y de aspectos culturales que son rechazados. Ellos se forman una percepción negativa, en términos de servicios, delincuencia, drogadicción y "lejanía del centro", a lo que se suma la valoración de las costumbres locales. Este proceso no es automático, sino que, como mencionamos, pasa por un cuestionamiento de la presentación de sí mismo al enfrentarse con la percepción que los otros tienen del lugar de donde se proviene. Por ejemplo, una joven universitaria refiere el lugar de procedencia como uno de los obstáculos para entablar relaciones igualitarias:

> Tú eres de Chimalhuacán… O sea el hecho que digan Chimalhuacán es así como que, te minimiza […] Sí, así con mis amigos, cuando iba a la universidad y me dicen '¿de dónde vienes?', digo ah, de allá, ¿no? Dicen 'ah, *donde no pasa Dios'*. O sea sí, cosas así ¿no? (Amalia, 20 años, estudiante de nivel superior)

En el conflicto cognitivo que representa la posición estigmatizada por pertenecer a un lugar denigrado, puede generarse una transformación de la valoración del lugar de residencia. La reflexividad ocasionada por este conflicto cognitivo sobre la identidad personal y el lugar de pertenencia puede trasladarse entonces a observar desde otros marcos ciertas condiciones materiales de la comunidad que quizá en épocas anteriores no se percibían como importantes. La misma joven describió después su comunidad en términos negativos:

> Creo que en sí, digamos en general es como que una colonia donde hay mucho, así como que vandalismo y eso… y creo que es insegura, eh, como que está muy feo

> [risa]. Por el hecho de que por decir cuando llueve se inunda horrible y eso. (Amalia, 20 años, estudiante de nivel superior)

El acto de risa incluso puede indicarnos que hablar de su comunidad es una situación penosa para esta joven. Lo cual nos hace pensar que en los momentos de sociabilidad escolar en la ciudad estos jóvenes evitan hablar de su comunidad, es decir de las condiciones de la misma y de sus prácticas culturales. Señalamos ya las estrategias a que estas jóvenes recurren para enfrentar los señalamientos de inferioridad social, de las cuales una de ellas es el mostrar un distanciamiento identitario con las costumbres del lugar de pertenencia. Aunque posiblemente esta sea una estrategia momentánea, no dejan de tener importancia en términos prácticos. La convivencia en espacios sociales antagónicos puede generar la necesidad de adoptar diversas prácticas significantes bajo un fin pragmático. Lo que observamos entonces es que el hecho de interactuar con jóvenes de otros sectores, que tienen valoraciones poco favorables sobre la cultura popular de Chimalhuacán, es lo que fomenta en ocasiones el distanciamiento subjetivo con algunas prácticas de la cultura local. Esto representa un cuestionamiento a las pautas culturales que se siguieron en el propio proceso de socialización.

En contraste con estas imágenes negativas, principalmente de mujeres, los jóvenes con una experiencia de sociabilidad esencialmente local ven su lugar de residencia en términos de un “barrio chido”, es decir apreciable, además de tranquilo. En ocasiones observamos que destacan su preferencia por los espacios locales sobre los espacios de la ciudad. Algunos jóvenes incluso elogian las características que aquellos jóvenes descalifican, es decir la violencia y “el desmadre”.

> Pero yo siento que el desmadre es más chido aquí en el Estado que en el DF. Sí, cien por ciento es mejor aquí en el Estado. Ps *aquí nadie te hace el feo*. Y al contrario, llegas allá al Distrito, chale, ya todos te ven de rata y… ps qué onda con ese cábula ¿no? (Rodrigo, 24 años, con secundaria completa)

> Pues de aquí me gusta, o sea pues la mayoría, o sea todo el, digamos el pueblo, por lo mismo de que hay lugares a dónde ir, y por más que nada porque aquí puedes ir a los bailes y o sea puedes divertirte y pues o sea como que, bueno al menos como pus yo ya viví toda mi vida aquí, y ya, bueno, conozco a los chavos y eso como que, bueno es, haces más ambiente en tu mismo lugar donde vives. (Rosa, 21 años, con primaria completa)

Las diferencias de percepción en torno al lugar de pertenencia nos remiten nuevamente a la importancia de la socialización dentro de esferas socioculturales diferenciadas, específicamente de los sectores populares y los medios-altos. Mientras que aquellos jóvenes que sociabilizan en la ciudad dentro de los círculos de los sectores medios, reiteramos, principalmente en la escuela, están en condiciones de percibir la precariedad de sus condiciones materiales, los jóvenes que permanecen en la localidad no dan importancia a ello. Pero el efecto que subrayamos de este fenómeno es principalmente sobre la valoración del lugar de pertenencia, donde el enfrentamiento con discursos estigmatizantes hace otra diferencia importante en dichas valoraciones entre los jóvenes. En este sentido, pensamos que este efecto, derivado en gran parte de las condiciones estructurales, contribuye a consolidar un orden social en el que persiste una situación de aislamiento de este sector.

Uno de los aspectos en que podemos apreciar este efecto de aislamiento es en las formas de percibir al otro. Los "otros" –jóvenes de sectores medios- son vistos con hostilidad por los jóvenes que permanecen por más tiempo en el espacio local. Ellos a su vez se imaginan vistos por una mirada hostil desde los otros. Para este grupo la imagen de los jóvenes con mejor posición económica se orienta principalmente por sus formas de consumo, por su "forma de ser" es decir su comportamiento frente a otras personas y por su apariencia –que involucran entre los hombres descalificaciones genéricas como hemos visto-. Las formas de describir al otro como "fresa", "mamón", "interesado en el dinero", contrasta con la autopercepción como "naco", "ñero", "buena onda", "solidario".

> No, pues su forma de vestir ¿no? tan solo su forma de vestir, pus más, ora sí como dicen ellos, más decente ¿no? su forma de cotorrear pus también porque pues ellos no son de los que, o si acaso si tienen permiso y… y en cambio acá, no ps es uno como que más vale gorro porque ya dices no, pues hasta la hora que caiga. Y pus ellos ps no les preocupa porque pues si son de varo ps les dan todo, les dan todo y pues uno si quiere también chambear, si quiere no, pero pues ya sabrás que te pueden correr de la chamba o descansarte o cualquier cosa, o descontarte el día. Pero pues ellos no, ellos llegan se duermen, si se sienten mal pues ya, a papi o a mami ¿no? (David, 22 años, con primaria completa)

> Nosotros lo tachamos de, igual ¿no? ponle que *no de maldad ni nada de eso* pero pues sí como de… o sea por lo, casi pues aquí no les late los fresas de este lado, de

> este lado no les laten los fresas. Me imagino que si llegan a entrar fresas pa acá sí los corren a patadas para aquél lado. (Rodrigo, 24 años, con secundaria completa)

Este contraste también evidencia una percepción de la desigualdad social que conforma una distancia social en términos hostiles. Resalta el cómo se sienten vistos por los otros: “rateros”, “delincuentes”. Esta sensación de hostilidad se reproduce por la misma dinámica de escasa interacción entre sectores sociales, es decir, los imaginarios del otro se sustentan desde las imágenes lejanas o indirectas, que principalmente se consumen en los medios o en el contacto visual, pero sin interacción. Esto conduce, entre otras cosas, a un mínimo interés (si es que alguno) por interactuar con los otros. La apariencia personal, por ejemplo, resulta un punto importante en términos de imagen heteroadscripta, y aunque estos jóvenes asumen que ello es una de las razones por las que son descalificados, no les causa gran dificultad ir desalineados “fachosos”, “mugrosos”, empolvados, con los zapatos sucios al “DF” o al “centro”, es decir a la ciudad. Esta condición de arreglo personal no representa en estos jóvenes un ámbito de importancia para entablar sus relaciones cotidianas. En contraste, observamos que quienes frecuentan la ciudad frecuentemente adoptan, así como otras prácticas, formas distintas de vestir, donde la limpieza y cierta formalidad son importantes para su desempeño social. Esto pone de manifiesto ciertos códigos de la presentación de la persona que difieren entre sectores socioeconómicos, y que son asumidos mediante la experiencia de sociabilidad y el tipo de vínculo mantenido con ellos.

Desde esta perspectiva, podemos comprender también cómo es que las percepciones hostiles del otro (los jóvenes de la ciudad con mejor posición social) se van matizando en los jóvenes con experiencia de sociabilidad extra-local, principalmente desde el espacio escolar. Podemos decir que ese matiz se sustenta en los encuentros más prolongados con los otros, es decir, en la medida en que se tienen encuentros e interacciones reales y cotidianas:

> […] si tú empiezas a convivir con ellos pues entiendes porqué… y ellos también entienden el porqué de tu situación y de la situación en la que ellos están, o sea, es comprensible. Yo siento que es una falta de comunicación, más que nada ¿no? de que si tú conoces a la persona, estoy seguro que dejas de decirle fresa ¿no? o le dejas de decirle… fresa pus en forma de cotorreo y la otra persona te va a decir naco

> en forma de cotorreo ¿no? o sea, pero, pero creo que ahí ya se rompería el tabú ¿no? o ese límite ¿no? esa barrerita. (Ernesto, 26 años, con secundaria completa)

El punto que deseamos destacar hasta este momento es que desde las percepciones del otro y la valoración del lugar, es posible identificar prácticas significantes que denotan diferentes expectativas de pertenencia social, derivadas de las experiencias de la sociabilidad local y la externa. A la mayoría de los jóvenes de este lugar, la misma posición de desventaja en la estructura les impide entablar interacciones sociales con los sectores mejor posicionados, que es en parte recíproco desde el otro lado, lo cual va generando formas de imaginarse a los otros desde una situación hostil. No obstante debemos señalar que esta percepción experimenta matices en los jóvenes que entablan relaciones con jóvenes de otros sectores. Pero por otro lado, estos jóvenes muestran una visión desvalorizada de su lugar de origen, así como de las prácticas culturales locales, y de sus mismos vecinos, lo cual puede contribuir, como observamos, a conformar expectativas de retirada de este lugar. En este punto es necesario también reconocer que las condiciones materiales, así como el grado de aislamiento entre sectores, permiten la generación de pautas culturales diferenciadas en torno a diversos ámbitos de la vida cotidiana. Es decir, un efecto (y después causa) de la segregación urbana se cristaliza en imaginarios hostiles del otro, que repercuten en las expectativas de pertenencia social y finalmente contribuyen a moldear los sentidos de la integración / exclusión social. Este efecto se observa por ejemplo en las diferentes formas culturales de las relaciones entre géneros; las formas de esparcimiento juvenil, las apariencias personales, y las formas de sociabilidad en el trabajo y la escuela.

Otros aspectos importantes en los que podemos indagar las expectativas de integración son los lugares preferidos para residir y las perspectivas personales a futuro. Respecto de los lugares ideales de residencia, hemos observado que la sociabilidad externa en espacios educativos genera una expectativa de inserción en otros espacios y sectores sociales. Los jóvenes en esta condición expresan expectativas de vivir en la ciudad, o en otras ciudades de provincia, fundamentalmente para cambiar sus condiciones residenciales tanto en términos socio-ambientales –como delincuencia, imagen del lugar- como materiales –

marginación, escasez de servicios, etc. Este cuadro nos podría advertir sobre otra forma de reproducción de las condiciones de exclusión, por ejemplo de que, a partir de una potencial fuga de capital humano, existan pocas posibilidades de que los jóvenes preparados profesionalmente se involucren en la solución de los problemas político-económicos de su región.

Del otro lado, los jóvenes que sociabilizan en la localidad prefieren residir ahí mismo, bajo la justificación de sus relaciones de sociabilidad acumuladas, es decir las amistades; lo cual reitera la centralidad de las redes sociales de solidaridad y ayuda (familia, amistades, etc.) en el sentido otorgado por estos jóvenes a la integración social. Para ellos el cambio de residencia implica dificultades de inserción, principalmente en el ámbito de las costumbres y de entablar nuevas relaciones de amistad. En este sentido, ellos fueron muy enfáticos en señalar que vivir en la ciudad, en colonias de sectores medios, no les significaba ningún interés.

Las perspectivas personales a futuro suelen imbricarse con todos los elementos que hemos señalado hasta aquí. Tanto los condicionantes de los valores de género, como las transformaciones que implica sociabilizar en la ciudad aportan factores que se combinan para constituir perspectivas a futuro que moldean trayectorias diferenciadas en estos jóvenes. De tal suerte, los jóvenes que sociabilizan en la ciudad por motivos escolares, principalmente mujeres, muestran una perspectiva a futuro que se vincula a un sentido de integración en términos más formales, por ejemplo en un empleo formal y residiendo en otro lugar con mejores condiciones sociales. En contraste quienes permanecen en la localidad por mayor tiempo se visualizan en empleos como negocios personales y residiendo en su misma localidad, lo cual permite observar que en un futuro la probabilidad de reproducir sus condiciones sociales es muy alta. De tal suerte, este sector de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México parece tener pocas perspectivas de transformación de sus condiciones estructurales, a partir de los sentidos de integración social que muestran sus jóvenes.

Este capítulo trató de indagar cómo algunos elementos culturales diferenciados socio-económicamente contribuyen a distanciar los espacios sociales, y en esa medida se confunden con los aspectos estructurales que están imbricados con ellos. El análisis de la producción de algunas prácticas significantes nos permiten ver la forma en que las acciones sociales, orientadas por el habitus, estructuran ciertas condiciones sociales. Hemos tratado de interpretar cómo las prácticas culturales nos hablan de los sentidos y expectativas de integración social. Éstas están constituidas en gran medida por la intermediación que ejercen los juegos culturales relativos a los espacios de sociabilidad, donde intervienen los de sectores mejor posicionados. Por un lado, el conjunto de prácticas significantes de integración social es evaluado en este contexto mediante criterios genérico-clasistas que expresan una oposición a las prácticas de los sectores medios y altos. Por otro lado el tipo de relaciones y experiencias que permiten entablar los distintos espacios de sociabilidad de los jóvenes repercute fenomenológicamente en las disposiciones subjetivas a permanecer o transformar las posiciones *propias* de aislamiento social y segregación. Las transformaciones en los sentidos y expectativas de integración social se organizan en la convergencia de nuevas experiencias simbólicas y materiales.

En términos generales, discutimos sobre los procesos mediante los cuales podemos observar los indicios de la eficacia estructural de la cultura. En este punto es pertinente evocar la suerte de penetración-limitación que Paul Willis (1976) identifica en el proceso en que ciertas prácticas que tienden a resistir ante un orden de desigualdad social terminan paradójicamente por contribuir en la reproducción de algunos aspectos de la estructura.

Conclusiones

A lo largo del presente texto desarrollamos argumentos para responder a la pregunta general sobre *cómo se construyen los significados en torno al vínculo personal con la sociedad desde una posición de desventaja en la estructura social.* A efectos de operacionalizar este problema, y a partir de una serie de fundamentos teórico metodológicos, delimitamos una nueva pregunta de mayor especificidad referida a *cómo se configuran las relaciones entre los significados y percepciones sobre el ámbito laboral y educativo, y las dimensiones estructurales de la desigualdad social y la exclusión*. Exploramos por ello las relaciones entre las percepciones del trabajo, así como del estudio, y las expectativas socioeconómicas y de pertenencia social en los jóvenes del Municipio de Chimalhuacán, en el Estado de México. De tal forma, insertamos esta cuestión en la discusión sobre la dimensión subjetiva de la exclusión social. A partir de nuestro análisis, desarrollamos la tesis de que los significados que se vinculan al trabajo y al estudio intervienen en las predisposiciones de los jóvenes hacia la aceptación o rechazo de su posición en la estructura social. El aislamiento social, propiciado en parte por la dinámica de desigualdad estructural, en un contexto urbano postindustrial, favorece contextos culturales diferenciados entre sectores sociales, contrapuestos en algunos aspectos. Este fenómeno contribuye sustancialmente a la estructuración de la pobreza y la exclusión en los sectores más desfavorecidos, en función de que los sentidos y expectativas de integración social son reconfigurados. En este sentido, sostenemos que los jóvenes de Chimalhuacán, en la medida en que tienen posibilidades de socialización relativamente

heterogéneas –mediante la educación y/o el trabajo en su localidad o en la ciudad- construyen y expresan sentidos diversos de la integración social.

Uno de los propósitos principales de este trabajo ha sido mostrar la complejidad de la exclusión social desde un aspecto específico: su dimensión subjetiva. Las posibilidades analíticas que nos brindan los actuales enfoques sobre este fenómeno, esencialmente la noción de proceso y multidimensionalidad, nos alertan sobre los riesgos de simplificar su observación y análisis. Reconocer que la exclusión no se limita a la condición de pobreza nos permite ampliar los horizontes analíticos sobre aspectos extraeconómicos, puntualmente relacionales. El factor económico ciertamente es un componente central en el proceso de integración social, pero como tratamos de mostrar, el lazo individual con la sociedad no se determina únicamente por ello. La noción de exclusión social como un proceso dinámico de acumulación de desventajas nos remite a la eventualidad de múltiples dimensiones que se entretejen alrededor del mismo. Suponemos entonces que esas dimensiones abarcan elementos que se configuran dentro de una matriz sociológica, histórica y cultural, por mencionar sólo algunos vectores disciplinares. Dentro de esta matriz ubicamos relaciones complejas que nos empujan hacia la reflexión de las formas en que se desarrollan tales relaciones. En este trabajo nos propusimos reflexionar sobre las relaciones existentes entre la subjetividad, la cultura y la estructura social, un debate ya histórico en las ciencias sociales.

Respecto a este debate, expresamos nuestra postura sobre el vínculo entre la cultura y la estructura social, la cual asumimos como una relación dialógica entre dos aspectos de la realidad influidos recíprocamente. Esta perspectiva holística nos permite mirar a la cultura como un ámbito social que no se determina tajantemente por la estructura social, ni por la subjetividad individual, permitiendo así centrarnos en el carácter dinámico de las pautas internas de las construcciones culturales. Es decir, reiteramos la importancia del carácter inter-subjetivo, desde los requerimientos individuales de significado y orden –sin embargo consensuados- reflejados en la propia estructuración de pautas de

cultura. No obstante, lo interesante es que las estructuras de significación se imbrican con la estructura social en una relación dialéctica y dialógica.

Es desde esta perspectiva que podemos hablar de la existencia tanto de una eficacia cultural (simbólica) de la estructura, como de una eficacia estructural de la cultura. Bajo este supuesto, comprendemos que la relación individuo-sociedad está configurada tanto en función de las estructuras políticas, sociales y/o laborales, como por los procesos intersubjetivos que otorgan sentidos y funciones a semejantes ordenamientos sociales. Así, resulta factible sugerir que los procesos de exclusión social no pueden ser completamente comprendidos sin considerar esta relación de eficacias culturales y estructurales de la realidad social.

La dimensión subjetiva de la exclusión social, aspecto que al mismo tiempo ha sido menospreciado en la producción teórica, debe entonces ser analizado dentro de esta relación de eficacias. Partiendo de este objetivo, postulamos la necesidad de distinguir entre actos o datos "objetivos" reveladores del proceso de la exclusión social y prácticas subjetivas, significantes -o elementos fenomenológicos-, como operaciones que pone en juego el sujeto en esa situación. Tomar en cuenta el análisis de éstas últimas dentro de un proceso multidimensional aporta información sumamente relevante para la comprensión del fenómeno. Por lo cual, consideramos la riqueza de un enfoque etnográfico para explorar densamente esta dimensión. Sin embargo aquella distinción constituye únicamente un recurso heurístico, pues ambos aspectos coexisten siempre correlacionados y no pueden ser disueltos en la realidad.

Es necesario entonces posicionar estructuralmente nuestro objeto de estudio, y por ello hemos presentado una breve discusión sobre los fenómenos históricos y macrosociales que contribuyen a generar la dinámica de urbanización de la ciudad de México en las últimas décadas. Mediante ello, detallamos algunos aspectos de las posiciones y condiciones sociales de los sectores populares urbanos. Enfatizamos en la evidencia de una estructura urbana de profunda desigualdad, donde la situación de los sectores populares periféricos hace a sus sujetos particularmente vulnerables, es decir, en potencial riesgo de exclusión.

Lo anterior, como hemos visto, se suma al efecto de aislamiento social, que contribuye a la reproducción de “subculturas” al interior de este sector. Estas subculturas constituyen un factor trascendental en la construcción de significados en torno a las actividades cotidianas y las condiciones materiales, así como a las expectativas de pertenencia social. Se producen así nuevos sentidos de integración social, a partir de referentes alternos a los de una definición tradicional, por ejemplo desde los derechos sociales asociados al trabajo, que pueden orientar las expectativas y disposiciones en torno a la educación o al tipo de trabajo. Es dentro de este problema específico que analizamos las relaciones de eficacias culturales y estructurales.

El caso de los jóvenes de Chimalhuacán nos permite observar cómo se desarrolla el proceso de integración / exclusión social en la transición a la adultez, desde posiciones sociales específicas, es decir en desventaja. Al pertenecer a una zona popular urbana con alto grado de marginación, estos jóvenes son sujetos vulnerables con pocas posibilidades de integración social por múltiples situaciones. Al abordar el tema de la juventud como transición a la adultez, se debe puntualizar en el proceso paralelo que supone esta condición como etapa de formación para la inserción en la sociedad, a partir de varios marcadores, pero esencialmente desde el inicio de la vida productiva. Las condiciones del ingreso al mercado de trabajo establecen un punto crucial en su proceso de integración social en términos de adquirir derechos sociales y por lo tanto de goce de ciudadanía. Las posiciones estructurales de los jóvenes de Chimalhuacán representan fuertes desventajas para enfrentar esta transición. Por lo cual, el problema de la exclusión para ellos se traduce más bien en el riesgo de una integración negada al sistema social, o en el mejor de los casos defectuosa, inconclusa, o desfavorable.

No obstante, en este estudio quisimos profundizar en la dimensión fenomenológica de la exclusión. Se debe enfatizar que en la medida en que la dimensión cultural de la exclusión nos remite al distanciamiento de los valores dominantes, posibilitada por los efectos de la segregación espacial, la importancia del elemento subjetivo recae en la significación y percepción de la integración /

exclusión social. El análisis de elementos culturales, en los espacios de sociabilidad, de los jóvenes de Chimalhuacán nos permitió identificar, en primer lugar, la *conformación de valores locales en torno al trabajo y al estudio*, y en segundo lugar, indagar cómo se conforman los significados y disposiciones hacia los mismos, por lo tanto hacia *la integración social*. A través del análisis de diversos "juegos culturales" exploramos e intentamos entender el proceso de construcción de determinadas percepciones en torno a la educación y el trabajo, y en términos más generales de los sentidos que priman en este contexto en torno a la idea de pertenencia social. Por ello el análisis se concentró sobre algunos juegos culturales sostenidos en los espacios familiar, escolar, laboral y barrial.

Este tipo de análisis nos permite explorar las formas en las que se construyen los sentidos de pertenencia, los cuales están vinculados directa o indirectamente con una noción de la integración social. Por ejemplo, pudimos explorar cómo es que las presiones económicas, sociales y morales que priman en la cultura local contribuyen a conformar transiciones a la adultez en tiempos muy cortos, es decir, a menor edad. Lo cual se asocia con el abandono escolar, el ingreso a empleos precarios, etc., y que repercute en el mantenimiento de situaciones de vulnerabilidad. De tal suerte, observamos que la transición a la adultez en estos sectores no se corresponde con una integración social en términos ideales. Más bien podríamos decir que se da un tipo de integración social, definido por factores alternos, locales, que sin embargo no garantizan reducir la vulnerabilidad social. Aquella situación es diferente para los jóvenes que tienen contacto con otras formas de institucionalidad laboral o educativa. Es decir, que las experiencias de sociabilidad con otros círculos sociales contribuyen a evidenciar las desventajas materiales propias, y en ese sentido a conformar un sentido de integración diferente. Lo que subrayamos es entonces que *la significación de la integración, ya sea en un sentido alterno o formal, constituye un elemento importante para pensar en una dimensión subjetiva de la exclusión social*. Aquel argumento es consistente bajo el análisis de los significados que se vinculan al trabajo. Por ejemplo, en condiciones de aislamiento y vulnerabilidad el empleo se asocia principalmente con cuestiones tales como el ingreso y el

consumo, más que con la seguridad social; de igual forma el desempleo aparece como una categoría poco reconocible por esta población.

Es en estos términos que hemos hecho referencia a la eficacia simbólica o cultural de la estructura social. Es decir, en la medida en que en este sector las condiciones materiales, laborales, etc., son desfavorables, que existe un relativo aislamiento y segregación, las posibilidades de conformar estructuras de significación propias, en torno a las mismas condiciones materiales, son relativamente altas. De tal suerte, la eficacia simbólica de la estructura social, en condiciones de desventaja se evidencia en la conformación de sentidos alternos de la integración / exclusión social. Así, podemos comprender cómo es que la noción de afiliación social para este sector se inclina más hacia aspectos como el consumo y las redes de amistad, que hacia categorías como las de derechos sociales o la ciudadanía. Aquéllos funcionan como elementos de membresía social que se imponen por encima de los débiles lazos sociales al sistema estatal de integración. Lo cual es sumamente relevante para comprender cómo es que prevalecen y se reproducen sentidos alternos de integración / exclusión. La definición tradicional de integración / exclusión social ya no se corresponde con las expectativas de estos sectores. Con esto señalamos otro aspecto importante: la divergencia entre las nociones tradicionales de exclusión y las expectativas de estos sectores. Esta divergencia alude a la complejidad de la exclusión social en términos de su dimensión simbólica, intersubjetiva, la cual es sensible al proceso de exclusión de cada sector.

Por otra parte, es necesario reflexionar también sobre las manifestaciones de la eficacia estructural de la cultura, como proceso complementario y simultáneo. En este proceso, inscribimos el argumento de que la dimensión subjetiva de la exclusión, por ejemplo en el reconocimiento o no de las desventajas, incide en la aceptación o rechazo de la propia posición en la estructura social. Este es el caso en el que las nociones del empleo asociadas más al ingreso y menos a los derechos contribuyen a la baja o nula expectativa de obtener un trabajo formal (sin olvidar que las constricciones estructurales también contribuyen a dificultar esta posibilidad). Pero por otro lado, también son

importantes los aspectos de la identidad social, por ejemplo cuando las estigmatizaciones *desde abajo*, contribuyen a socavar el interés (si es que lo hay) por interactuar con los otros, es decir con personas de sectores medios y sus entornos sociales, por ejemplo. Comprendemos entonces cómo el conjunto de prácticas significantes de integración social es evaluado en este contexto de Chimalhuacán mediante criterios genérico-clasistas que expresan una oposición a las prácticas de los sectores medios y altos. Podemos sostener que un efecto (y a la vez causa) de la segregación urbana se cristaliza en imaginarios hostiles del otro, que repercuten en las expectativas de pertenencia e integración social y que finalmente se manifiestan en las elecciones educativas y/o laborales.

No obstante, esta relación de eficacias se inscribe en lo que queremos llamar la historicidad, no sólo de la pobreza, sino de la segregación, el aislamiento y la relativa exclusión. Es decir, este fenómeno estructural y cultural a la vez nos muestra que nos encontramos frente a una estructuración de la segmentación y fragmentación social, así como de la vulnerabilidad y desafiliación. En este contexto, debemos señalar que la situación de estos sectores cada vez se torna más sombría. Por ejemplo, que a partir de la asunción de valores seculares de integración social, como la expectativa de cierto tipo de consumo, su situación se torna contradictoria; pues materialmente es difícil lograr esas expectativas. Estos sectores se ubican entonces en una fuerte tensión entre expectativas y constricciones.

Lo anterior entonces nos llama la atención sobre los efectos socioculturales inmersos en la estructuración de la pobreza, especialmente sobre aquellos aspectos que denotan la existencia de una espiral de precariedad social, es decir de acumulación de desventajas. En este sentido, hemos puesto de relieve factores preocupantes que son de consideración para la reflexión pública sobre las condiciones de nuestra sociedad en general.

Finalmente queremos puntualizar algunos aspectos que consideramos claves para contribuir a un análisis más sofisticado sobre los procesos de exclusión social. En primer lugar, la noción de exclusión social como un tipo ideal nos permite comprender que su condición es relativa. Cuando conceptualizamos

aquella como el fin de un proceso de sucesivas rupturas del vínculo con la sociedad nos centramos principalmente en los elementos que le dan dinamismo y no precisamente en el resultado. En este sentido, podemos considerar múltiples entornos en el proceso de integración / exclusión, como los sistemas simbólicos, económicos, institucionales, políticos, etc. Aquí hemos considerado el proceso de exclusión social, desde su dimensión subjetiva, en torno al ámbito de la membresía al sistema social, centrándonos en la condición laboral-educativa y económica. Sin embargo, este aspecto se halla imbricado con otras dimensiones como las espaciales y culturales, que se suman a la degradación de los lazos que mantienen los sujetos con una variedad de expresiones de la vida social.

En segundo lugar, el concepto de exclusión social debe estar sujeto a una definición de la integración social. Esta hace alusión a los vínculos de los sujetos y grupos sociales con el sistema de bienestar social, delimitado especialmente por condiciones materiales. Sin embargo, la dimensión subjetiva en torno a la integración implica heterogeneidad cuando, por un lado, la estructura de oportunidades es altamente desigual, y por el otro, esta desigualdad está traslapada con diferenciaciones culturales emergentes en sectores segregados socialmente. Esto confiere central importancia la conceptualización de la exclusión social desde factores fenomenológicos en cuanto implica las relaciones entre expectativas de integración y sus condiciones y posibilidades objetivas.

En tercer lugar, el análisis de la dimensión subjetiva de la exclusión social no implica sólo explorar las formas de exclusión de los círculos dominantes de valores, costumbres, etc., es decir exclusión de los esquemas simbólicos. Ello demanda además analizar las formas en que los valores, por ejemplo desde los juegos culturales, contribuyen a significar las propias condiciones materiales, así como a conformar sentidos alternos de integración social. En este sentido, podemos observar la emergencia de pautas culturales con base en condiciones materiales y, simultáneamente, formas indirectas de estructuración social a partir de elementos simbólicos.

En cuarto lugar, el estudio de la exclusión como proceso dinámico y acumulativo debe basarse también en la dimensión biográfica, por ejemplo,

subrayar, como lo hemos hecho en este caso, las relaciones entre transición a la adultez-integración social. Este enfoque nos permitió comprender la centralidad de las condiciones iniciales del proceso de integración a partir de la posición en la estructura social. Es decir, a partir de que la condición de la juventud es una etapa de preparación para la participación en el sistema social, los jóvenes de sectores en desventaja no parten estrictamente de riesgos de exclusión, sino de los riesgos de no lograr la integración.

En último lugar, resulta necesario realizar nuevas investigaciones en torno a las condiciones materiales y pautas culturales de integración, no sólo de los sectores populares, sino de todos los sectores en nuestra sociedad. Esto, nos daría información valiosa sobre la dinámica general de la vida social, lo cual permitiría avanzar en el mejoramiento de las políticas públicas, a nivel de planeación y de resultados.

Bibliografía

Achilli, Elena. L. 2005. *Investigar en Antropología Social. Los Desafíos de Transmitir un Oficio*. Rosario, Argentina: Laborde Editor.

Alonso, Luis E. y Javier Callejo. 1999. “El análisis del discurso: del postmodernismo a las razones prácticas”, en *REIS No. 88*, pp. 37-73.

Applebaum, Herbert. 1987. "The universal aspects of work", En Herbert Applebaum (Ed.) *Perspectives in Cultural Anthropology.* Albany: State University of New York Press. pp. 386-399.

Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira. 2000. “Género, trabajo y exclusión social en México”, en *Estudios Demográficos y Urbanos.* Colmex, Enero-abril 2000, pp. 11-33.

Ariza, Marina y Patricio Solís. 2005. *Dinámica de la Desigualdad Social y la Segregación Espacial en Tres Áreas Metropolitanas de México*. Trabajo presentado en la XXV Conferencia Internacional de la Población. Tours, Francia.

Bhalla, Ajit S. y Frédéric Lapeyre. 1999. *Poverty and Exclusion in a Global World*. New York: St. Martin’s Press.

Baca-Tavira, Norma. 2002. “El mercado de trabajo urbano y la participación femenina: Elementos teóricos y conceptuales”, en *Gaceta Labor*, vol. 8, no.3, pp.311-338.

Bando Municipal de Policía y Buen Gobierno 2003-2006 *Bando municipal: Chimalhuacán, México*.

Bauman, Sygmunt. 1998 *Trabajo Consumismo y Nuevos Pobres*. Barcelona: Gedisa.

Bayón, Cristina. 2003. “La erosión de las certezas previas: Significados, percepciones e impactos del desempleo en la experiencia argentina” en *Perfiles Latinoamericanos*, México, No. 22 (Junio 2003), pp. 51-77.

_____ 2007. “Desigualdad y procesos de exclusión social: concentración socio-espacial de desventajas en la Gran Buenos Aires y la Ciudad de México”. A publicarse en *Estudios Demográficos y Urbanos No. 68. Mayo*-agosto 2008.

Berger, Peter. L. y Thomas Luckman. 1968. *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorrortu [1988].

Bourdieu, Pierre. 1984. “La juventud sólo es una palabra”, en *Cuestiones de Sociología*. Madrid: Ediciones Istmo [2000], pp. 142-153.

_____ 1990. “Algunas propiedades de los campos”, en *Sociología y Cultura* México: CONACULTA, pp. 135-141.

_____ 1995. “Habitus, illusio y racionalidad”. En Pierre Bourdieu y Loïc D. Wacquant, *Respuestas, por una Antropología Reflexiva*. México: Grijalbo, pp. 79-99.

_____ 2002. “El orden de las cosas”. En Pierre Bourdieu et. al. *La Miseria del Mundo*. Buenos Aires: FCE, pp. 119-124.

Burawoy, Michael. 1980. *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process Under Monopoly Capitalism*. Chicago: University of Chicago Press.

Camarena, Rosa M. 2000. “Los jóvenes y la educación. Situación actual y cambios intergeneracionales”, en *Papeles de Población*, Año 6, No. 26 (octubre-diciembre 2000), pp. 25-42.

Charmaz, Kathy. 1995. “Grounded Theory”, en J. A. Smith; R. Harré y L. Lungenhove, (Eds.) *Rethinking Methods in Psychology.* London: Sage, pp. 27–48.

Castel, Robert. 1991. “La dinámica de los procesos de marginalización: De la vulnerabilidad a la exclusión”, en *Revista Topía*, año 1, Núm. 2 (Agosto 1991).

_____ 1999. "Vulnerabilidad social, exclusión: La degradación de la condición salarial", en J. Carpio e I. Novacovsky (Eds.) De Igual a Igual. El Desafío del Estado ante los Nuevos Problemas Sociales. Buenos Aires: FCE-SIEMPRO.

Castillo-Berthier, Héctor. 2004. “Pandillas, Jóvenes y violencia”, en *Desacatos. Revista de Antropología Social 14* (primavera-verano 2004), pp. 105-126.

Coleman, James. 1994. “A rational choice perspective on Economic Sociology”. En N. Smelser y R. Swedberg (Eds.). *The Handbook of Economic Sociology.* Princeton, N.J.: Princeton University Press y Russel Sage Foundation, pp. 77-107.

Cruz, José M. y Marlon Carranza. 2004. “Pandillas y políticas públicas: El caso de El Salvador”, en Javier Moro (Ed.) *Juventudes, Violencia y Exclusión. Desafíos Para las Políticas Públicas*. Guatemala: INDES / INAP / Real Ministerio de Asuntos Exteriores / Banco Interamericano de Desarrollo, pp. 133-176.

Cuéllar, Oscar. 1995. “Perspectivas en el estudio de la pobreza. Entrevista con Julio Boltvinik, Fernando Cortés y Rosa María Rubalcava”. En *Sociológica, Año 10, Núm. 29. Pobreza condiciones de vida y políticas sociales.* pp. 181-208.

De Barbieri, Teresita. 1992. “Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica”. En *Revista Interamericana de Sociología,* año VI, vol. 2, Nº 2, pp. 147-178.

Douglas, M. y B. Isherwood. 1990. *El Mundo de los Bienes. Hacia una Antropología del Consumo*. México: CONACULTA / Grijalbo.

Duhart, Daniel. 2006. “Exclusión, poder y relaciones sociales”, en *Revista MAD*, No. 14, (Mayo 2006), pp. 26-39.

Duhau, Emilio. 2003. “División social del espacio metropolitano y movilidad residencial”, en *Papeles de Población.* Número 036 (abril/junio 2003), pp.161-210.

Duschatsky, Silvia y Corea, Cristina. 2001. *Chicos en Banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós [2006].

Elster, Jon. 1993. *Tuercas y Tornillos. Una Introducción a los Conceptos Básicos de las Ciencias Sociales*. Barcelona: Gedisa.

Encuesta Nacional de Juventud. 2002. *ENJ-2000 Resultados generales*. SEP, IMJ, CIESJ.

Encuesta Nacional de Juventud. 2005. *ENJ-2005 Resultados preliminares*. SEP, IMJ, CIESJ.

Estivill, Jordi. 2003. *Panorama de la lucha contra la exclusión social, conceptos y estrategias*. Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo.

Estrada, Margarita. 1999. "En el límite de los recursos. El efecto de la crisis de 1995 en familias de sectores populares urbanos", en M. Estrada (coord.) *1995. Familias en la Crisis*. México: CIESAS, pp. 43-60.

Feixa, Carles. 1998. *El Reloj de Arena: Culturas Juveniles en México*. México: Centro de Investigaciones y Estudios sobre Juventud-Causa Joven.

García-Canclini, Nestor. 2004. *Diferentes, Desiguales y Desconectados. Mapas de la Interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.

Gacitúa, Estanislao y Shelton H. Davis. 2000. "Introducción: pobreza y exclusión social en América latina y el Caribe", en Estanislao Gacitúa; Carlos Sojo y Shelton H. Davis *Exclusión Social y Reducción de la Pobreza en América Latina y el Caribe.* San José, C. R: FLACSO-Banco Mundial, pp. 13-23.

Geertz, Clifford. 1967. "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura". En *La Interpretación de las Culturas*. Barcelona: Gedisa [1997], pp. 19-40.

Germani, Gino. 1980. *El Concepto de Marginalidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Goffman, Erving. 1981. *La Presentación de la Persona en la Vida Cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

González de la Rocha, Mercedes. 2001. "From the resources of poverty to the poverty of resources? The erosion of a survival model", En *Latin American Perspectives, 28, No.4,* pp. 74-100.

Guber, Rosana. 1999. *El Salvaje Metropolitano. A la Vuelta de la Antropología Posmoderna, Reconstrucción del Conocimiento Social en el Trabajo de Campo.* Buenos Aires: Legasa.

Gutierrez, Juan, et al. 1995. *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales.* Madrid: Proyecto Editorial Síntesis Psicología.

Gutmann, Mathew. 2000. *Ser Hombre de Verdad en la Ciudad de México. Ni Macho ni Mandilón*. México, D.F.: El Colegio de México.

Guevara-Ruiseñor, Elsa S. 2006. "Construcción de la masculinidad en la escuela y la familia en jóvenes universitarios". En *Psicología para América Latina*, nov. 2006, no.8. [En línea]

Hiernaux, Daniel. 1999. "Los frutos amargos de la globalización: Expansión y reestructuración metropolitana de la ciudad de México", en *Revista EURE (Santiago)* Vol. 25, No. 76 (diciembre 1999).

Hiernaux, Daniel y Alicia Lindón. 2000. "Una aproximación a la construcción social del lugar en la periferia de la ciudad de México", en D. Hiernaux; A. Lindón y J. Loyola *La Construcción*

Social de un Territorio Emergente. El Valle de Chalco. México, México: El colegio Mexiquense / H. Ayuntamiento Valle de Chalco Solidaridad 1997-2000, pp. 9-29.

Hopenhayn, M. 2004a. "La juventud latinoamericana en sus tensiones y sus violencias", en Javier Moro (Ed.) *Juventudes, Violencia y Exclusión. Desafíos Para las Políticas Públicas.* Guatemala: INDES / INAP / Real Ministerio de Asuntos Exteriores / Banco Interamericano de Desarrollo, pp. 29-53.

_____ 2004b. *La Juventud en Iberoamérica: Tendencias y Urgencias*. Santiago de Chile: Organización Iberoamericana de Juventud / CEPAL.

Kaztman, Rubén. 2001. "Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos". En *Revista de la CEPAL 75,* pp. 171-189.

Kaztman Rubén y Alejandro Retamoso. 2005. "Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo". *En Revista de la CEPAL 85*, pp. 131-148.

Kozulj, Roberto. 2003. "Urbanización, cambio tecnológico y sobrecapacidad estructural: de los años dorados a la globalización", en *Comercio Exterior*, Vol. 53, No. 1 (Enero 2003), pp. 24-41.

Lindón, Alicia. 1997. "De la expansión urbana y la periferia metropolitana", *Documentos de Investigación* 4. El Colegio Mexiquense.

Machado, Eva, 2001. *Urban Spatial Segregation and Social Differentiation: Foundation for a Typological Analysis*. Ponencia presentada en el "Internacional Seminar on Segregation in the City", llevado a cabo en el Lincoln Institute of Land Policy, Julio 26-28, 2001.

Marco-Fabre, Miguel. 2000. "Consideraciones en torno al concepto de exclusión social" en *Acciones e investigaciones sociales* No. 11, 2000 (Ejemplar dedicado a: Jornadas conmemorativas del X Aniversario de la incorporación de Trabajo Social a la Universidad de Zaragoza, con el título "Exclusión, Vejez y Trabajo Social": 6, 7 y 8 de abril, 2000), pp. 9-22.

Margulis, Mario y Marcelo Urresti. 1996. "La juventud en más que una palabra", en Mario Margulis (Ed.) *La Juventud es más que una Palabra*. Buenos Aires: Editorial Biblos, pp. 13-30

Marshall, T.H. y Tom Bottomore. 1998. *Ciudadanía y Clase Social.* Madrid: Alianza Universidad.

Martínez-Román, Ma. Asunción. 2001. "Género, Pobreza y exclusión social: diferentes coonceptualizaciones y políticas públicas", en José María Tortosa (Coord.) *Pobreza y Perspectiva de Género*. Barcelona: Icaria / Sociedad y Opinión.

Martínez, Roger. 2004. "Culturas vivas: una entrevista a Paul Willis". En *Estudios de Juventud. No. 64/04,* (pp. 123-136).

Mayan, Maria. 2001. *Una Introducción a los Métodos Cualitativos: Modulo de Entrenamiento para Estudiantes y Profesionales*. Alberta: Qual Institute Press, International Institute for Qualitative Methodology.

Mayol, Pierre. 1994. "Habitar", en M. De Certeau; L. Girad y P. Mayol, *La Invención de lo Cotidiano*. México: UIA / ITESO.

Miranda-López, Francisco. 2003. “Continuidades y Rupturas: transición escuela-trabajo”. En José Antonio Pérez-Islas, et al. (Coord.) *Nuevas miradas sobre los jóvenes 13. México-Quebeq*. México: SEP-IMJ / OQAJ-OJS, pp. 57-73.

Montesinos, Rafael. 2004. “Los cambios de la masculinidad como expresión de la transición social”. En *El Cotidiano*, Vol. 20, núm. 126. (s/p).

Munck, Ronaldo. 2005. “Social exclusion: new inequality paradigm for the era of globalization?”, en Mary Romero y Eric Margolis (Eds.) *The Blackwell Companion to Social Inequalities.* Oxford: Blackwell Publishing.

Navarrete, Emma L. 2000. “Juventud y trabajo en México. Un reto para el nuevo siglo”, en *II Coloquio Internacional de posgrado, investigación y educación continua. Perspectivas de la sociedad ante el siglo XXI*, Universidad Intercontinental, octubre. 2000.

Neffa, Julio C. 2003. *El trabajo humano. Contribuciones al Estudio de un Valor que Permanece*. Buenos Aires: Editorial Lumen.

Nivón, Eduardo. 1998. “De periferias y suburbios. Territorios y relaciones culturales en los márgenes de la ciudad”. En, Nestor García Canclini (coord) Cultura y comunicación en la ciudad de México. México: Grijalbo/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (205-233)

Nun, José. 2001. *Marginalidad y exclusión social*, Buenos Aires: FCE.

O’Donnell, Guillermo. 2004. “Notas sobre la democracia en América Latina”, en *La Democracia en América Latina. Hacia una Democracia de Ciudadanas y Ciudadanos. El Debate Conceptual sobre la Democracia.* Buenos Aires: PNUD, pp. 11-82.

OIT, 2006. *Tendencias Mundiales del Empleo Juvenil*. Ginebra: Organización Mundial del Trabajo (octubre 2006).

Parnreiter, 2005. “Tendencias de desarrollo en las metrópolis latinoamericanas en la era de la globalización: los casos de la Ciudad de México y Santiago de Chile”, en *Revista EURE (Santiago)* Vol. 31, No. 92 (Mayo 2005), pp. 5-28.

Pérez-Islas, José A. y Maritza Arteaga. 2001. “Los nuevos guerreros del mercado. Trayectorias laborales de jóvenes buscadores de empleo”, en Enrique Pieck (coord) *Los Jóvenes y el Trabajo. La Educación Frente a la Exclusión Social.* México D. F.: UIA / IMJ / UNICEF / Cinterfor-OIT, RET y CONALEP, pp. 355-400.

Polanyi, Karl. 1944. *La Gran Transformación. Los Orígenes Políticos y Económicos de Nuestro Tiempo*. México: FCE [1975].

Portes, Alejandro. 1999. “Capital social: sus orígenes y aplicaciones en la sociología moderna”. En J. Carpio e I. Novacovsky (Comp.) *De Igual a Igual. El Desafío del Estado ante los Nuevos Problemas Sociales*. Buenos Aires: FCE. / SIEMPRO / FLACSO, pp. 243-266.

Portes, Alejandro y Bryan Roberts. 2004. “Empleo y desigualdad urbanos bajo el libre mercado. Consecuencias del experimento neoliberal”, en *Nueva Sociedad 193*, pp. 76-96.

Reguillo, Rossana. 2000. *Emergencia de Culturas Juveniles. Estrategias del Desencanto*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

_____ 2002. "Jóvenes y esfera pública". En José Antonio Pérez Islas (coord.) *Jóvenes Mexicanos del Siglo XXI. Encuesta Nacional de Juventud 2000*. México: Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, Instituto Mexicano de la Juventud, pp. 254-313.

Reygadas, Luis. 2002. "Producción simbólica y producción material: metáforas y conceptos en torno a la cultura del trabajo", En *Nueva Antropología*, núm. 60, pp. 101-120.

Roberts, Bryan. 1978. *Ciudades de Campesinos*. México: Siglo XXI Editores.

_____ 1991. "Household coping strategies and urban poverty in a comparative perspective". En M. Gottdiener y C. Pickvance (eds.) *Urban Life in Transition*. Newbury Park, CA: Sage Publications, pp. 135-167.

Rojas, Georgina. 2002. "Estructura de oportunidades y uso de activos familiares frente a la pobreza en la Ciudad de México en los años noventa", en Rubén Kaztman y Guillermo Wormald. (Coords.) *Trabajo y ciudadanía*. Montevideo: Cebra, pp. 239-324.

Rocha, José L. 2004. "Violencia y políticas públicas hacia los jóvenes: Las pandillas en Nicaragua", en Javier Moro (Ed.) *Juventudes, Violencia y Exclusión. Desafíos Para las Políticas Públicas*. Guatemala: INDES / INAP / Real Ministerio de Asuntos Exteriores / Banco Interamericano de Desarrollo, pp. 177-191.

Rubin, Gayle. 1986. "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo", en *Nueva Antropología*, Vol. VII, No.30, pp. 95-145.

Sahlins, Marshall, D. 1997. *Cultura y Razón Práctica: Contra el Utilitarismo en la Teoría Antropológica*. Barcelona: Gedisa

Saraví, Gonzalo A. 2004a. *Mundos Separados: Percepciones y Experiencias de la Segregación Urbana en Jóvenes de Sectores Populares*. Comunicación presentada en el Foro Internacional sobre Juventud: Juventud ¿divino tesoro? Agosto de 2004, Ciudad de México.

_____ 2004b. "Los eslabones de la violencia juvenil: Acumulación de desventajas en la transición a la adultez", en Javier Moro (Ed.) *Juventudes, Violencia y Exclusión. Desafíos Para las Políticas Públicas*. Guatemala: INDES, INAP, Real Ministerio de Asuntos Exteriores, Banco Interamericano de Desarrollo, pp. 89-129.

_____ 2004c. Segregación urbana y espacio público. En revista de la CEPAL 83.

_____ 2006. "Nuevas realidades y nuevos enfoques: exclusión social en América Latina", en Gonzalo A. Saraví (Ed.) *De la Pobreza a la Exclusión: Continuidades y Rupturas de la Cuestión Social en América Latina.* Buenos Aires: Ciesas / Prometeo, pp. 19-52.

Sassen, Saskia. 1991. *The Global City: New York, London and Tokyo*, Priceton, Nueva Jersey: Princeton University Press.

_____ 1994. “The Informal Economy: Between New Developments and Old Regulations”, en *The Yale Law Journal*, Vol. 103, No. 8, Symposium: The Informal Economy. (Jun. 1994), pp. 2289-2304.

Selby, Henry, et al. 1994. *La Familia en el México Urbano*. México: CONACULTA.

Schütz, Alfred. 1932. *La Construcción Significativa del Mundo Social. Introducción a la Sociología Comprensiva.* Barcelona: Ediciones Paidós [1993].

Scott, James C. 1976. *The Moral Economy of the Peasant*. New Haven: Yale University Press.

Scott, Joan W. 1990. “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. En James S. Amelang, Mary Josephine Nash (coords.) *Historia y Género: las Mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea.* Valencia: Alfons el Magnànim, pp. 23-58.

Sojo, Carlos. 2000. “Dinámica sociopolítica y cultural de la exclusión social”, en Estanislao Gacitúa; Carlos Sojo y Shelton H. Davis *Exclusión Social y Reducción de la Pobreza en América Latina y el Caribe*. San José, C. R: FLACSO-Banco Mundial, pp. 51-90.

Taylor, Steve J. y Robert Bogdan. 1990. *Introducción a los Métodos Cualitativos de Investigación. La Búsqueda de Significados*. Buenos Aires: Paidós.

Trouillot, Michel R.2000. “Exclusión social en El Caribe”, en Estanislao Gacitúa; Carlos Sojo y Shelton H. Davis *Exclusión Social y Reducción de la Pobreza en América Latina y el Caribe*. San José, C. R: FLACSO-Banco Mundial, pp. 113-151.

Urrea-Giraldo, Fernando; Pedro Quintín Quílez, (s/f). “Subjetividades masculinas en jóvenes de clases subalternas urbanas”. En *Publicación CIDSE*, Cali, Colombia: Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Valle del Cauca.

Vega, Ana Lourdes. 1994. “Las nuevas colonias del municipio de Chimalhuacán, Estado de México”. En *Polis 94*. pp. 79-100.

Wacquant, Loïc J. D. 1995. “Introducción”. En Pierre Bourdieu y Loïc D. Wacquant, *Respuestas, Por una Antropología Reflexiva*. México: Grijalbo, pp. 15-38.

Willadino, Raquel. 2004. *Procesos de Exclusión e Inclusión Social de Jóvenes en el Contexto Urbano Brasileño: Un Análisis de Trayectorias de Violencia y Estrategias de Resistencia*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

Willis, Paul. 1976. *Aprendiendo a Trabajar. Cómo los Chicos de Clase Obrera Consiguen Trabajos de Clase Obrera*. Madrid: Akal [1988].

Wuthnow, Robert, et al. 1984. *Analisis Cultural. La Obra de Peter L. Berger, Mary Douglas, Michael Foucault y Jürgen Habermas*. Buenos Aires: Paidós [1988].

Zermeño, Gillermo. 2005. “Pobreza: historia de un concepto”, en Mónica Gendreau (coord.) *Los Rostros de la Pobreza. El Debate. Tomo IV*. pp. 29-67.

Ziccardi, Alicia. 2004 “Pobreza urbana y exclusión social. Las políticas sociales de la ciudad de la Esperanza”, en CCCB-IGOP, *Jornadas sobre Políticas Sociales y Exclusión Social Urbana*, Barcelona (Enero 2004), mimeo.

Anexo 1

Guía de entrevista

1) Trayectoria biográfica escolar

Cuéntame un poco sobre tu vida en la escuela: desde la primaria, secundaria, etc.

1. ¿En qué escuelas fuiste, y cómo recuerdas cada una de estas etapas?
2. ¿Cómo fue la decisión de estudiar en estas escuelas?
3. ¿Por qué estudiaste o sigues estudiando?
4. ¿En que momentos has sentido que no vale la pena estudiar o que vale mucho la pena? ¿Qué piensas en este momento de lo que haces?
5. ¿Qué tan importante era (y/o es) el estudio a lo largo de este tiempo y porqué?
6. ¿Qué es lo que te ha gustado y lo que no de ser estudiante?
7. ¿Cuáles fueron o son las dificultades a las que te has enfrentado para seguir estudiando (económicas, alimentarias, familiares, transporte, seguridad, etc.)? ¿Cuándo y cómo se dio esa situación?
8. ¿Alguna vez has sacrificado algo por el estudio (amigos, noviazgos, dinero, familia, etc.)? ¿si tuvieras que hacerlo, qué sería?
9. ¿Cuanto tiempo le dedica(ba)s al estudio fuera de la escuela?
10. ¿Qué tanto te apoya(ro)n tus padres u otros familiares (quienes) en el estudio (cómo)?
11. ¿Cómo era (es) la exigencia de tus padres en cuanto a estudiar?
12. ¿Qué tan familiarizados están ellos con la escuela, (años de estudio, relación con la escuela del hijo, actitudes)?
13. ¿Hubo alguien que te impulsaba o que admiraras para seguir estudiando? ¿Quiénes?
14. ¿Tuviste conocidos, amigos o familiares que hayan terminado carreras y que sean profesionistas? …
15. Cuéntame de tus amigos más cercanos, ¿ellos estudian o trabajan? ¿En qué, dónde?
16. ¿Cómo podrían influir ellos en tus decisiones?

2) Trayectoria biográfica laboral

1. Si alguna vez has trabajado, Cuéntame un poco sobre tu vida en el trabajo ¿cómo fue que comenzaste a trabajar? (en dónde y cuando) ¿Qué fue lo que te llevó a decidir trabajar? (presiones en la familia, necesidades personales, te convencieron los amigos, etc.)
2. ¿Has tenido que combinar el estudio y el trabajo? ¿Por qué?
3. ¿Conoces a alguien que lo ha hecho? ¿Qué opinas de eso?
4. ¿Dónde, con quien y qué tipos de trabajo has tenido (con la familia, en fábricas, por tu cuenta, etc.)?
5. ¿Cómo te sentías (o sientes) como estudiante y como trabajador, (o cómo desempleado)? Por ejemplo con tus familiares o diferentes grupos de amigos.
6. ¿A qué se dedica tu familia? ¿Qué opinión tienes acerca de su trabajo?
7. ¿Qué es lo que más te ha gustado o no de tu(s) trabajo(s)? ¿Por qué?
8. ¿Qué tipos de trabajo consideras que son los mejores? ¿Cómo llegaste a esa idea?
9. ¿En donde puedes encontrar ese tipo de trabajos? ¿Por qué?
10. ¿Cuáles son las facilidades o dificultades para acceder a estos?
11. ¿Cómo son las personas exitosas, o que han salido adelante, que conoces?

12. ¿Qué es lo que caracteriza a un estudiante y a un trabajador?, ¿Cómo los caracterizarías?
13. ¿Cómo te definirías o describirías…?

3) percepciones y significados sobre el vínculo social y de pertenencia

1. Cuéntame cómo transcurre un día común y corriente, ¿Qué actividades realizas normalmente de la mañana a la noche?
2. ¿Cómo distribuyes el tiempo entre tus obligaciones y tus ratos libres?
3. ¿Cómo son los fines de semana?, ¿Qué actividades realizas y qué lugares frecuentas? (grupos de amigos, familiares, diversiones)
4. ¿Cuáles son las ventajas y desventajas de vivir en Chimalhuacán?
5. ¿Cuál es la diferencia entre vivir en Chimalhuacán y vivir en otra zona de la ciudad?
6. ¿Te gustaría vivir en otro lado? ¿Dónde y por que?
7. ¿Que diferencias encuentras entre los jóvenes de aquí y los de otros lugares que conoces? (la manera de vestir, hablar, comer, etc.)
8. ¿A qué se deben esas diferencias?
9. ¿Que imagen tienen los jóvenes de Chimalhuacán en otros lugares que conoces (de escuela o trabajo, etc.)?
10. De los distintos grupos de gente y lugares que frecuentas ¿de cual te sientes más parte, con cual te identificas más?
11. ¿Con quienes tienes más tratos por gusto? ¿y por compromiso o que no te agraden?
12. ¿Qué tan importante es estar a la moda para ti (ropa, lenguaje, comportamiento)?
13. Cuales son las cosas más importantes que necesitas para ser bien aceptado (y respetado) por los demás (la sociedad). Que es lo que te hace tener buenas relaciones.
14. ¿Cuales son las cosas que te gustaría tener a futuro? ¿cómo te gustaría verte? ¿Por qué?

Anexo 2

Datos generales de la población entrevistada

Nombre	Edad	Condición familiar	Condición de estudio	Condición laboral[58]	Condición de sociabilidad[59]
01 Alberto	19 años H	Soltero	Preparatoria completa	Ayudante en taller de autos	Local
02 Gabriel	18 años H	Soltero	Estudiante 3er. Año de preparatoria	No	Local
03 David	22 años H	Soltero	Secundaria incompleta	Obrero	Local
04 Rodrigo	24 años H	Soltero	Secundaria completa	Atiende puesto en mercado	Local
05 Miriam	17 años M	Soltera	Secundaria completa	Atiende puesto en mercado	Local
06 Rosa	21 años M	Soltera	Primaria completa	Costurera	Local
07 Miguel	16 años H	Soltero	Estudiante 2º. Año de preparatoria	No	Extra-local
08 Manuel	24 anos H	Soltero con 1 hija	Secundaria completa	Tianguista	Extra-local
09 Ernesto	26 años H	Soltero	Secundaria completa	Electricidad y carpintería	Extra-local
10 Julieta	18 años M	Soltera	Preparatoria incompleta	Empleada tienda comercial	Extra-local
11 Andrea	20 años M	Soltera	Estudiante 1er. Año c/técnica	Empleada en tiendita	Extra-local
12 Amalia	20 años M	Soltera	Estudiante 2º. Año de universidad	No	Extra-local
13 Cintia	21 años M	Soltera	Estudiante 3er. Año de universidad	No	Extra-local
14 Vilma	22 años M	Soltera	Estudiante 4º. Año de universidad	No	Extra-local

[58] Se indica la actividad al momento de la entrevista. Algunos de quienes aparecen sin actividad en algún momento han tenido actividad laboral temporal. De igual forma las actividades laborales de la mayoría han sido variadas.

[59] Esta categoría indica la significatividad que tienen las relaciones sociales, principalmente en el trabajo y el estudio, dentro y fuera de sus localidades. El indicador principal es la cantidad de tiempo que se ha invertido en actividades establecidas en el espacio local o extra-local (principalmente el DF), a partir de los 15 años. La sociabilidad extra-local representa una especie de posición de bisagra entre dos espacios sociales que incide significativamente en las percepciones y experiencias de lo cotidiano.